

LECTURAS SUGESTIVAS

L.E.2057



L. E. 2054



LECTURAS SUGESTIVAS

W. E. 2054

LECTURAS SUGESTIVAS

Donativo del Consejo
Nacional de Cultura

COLECCION DE HISTORIETAS, CUENTOS
Y NARRACIONES DE LOS AUTORES MO-
DERNOS MÁS REPUTADOS ESPAÑO-
-:- -:- LES Y EXTRANJEROS -:- -:-

LIBRO DE LECTURA PARA NIÑOS
SELECCION HECHA POR

D. GONZALO JUNQUERA

MAESTRO NACIONAL DE MADRID Y EX PENSIONADO POR LA
JUNTA PARA AMPLIACION DE ESTUDIOS

DIBUJOS DE R. GINARD

R. 27.291




1.^a EDICIÓN

MADRID, 1923
LIBRERIA PEDAGÓGICA
DESENGAÑO, 18

4. E. 2054

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
-- DE LA RECOPIACIÓN --





DOS PALABRAS

Esta recopilación está compuesta para los niños más adelantados, para los que en las lindes ya de adolescencia, están próximos a desligarse de la escuela. Pudiera muy bien por lo tanto, haberse titulado: «MI ÚLTIMO LIBRO ESCOLAR».

Dos fines me he propuesto, fundamentalmente, al hacerla: despertar la afición del niño por esta clase de publicaciones, y afinar su sensibilidad. Si a la par de esto puede enseñarle algo o moldear su conciencia, tanto mejor.

En todo caso, lo esencial es cautivar su atención, adueñarse de su interés, hacer vibrar las cuerdas de su sensibilidad.

Porque no es el texto amanerado y chabacano—por muy cargado de moral que vaya—, ni son las moralejas o máximas—que como a modo de pildoras se suelen añadir a los capítulos—, los que dejan una huella profunda en nuestro ánimo; es la palabra vibrante, el retazo enternecedor, la frase conmovedora, las que llegan a lograr esa supervivencia en nuestro corazón.

Si las preferencias literarias de nuestros adultos, y aún de nuestros mayores, no han pasado de «Las estupendas aventuras de Cholín» o del «Pulgarcito», es por que a su avidez imaginativa no se le ha servido más que ñoñeces y chabacanerías; toda la literatura infantil ha girado siempre en torno de los mismos consabidos temas. Hasta hace poco, acomodarse a la capacidad del niño, ha sido tanto como achabacagnar el estilo, cuajarlo de tópicos y de insulteces.

Es muy dudoso que ningún escolar haya salido del colegio sabiendo algo de cualquiera de nuestros escritores modernos, que son los que, a

mi juicio, deben cultivarse con preferencia. Con los simples fragmentos de una composición, que es de lo que están formados los llamados «Trozos escogidos», en los que se ha atendido más a la preocupación didáctico-moral, que al aspecto estético, no se logra interés por sus producciones, que al fin de cuentas, quizá sea lo más importante.

Tengo la evidencia de que cada cuento de los que aquí figuran—verdadera cantera de sugerencias—será un centro de interés para los pequeños lectores; y que cuando ya separados de la escuela, en la edad adulta, busquen solaz y esparcimiento a su espíritu, serán estas producciones exquisitas y amenas, y no esas obras truculentas o francamente perversas, las que soliciten su atención.

Se sobreentiende que la lectura previa del maestro aquí es indispensable. Si se concreta a hacerla de un modo mecánico, si no pone vida en ella, si su alma entera no se pone en comunión con el texto, entonces... la eficacia es muy dudosa.

Y ahora, como final mi fervorosa admiración y mi profundo reconocimiento a todos los autores o a sus allegados; que tan desinteresada y cordialmente—por tratarse de los niños—me han favorecido con estas páginas.

GONZALO JUNQUERA.

EL AFRANCESADO

(HISTORIETA NACIONAL)

PEDRO A. DE ALARCÓN
(granadino). Murió a fi-
nes del siglo pasado.



I

En la pequeña villa del *Padrón*, sita en territorio gallego, y allá por el año 1808 vendía sapos y culebras y agua llovediza, a fuer de legítimo boticario, un tal *García de Paredes*, misántropo solterón, descendiente acaso, y sin acaso, de aquel varón ilustre que mataba un toro de una puñada.

Era una fría y triste noche de otoño. El cielo estaba encapotado por densas nubes y la total carencia de alumbrado terrestre dejaba a las tinieblas campar por su respeto en todas las calles y plazas de la población.

A eso de las diez de aquella pavorosa noche, que las lúgubres circunstancias de la Patria hacían mucho más siniestra, desembocó en la Plaza que hoy se llama *de la Constitución* un silencioso grupo de sombras, aún más negras que la oscuridad de cielo y tierra, las cuales avanzaron hacia la botica de *García de Paredes*, cerrada completamente desde *las Animas*, o sea desde las ocho y media en punto.

—¿Qué hacemos?—dijo una de las sombras en correctísimo gallego.

—Nadie nos ha visto—observó otra

—¡Derribar la puerta!—propuso una mujer.

—¡Y matarlos!—murmuraron hasta quince voces.

—¡Yo me encargo del boticario!—exclamó un chico.

—¡De ese nos encargamos todos!

—¡Por judío!

—¡Por *afrancesado*!

—Dicen que hoy cenan con él más de veintifranceses...

—¡Ya lo creo! ¡Cómo saben que ahí están seguros, han acudido en montón!

—¡Ah! ¡Si fuera en mi casa!—¡Tres alojados llevo echados al pozo!

—¡Mi mujer degolló ayer a uno!...

—¡Y yo (dijo un fraile con voz de figle) he asfixiado a dos capitanes, dejando carbón encendido en *su celda*, que antes era mía!

—¡Y ese infame boticario los protege!

—¡Qué expresivo estuvo ayer en paseo con esos viles excomulgados!

—¡Quién lo había de esperar de García de Paredes! ¡No hace un mes que era el más valiente, el más patriota, el más realista del pueblo!

—¡Toma! ¡Como que vendía en la botica retratos del príncipe Fernando!

—¡Y ahora los vende de Napoleón!

—Antes nos excitaba a la defensa contra los invasores...

—Y desde que vinieron al Padrón, se pasó a ellos...

—¡Y esta noche da de cenar a todos los jefes!

—¡Oid qué algazara traen! ¡Pues no gritan: ¡viva el Emperador!

—Paciencia... (murmuró el fraile) Todavía es muy temprano.

—Dejémosles emborracharse... (expuso una vieja) Después entramos... ¡y ni uno ha de quedar vivo!

—¡Pido que se haga cuartos al boticario!

—¡Se le hará ochavos, si queréis! Un *afrancesado* es más odioso que un francés. El francés atropella a un pueblo extraño: el afrancesado vende y deshonra a su patria. El francés comete un asesinato: el afrancesado ¡un parricidio!

II

Mientras ocurría la anterior escena en la puerta de la botica, *García de Paredes* y sus convidados corrían la francachela más alegre y desaforado que os podáis figurar. Veinte eran, en efecto, los franceses que el boticario tenía a la mesa, todos ellos jefes y oficiales.

García de Paredes contaría cuarenta y cinco años: era alto y seco y más amarillo que una momia: dijérase que su piel estaba muerta hacía mucho tiempo: llegábale la frente a la nuca, gracias a una calva limpia y reluciente, cuyo brillo tenía algo de fosfórico: sus ojos, negros y apagados, hundidos en las descarnadas cuencas, se parecían a esas lagunas encerradas entre montañas, que sólo ofrecen oscuridad, vértigos y muerte al que los mira: lagunas que nada reflejan; que rugen sordamente alguna vez, pero sin alterarse; que devoran todo lo que cae en su superficie; que nada devuelven; que nadie ha podido son-

dear; que no se alimentan de ningún río, y cuyo fondo busca la imaginación en los mares antípodas.

La cena era abundante, el vino bueno, la conversación alegre y animada.

Los franceses reían, juraban, blasfemaban, cantaban, fumaban, comían y bebían a un mismo tiempo.

Quién había contado los hazañas de Napoleón; quién la noche del 2 de Mayo en Madrid; cuál la batalla de las Pirámides; cuál otro la ejecución de Luis XVI.

García de Paredes bebía, reía y charlaba como los demás, o quizás más que ninguno; y tan elocuente había estado en favor de la causa imperial, que los soldados del César lo habían abrazado, lo habían vitoreado, le habían improvisado himnos.

—¡Señores (había dicho el boticario); la guerra que os hacemos los españoles es tan necia como inmotivada. Vosotros, hijos de la Revolución, venis a sacar a España de su tradicional abatimiento, a despreocuparla, a disipar las tinieblas religiosas, a mejorar sus anticuadas costumbres, a enseñarnos esas utilísimas verdades «de que no hay Dios, de que no hay otra vida, de que la penitencia, el ayuno, la castidad y demás virtudes católicas son quijotescas locuras, impropias de un pueblo civilizado, y de que Napoleón es el verdadero Mesías, el redentor de los pueblos, el amigo de la especie humana...»

—¡Señores! ¡Viva el Emperador!, cuanto yo deseo que viva!

—¡Bravo, vitor!—exclamaron los hombres del 2 de Mayo.

El boticario inclinó la frente con indecible angustia.

Pronto volvió a alzarla, tan firme y tan sereno como antes.

Bebióse un vaso de vino y continuó:

—Un abuelo mío, un *García de Paredes*, un bárbaro, un Sansón, un Hércules, un Milón de Crotona, mató doscientos franceses en un día... Creo que fué en Italia.—¡Ya veis que no era tan afrancesado como yo!—¡Adiestróse en las lides, contra los moros del reino de Granada; armóle caballero el mismo Rey Católico, y montó más de una vez la guardia del Quirinal, siendo Papa *nuestro tío* Alejandro Borja!—¡Eh, eh! ¡No me hacíais tan linajudo!—Pues este *Diego García de Paredes*, este ascendiente mío... que ha tenido un descendiente boticario, tomó a Cosenza y Manfredonia; entró por asalto en Ceriñola, y peleó como bueno en la batalla de Pavía. ¡Allí *hicimos* prisionero a un rey de Francia, cuya espada ha estado en Madrid cerca de tres siglos, hasta que nos la robó hace tres meses ese hijo de un posadero que viene a vuestra cabeza, y a quien llaman Murat!

Aquí hizo otra pausa el boticario. Algunos franceses demostraron querer contestarle; pero él, levantándose, e imponiendo a todos silencio con su actitud, empuñó convulsivamente un vaso, y exclamó con voz atronadora:

—¡Brindo, señores, porque maldito sea mi abuelo, que era un animal, y porque se halle ahora mismo en los profundos infiernos!—
¡¡Vivan los franceses de Francisco I y de Napoleón Bonaparte!!

—¡Vivan!. . .—respondieron los invasores, dándose por satisfechos.

Y todos apuraron su vaso.

Oyóse en esto rumor en la calle, o, mejor dicho, a la puerta de la botica.

—¿Habéis oído?— preguntaron los franceses.

García de Paredes se sonrió.

—¡Vendrán a matarme!—dijo.

—¿Quién?

—Los vecinos de Padrón.

—¿Por qué?

—*¡Por afrancesado!*—Hace ya algunas noches que rondan mi casa...—Pero ¿qué nos importa?—Continuemos nuestra fiesta.

—Sí... ¡continuemos! (exclamaron los convidados).—¡Estamos aquí para defenderos!

Y chocando ya botellas contra botellas, que no vasos contra vasos:

—¡Viva Napoleón! ¡Muera Fernando! ¡Muera Galicia!—gritaron a una voz.

García de Paredes esperó a que se acallase el brindis, y murmuró con acento lúgubre:

—¡Celedonio!

El mancebo de la botica asomó por una puertecilla su cabeza pálida y demudada, sin atreverse a penetrar en aquella caverna.

—Celedonio, trae papel y tintero, dijo tranquilamente el boticario.

—El mancebo volvió con recado de escribir.

—Siéntate (continuó su amo).—Ahora escribe las cantidades que yo te vaya diciendo. Divídelas en dos columnas. Encima de la columna de la derecha, pon: *Deuda*, y encima de la otra *Crédito*.

—Señor... (balbuceó el mancebo)—En la puerta hay una especie de motín... Gritan: *muera el boticario!*... Y ¡quieren entrar!

—¡Cállate y déjalos!—Escribe lo que te he dicho.

Los franceses se rieron de admiración, al ver al farmacéutico ocupado en ajustar cuentas cuando lo rodeaban la muerte y la ruina.

Celedonio alzó la cabeza y enristró la pluma, esperando cantidades que anotar

—¡Vamos a ver, señores (dijo entonces *García de Paredes*, dirigiéndose a sus comensales). Se trata de resumir nuestra fiesta en un solo brindis. Empecemos por orden de colocación. —Vos, capitán, decidme: ¿cuántos españoles habréis matado desde que pasasteis los Pirineos?

—¡Bravo! ¡Magnífica idea!—exclamaron los franceses.

—Yo... (dijo el interrogado, trepándose en la silla y retorciéndose el bigote con petulancia) Yo... habré matado... personalmente... con mi espada... ¡Poned unos diez o doce!

—¡Once a la derecha!—gritó el boticario, dirigiéndose al mancebo.

El mancebo repitió, después de escribir:

—*Deuda...* once.

—¡Corriente! (prosiguió el anfitrión).—¿Y vos?—Con vos hablo, señor Julio...

—Yo... seis.

—¿Y vos, mi Comandante?...

—Yo veinte.

—Yo... ocho.

—Yo... catorce.

—Yo... ninguno.

—¡Yo no sé!... He tirado a ciegas...—respondía cada cual, según le llegaba su turno.

Y el mancebo seguía anotando cantidades a la derecha.

—¡Veamos ahora, Capitán! (continuó *García*

de Paredes)—Volvamos a empezar por vos. ¿Cuántos españoles esperáis matar en el resto de la guerra, suponiendo que dure todavía... tres años?

—¡Eh!... (respondió el Capitán)—¿Quién calcula eso?

—Calculadlo..., os lo suplico...

—Poned otros once.

—Once a la izquierda. .—dictó *García de Paredes*.

Y Celedonio repitió:

—*Crédito*, once.

—¿Y vos?—interrogó el farmacéutico por el mismo orden seguido anteriormente.

—Yo... quince.

—Yo... veinte.

—Yo... ciento.

—Yo... mil—respondían los franceses.

—¡Ponlos todos a *diez*, Celedonio!... (murmuró irónicamente el boticario).—Ahora, suma por separado las dos columnas.

El pobre joven, que había anotado las cantidades con sudores de muerte, viose obligado a hacer el resumen con los dedos, como las viejas. Tal era su terror.

Al cabo de un rato de horrible silencio, exclamó, dirigiéndose a su amo:

—*Deuda*... 285.—*Crédito*... 200.

—Es decir... (añadió *García de Paredes*)— ¡Doscientos ochenta y cinco *muer*tos, y doscientos *sentenciados*! ¡Total, cuatrocientas ochenta y cinco *víctimas*!!

Y pronunció estas palabras con voz tan honda y sepulcral, que los franceses se miraron alarmados.

En tanto, el boticario ajustaba una nueva cuenta.

—¡Somos unos héroes! (exclamó al terminarla). Nos hemos bebido sesenta botellas, o sean ciento cinco libras y media de vino, que, repartidas entre veintiuno, pues todos hemos bebido con igual bizarría, dan cinco libras de liquido por cabeza.—¡Repito que somos unos héroes!

Crujieron en esto las tablas de la puerta de la botica, y el mancebo balbuceó tambaleándose:

—¡Ya entran!...

—¿Qué hora es?—preguntó el boticario con suma tranquilidad.

—Las once. Pero ¿no oye usted que entran?

—¡Déjalos! *Ya es hora.*

—¡Hora!... ¿de qué?—murmuraron los franceses, procurando levantarse.

Pero estaban tan *ebrios*, que no podían moverse de sus sillas.

—¡Que entren!, ¡que entre!... (exclamaban, sin embargo, con voz vinosa, sacando los sables con mucha dificultad y sin conseguir ponerse de pie). ¡Que entren esos canallas! ¡Nosotros los recibiremos!

En esto, sonaba ya abajo, en la botica, el estrépito de los botes y redomas que los vecinos de Padrón hacían pedazos. y oíase resonar en la escalera este grito unánime y terrible:

—¡Muera el afrancesado!

III

Levantose *García de Paredes*; como impulsado por un resorte, al oír semejante clamor dentro de su casa, y apoyándose en la mesa para no caer de nuevo sobre la silla. Tendió en torno suyo una mirada de inexplicable regocijo; dejó ver en sus labios la inmortal sonrisa del

triunfador, y así, transfigurado y hermoso, con el doble temblor de la muerte y del entusiasmo, pronunció las siguientes palabras, entrecortadas y solemnes como las campanadas del toque de agonía:

—¡Franceses!... Si cualquiera de vosotros, o todos juntos, hallárais ocasión propicia de vengar la muerte de doscientos ochenta y cinco compatriotas y de salvar la vida a otros doscientos más; si, sacrificando vuestra existencia, pudieseis desenojar la indignada sombra de vuestros antepasados, castigar a los verdugos de doscientas ochenta y cinco héroes, y librar de la muerte a doscientos compañeros, a doscientos hermanos, aumentando así las huestes del ejército patrio con doscientos campeones de la independencia nacional, ¿repararíais ni un momento en vuestra miserable vida? ¿Dudaríais ni un punto en abrazaros como Sansón a la columna del templo y a morir, a precio de matar a los enemigos de Dios?

—¿Qué dice?—se preguntaron los franceses.

—Señor... ¡los asesinos están en la antesala!—exclamó Celedonio.

—¡Que entren!... (gritó *García de Paredes*)—Abreles la puerta de la sala.

—¡Que vengan todos!... A ver cómo muere el descendiente de un soldado de Pavía.

Los franceses, aterrados, estúpidos, clavados en sus sillas por insoportable letargo, creyendo que la muerte de que hablaba el español iba a entrar en aquel aposento en pos de los amotinados, hacían penosos esfuerzos por levantar los sables que yacían sobre la mesa; pero ni siquiera conseguían que sus flojos dedos asiesen las empuñaduras: pare-

eía que los hierros estaban adheridos a la tabla por insuperable fuerza de atracción.

En esto inundaron la estancia más de cincuenta hombres y mujeres, armados con palos, puñales y pistolas, dando tremendos alaridos y lanzando fuego por los ojos.

—¡Mueran todos!—exclamaron algunas mujeres, lanzándose las primeras,

—¡Deteneos!—gritó *García de Paredes*, con tal voz, con tal actitud, con tal fisonomía, que, unido este grito a la inmovilidad y silencio de los veinte franceses, impuso frío terror a la muchedumbre, la cual no se esperaba aquel tranquilo y lúgubre recibimiento.

—No tenéis para que blandir los puñales... (continuó el boticario con voz desfallecida)— He hecho más que todos vosotros por la independencia de la Patria... ¡Me he fingido *afrancesado!*... Y ¡ya veis!... los veinte Jefes y Oficiales invasores... ¡los veinte!—no les toquéis—¡eslán envenenados!

Un grito simultáneo de terror y admiración salió del pecho de los españoles. Dieron éstos un paso más hacia los convidados, y hallaron que la mayor parte estaban ya muertos, con la cabeza caída hacia adelante, los brazos extendidos sobre la mesa, y la mano crispada en la empuñadura de los sables. Los demás agonizaban silenciosamente.

—¡Viva *García Paredes!*—exclamaron entonces los españoles, rodeando al héroe moribundo.

—Celedonio... (murmuró el farmacéutico) El *opio* se ha concluino... Manda por *opio* a la Coruña...

Sólo entonces comprendieron los vecinos

del Padrón que el boticario estaba también envenenado.

Viérais entonces un cuadro tan sublime como espantoso. Varias mujeres, sentadas en el suelo, sostenían con sus faldas y en sus brazos al expirante patriota, siendo las primeras en colmarlo de caricias y bendiciones, como antes fueron las primeras en pedir su muerte. Los hombres habían cogido todas las luces de la mesa y alumbraban arrodillados aquel grupo de patriotismo y caridad... Quedaban, finalmente, en la sombra veinte muertos o moribundos, de los cuales algunos iban desplomándose contra el suelo con pavorosa pesantez.

Y a cada suspiro de muerte que se oía, a cada francés que venía a tierra, una sonrisa gloriosa iluminaba la faz de *García de Paredes*, el cual de allí a poco devolvió su espíritu al Cielo, bendecido por un ministro del Señor y llorado de sus hermanos en la Patria.

VOCABULARIO

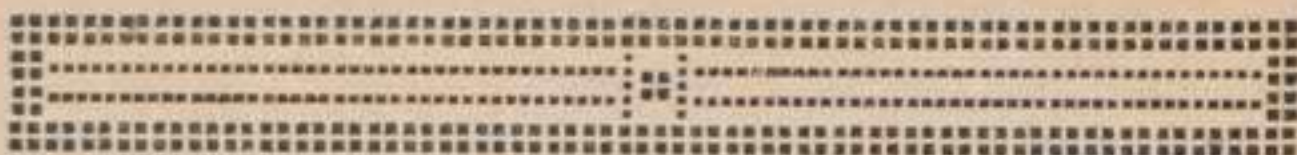
Diego García de Paredes.—Guerrero español, compañero de Gonzalo de Córdoba, dotado de gran estatura y de una fuerza prodigiosa.

Milón de Crotona.—Atleta griego, semejante por sus hazañas a Sansón y a Hércules.

Quirinal.—Una de las siete colinas en que se asentaba la antigua Roma.

Cerriñola.—Capital del reino de Italia, junto a la cual obtuvo una brillante victoria contra los franceses nuestro famoso Gonzalo de Córdoba.

Tomado de *Historietas nacionales*.
El niño de la bola y *El sombrero de tres picos* son sus dos obras maestras.



LA CABRA DEL SR. SEGUIN

ALFONSO DAUDET (francés).
Murió a fines del siglo pasado.

El Sr. Seguin jamás había tenido suerte con sus cabras. Todas las perdía del mismo modo. Una mañanita, cuando menos lo esperaba, rompían la soga, escapábanse al monte, y allá arriba se las comía el lobo. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las contenía. Parece ser que eran cabras *independientes*, que anhelaban a toda costa *el aire libre y la libertad*.

El bueno del Sr. Seguin, que no comprendía una jota del carácter de sus animales, estaba afligidísimo; y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ni una sola.

Sin embargo, no se desalentó y después de haber perdido de idéntica manera seis cabras, compró la séptima; sólo que esta vez tuvo el cuidado de que fuese muy joven, para que se acostumbrara mejor a permanecer en casa.

¡Ah, qué linda era la cabrita del Sr. Seguin!
¡Qué linda, con sus dulces ojos, su perilla de

sargento, sus cascos negros y relucientes, sus cuernos estriados y sus largos pelos blancos, que parecían un gabán! Y además dócil, zalamera y se dejaba ordeñar sin menearse, sin meter la pata en la escudilla!

¡Una monada de cabrita!...

El señor Seguín tenía detrás de su casa un cercado de espinos. En él puso a su nueva huésped. En medio de la praderita clavó una estaca, cuidó de que tuviese cuerda larga, y de vez en cuando iba a ver si estaba bien. La cabra era muy feliz y rumiaba la hierba con tan buena gana, que el señor Seguín estaba como embobado.

—¡Gracias a Dios!— pensó el pobre hombre— que a la postre hay una que no se aburrirá en mi casa!

El señor Seguín se engañaba: su cabra se hastió.

* * *

Cierto día, díjose ésta mirando al monte:

—¡Qué bien se debe estar allí arriba! ¡Ay qué gusto triscar entre malezas, sin esta maldita soga que me despelleja el cuello!... ¡Quédese para el asno o para el buey eso de pastar en un cercado!... A las cabras nos hace falta mucho espacio.

A partir de este momento, parecióle insípida la hierba del cercado. Le entró tedio. Enflaquecía y se iba quedando sin gota de leche. Daba lástima verla todo el santo día tirar de la soga, con la cabeza vuelta hacia el monte, abriendo los agujeros de la nariz y balando con tristeza: ¡Bée!

El señor Seguín advirtió que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía qué... Una mañana, al concluir de ordeñarla, volvióse la cabra y le dijo en su dialecto:

—Oiga usted, señor Seguín, me aburro en su casa; déjeme usted ir al monte.

—¡Ah, Dios mío!... ¡También ella!—gritó estupefacto el señor Seguín y de la impresión cayósele la escudilla. Luego, sentándose en la hierba, junto a su cabra, le dijo:

—¡Cómo es eso, Blanquita! ¿Conque me quieres abandonar?

Y respondió Blanquita:

—Sí, señor Seguín.

—Pero ¿te falta aquí la hierba?

—¡Oh, no, señor Seguín!

—¡Quizá te habré atado corto! ¿Quieres que te dé sogas largas?

—No vale la pena, señor Seguín.

—Entonces, ¿qué te falta, qué quieres?

—Quiero ir al monte.

—¿No sabes, infeliz, que en el monte está el lobo?—¿Qué harás cuando se presente?

—Le daré de cornadas, señor Seguín.

—¡Valiente cosa le importan tus cuernos al lobo! Animales con mejores astas que tú se los ha comido. ¿Sabes lo que le pasó a la pobre Renata, una señora cabra vieja que estaba aquí el año atrás, fuerte y astuta como un lobo? Se las tuvo tiesas con el lobo toda la noche... y después, a la madrugada, el lobo se la comió.

—¡Caramba, pobre Renata! Eso no importa, señor Seguín; déjeme usted ir al monte.

—¡Bondad divina!—exclamó el señor Seguín—¿Pero qué les pasa a mis cabras? Otra más que el lobo me va a comer... Pues bien;

¡no... Te salvaré a despecho tuyo, bribona! Y para que no rompas la cuerda, voy a encerrarte en el establo y no saldrás nunca de allí

En seguida el señor Seguín llevó la cabra a un establo muy oscuro y cerró la puerta de él con dos vueltas de llave.

Por desgracia, se había olvidado de la ventana, y apenas volvió la espalda, marchose de allí la pequeña...

Cuando la cabra llegó al monte, aquello fué un entusiasmo general. Los añosos pinabetes no habían visto nunca nada más bonito. La recibieron como a una reinecita. Los castaños bajaban hasta el suelo sus copas para acariciarla con los puntas del ramaje. Las áureas retamas entreabríanse a su paso y exhalaban todo el mejor aroma que podían. El monte entero la festejó.

¡Figuráos si estaría contenta nuestra cabra! No más cuerda, no más estaca... nada que la impidiere triscar y pacer a su antojo... ¡Allí sí que había hierba! ¡Hasta por encima de los cuernos!... ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, dentellada, constituída por mil plantas... ¡Qué diferencia del césped del cercado! Pues, ¿y las flores?... ¡Grandes campanillas azules, digitales purpúreas de largos cálices, todo un bosque de flores silvestres llenas de jugos bien olientes y que se subían a la cabeza.

La cabra blanca, medio borracha, revolcábase allá dentro patas al aire y rodaba a lo largo de las escarpas, revuelta con las hojas y las castañas caídas... Luego, de un salto, se ponía a cuatro pies de repente; y cátatela disparada de cabeza, a través de brezos y charros, ya en lo alto de un picacho, ya en el

fondo de una torrentera, arriba, abajo, por todas partes... Hubiérase dicho que en la montaña había diez cabras del señor Seguín.

Y es que a nada tenía miedo la Blanquita.

Pasaba de un salto grandes torrentes que la salpicaban de húmedo polvo y espuma. Entonces, chorreando toda, iba a tumbarse a la larga sobre una roca plana y poníase a secarse al sol. Una vez, al avanzar hasta el borde de una meseta, con una flor de citiso entre los dientes, vió abajo, allá abajo, en el llano, la casa del señor Seguín con el cercado de atrás. Esto la hizo reír hasta llorar.

—¡Qué pequeño es todo eso!—dijo—¿Cómo he podido caber allí dentro?

¡Pobrecilla! Al verse encaramada tan en alto, creíase, por lo menos, tan grande como el mundo...

En resumen: aquel fué un gran día para la cabra del señor Seguín. A la mitad de él, mientras corría a diestro y siniestro, vino a dar con una manada de gamos dispuestos a mascar con buen diente. Nuestra pequeña andariega de traje blanco produjo gran impresión. Diéronle el mejor sitio y todos *estuvieron muy galantes* con ella...

De pronto refrescó el viento. La montaña se puso de color de violeta: venía la noche.

—¡Yáa!—dijo la cabrita, y se detuvo muy pasmada.

Abajo, la campiña estaba envuelta en brumas. El cercado del señor Seguín desaparecía entre la niebla y ya no se veía más que la techumbre de la casita, con un poco de humo. Oyó las esquilas de un rebaño que iba a recogerse en el redil y sintió profunda tristeza en su alma... Un pajarraco la rozó con las alas al

pasar. Estremecióse ella... Luego un aullido en el monte...

—¡Guau, guau!

Se acordó del lobo. La loquilla no había pensado en ello en todo el día. En el mismo momento sonó muy lejos, en el valle, una trompa. Era que el bueno del señor Seguíñ intentaba el último esfuerzo.

—¡Guau, guau!...—decía el lobo.

—¡Vuélvete, vuélvete!—gritaba la trompeta.

Ganas le dieron a Blanquita de volverse; más al recordar la estaca, la soga, el seto vivo del cercado, pensó que ahora ya no podría acostumbrarse aquella vida y que más valía quedarse en el monte.

Ya no sonaba la trompa...

La cabra oyó tras de sí un ruido de hojas. Volvió la cabeza y vió entre las sombras dos orejas cortas y tiesas, con dos ojos relucientes... Era el lobo.

*
* * *

Enorme, inmóvil, sentado sobre el cuarto trasero, estaba mirando a la cabrita blanca y saboreándola de antemano. Como sabía bien que se la comería, el lobo no se apresuraba. Solamente cuando ella se volvió, rióse él con sarcasmo.

—¡Ja, ja! ¡La cabrita del señor Seguíñ!

Y se pasó la gruesa y roja lengua por sus labios suaves como la yesca. Comprendió Blanquita que estaba perdida. Al recordar un momento la historia de la vieja Renata, que se había batido toda la noche para ser devorada por la mañana, díjose que quizá fuese mejor dejarse devorar en seguida. Luego, cambiando de

parecer. se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante, como una cabra valiente que era la del señor Seguí. Y no porque tuviese esperanza de matar al lobo (las



cabras no matan a los lobos), sino sólo por ver si podría resistirse tanto tiempo como la Ronata... Entonces avanzó el monstruo y los cuernecillos entraron en danza.

¡Ah, valerosa cabrita; con qué bríos acometía! Más de diez veces obligó al lobo a retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, la golosuela cogía a escape otra brizna de sus caras hierbas; después tornaba al combate, llena la boca... Aquello duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguín miraba danzar las estrellas en el claro cielo y decía para sí:

—¡Oh! ¡Con tal de que resista hasta el alba!...

Apagáronse las estrellas una tras otra. Blanquita redobló las cornadas, y el lobo los mordiscos... Un resplandor pálido apareció en el horizonte... Desde una alquería subió el canto de un gallo enronquecido.

—¡Al fin!—exclamó el pobre cuadrúpedo, que sólo al día esperaba para morir. Y tendiose en el suelo, con su hermosa piel blanca, toda manchada de sangre...

Entonces el lobo arrojose encima de la cabrita y se la comió.

(Traducción de E. López White.)

VOCABULARIO

Cuernos estriados.—No lisos, como con relieves y labores.

Pinabetes.—Arboles parecidos a los pinos, a los cipreses, a los abetos.

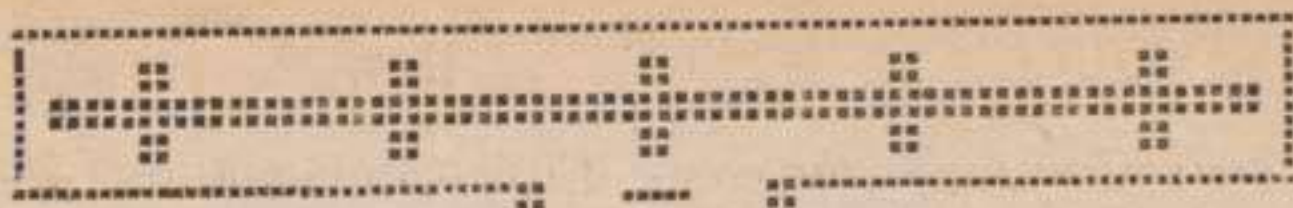
Aureas retamas.—Plantas cuajadas de flores amarillas, del color del oro.

Digitales purpúreas.—Flores encarnadas, semejantes a los dedales.

Flor de citiso.—Parecida a la de los pámpanos de las acacias y a las flores de los garbanzos.

Tomado de *Cuentos amorosos y patrióticos* (J. Sempere y Compañía). Las obras más notables de este escritor son: *Tartarín de Tarascón* y *Numa Roumostán*.





MONTECRISTO

JOSÉ ESTREMER (catalán). Murió a fines del siglo pasado.

Cuando acabó Damián la carrera de medicina, le escribió su padre, diciéndole:

«Vente al pueblo a ejercer tu profesión. Aquí no encontrarás grandes riquezas: pero con lo que ganes con tu trabajo, y con la pequeña hacienda que has de heredar a mi muerte, tendrás lo suficiente para vivir en una modesta holgura, honrado y querido como lo han sido tus abuelos.»

Pero Damián tenía aspiraciones mucho más grandes. ¡El, ir a vegetar ignorado y miserable en un villorrio! ¡El, que había nacido para ser rico, poderoso, y para brillar en medio de los escogidos por la suerte! ¡Jamás! Madrid podía sólo ofrecerle medios de llegar a la realización de sus sueños; Madrid era, pues, su campo de operaciones.

El ejercicio de la medicina no le lisonjeaba, porque le parecía muy difícil y lento llegar a hacerse médico famoso. Sería necesario, por ejemplo, empezar de alumno interno en un hospital, pasar malas noches y ver miserias

continuamente en derredor. No había nacido él para tan bajos fines. Damián no era tonto y tenía grandes aptitudes para las bellas artes. Empezó a pintar por entretenimiento, y sus amigos y compañeros le alentaban, asegurándole un porvenir brillante.

Pasaron varios años sin que el artista-médico supiera a qué carta quedarse, y al cabo su padre le retiró la modesta pensión que le enviaba, creyendo que así le obligaría a ir a su lado. Pero él había de ser rico. ¿Cómo? No lo sabía; sólo sabía que en su pueblo no había de conseguirlo.

Viéndose sin recursos, se dedicó a pintar tablitas hechas a la ligera, que vendía a bajo precio a los comisionistas que van ofreciéndolas de café en café. Si esto no le daba mucho dinero, en cambio le costaba poquísimo trabajo, y con ello podía ir viviendo hasta que se le presentara la fortuna a ofrecerle sus dones; porque tenía por cosa segura que había de presentársele cuando menos lo esperara.

Pero la deseada visita tardaba más de lo conveniente, y entonces empezó Damián a quejarse de su suerte y a maldecir de la sociedad que le tenía postergado y olvidado, y que no le tendía una mano protectora en pago, sin duda, de los buenos servicios que él hasta entonces le prestara. Cuando al atravesar una calle se veía obligado a detenerse para dejar pasar el carruaje de un rico, sentía en sus manos crispaduras nerviosas, y sus ojos fulminaban horribles maldiciones.

Un día volvía a su empinada buardilla más triste y desesperado que nunca. Había ido a vender una de sus tablitas a un groserote ri-

cachón, a quién halló rodeado de cuantos muebles y cachivaches pueden imaginar la moda, la voluptuosidad y el capricho.

!Y no he de llegar nunca yo a disfrutar de semejantes atractivos!

Esto iba pensando cuando subía perezosamente los ciento y pico de escalones que conducían a su morada.

Aquella noche no pudo dormir; dando vueltas a uno y otro lado de su catre, comparaba el miserable ajuar de su habitación con el de la casa donde había ido a llevar por miserable precio el fruto de su trabajo de una hora.

De tales meditaciones vino a sacarle la voz lastimera de un hombre que cerca de allí se quejaba. Puso oído atento y oyó que el vecino continuaba quejándose y que a poco, a los ayes de dolor sucedieron gritos en demanda de socorro.

—Otro desdichado como yo—pensó Damián—e impulsado por un sentimiento de compañerismo, se puso su ropa precipitadamente y salió al descanso de la escalera, en donde la voz dolorida le guió hasta otra buardilla contigua a la suya. Empujó la puerta, que cedió sin gran resistencia, y se halló en un chibiritil semejante al suyo; tendido en el suelo, junto a una cama cuyas ropas estaban en completo desorden, vió a un hombre enjuto y demacrado, que trataba de levantarse inútilmente.

—¡Por Dios, levánteme de aquí!—dijo el desgraciado tendiéndole los descarnados brazos.

Damián cogió en vilo al desconocido, le colocó en la cama, puso en orden la ropa y le cubrió con ella.

—Gracias, caballero, gracias; ha hecho usted una verdadera obra de caridad. Estoy en-

fermo, muy enfermo; acaso me quedan poquísimas horas de vida... Hace poco pude conciliar el sueño, que había huído de mí; pero ha sido tan agitado, que hubiera preferido una vigilia eterna. Al despertar me he encontrado en el suelo, y estoy dolorido y no tenía fuerzas para levantarme. Sufro mucho, caballero.... ¡Pero a qué voy a molestar a usted con lamentaciones inútiles! Retírese usted a descansar y cuente con mi gratitud. Retírese usted, y si puedo, ya tendré el gusto de devolverle su visita.

—No, señor; usted está malo y necesita usted quien le ayude. ¿Tiene usted familia o amigos? ¿Quiere usted que avise a alguien que venga a asistirle?

—No, señor; estoy solo en el mundo, pues aunque tengo personas muy allegadas y queridas, todas me han abandonado, y sería inútil ir a pedirles auxilio para el pobre anciano. Retírese usted, amigo mío. Ya ha hecho usted cuanto podía hacer por mí. Mil gracias y buenas noches.

Insistió Damián en quedarse y el viejo en que se fuera, y al fin salió de la triste morada, prometiendo al enfermo volver a verle, por si podía serle útil en algo.

Repitió sus visitas, cuidó al pobre anciano, valiéndose de lo poco que había aprendido de medicina y notó que el enfermo se le iba aficionando y aún tenía con él alguna confianza.

—Joven caritativo—le dijo un día el moribundo, en tono misterioso—usted, que es médico, habrá comprendido ya que me quedan muy pocas horas de vida. Se ha portado usted conmigo como nunca se ha portado mi propia hija... Sí, señor, yo tengo una hija... Le debo a

usted entera confianza... Yo no soy lo que parezco. Debía ser ahora Presidente de la República de Méjico; pero vendido y acusado por falsos amigos, tuve que emigrar a España... Soy inmensamente rico; pero al abandonar mi país tuve que enterrar toda mi fortuna para no infundir sospechas. Muerto yo, esa fortuna quedará ignorada y sin dueño, si usted no quiere aceptarla.

Al oír aquella inesperada revelación, Damián creyó que soñaba; veía que estaba próximo a ver realizadas todas sus ambiciones, y que al fin la fortuna iba a hacerle la anhelada visita.

—Pero usted acaba de decirme que tiene una hija—dijo Damián lleno de esperanzas y temores.

—¡Mi hija!... Mi hija es poderosa. Búsquela usted. Hoy se llama la marquesa viuda de Vicencio, vive en Méjico... Búsquela usted; pero será inútil; nada quiere mío y verá usted cómo, si se presenta en mi nombre, ni siquiera se digna recibirle. Usted no sabe cuántas veces he ido ha implorar de rodillas que me permitiera darle un beso paternal, y ¿sabe usted lo que ha hecho cuando he logrado verla? Pues ha mandado a sus criados que me arrojen de su casa. Mil veces de palabra y por escrito le he ofrecido mi fortuna a cambio de una mirada filial, y siempre me ha contestado con el mismo desdén.

—Pero ¿qué motivo tiene para semejante desvío?

—Ninguno; pero llega a tal punto, que no quiere reconocer en mí a su padre. Así, noble joven, no dude usted en aceptar la fortuna que le ofrezco, porque ella no había de ad-

mitirla de ningún modo. Si quiere usted acallar escrúpulos de conciencia, vaya a verla y ofrezcásela, y en el caso improbable de que la acepte, aún puede usted ser rico quedándose con la tercera parte, de la que puedo disponer a mi antojo.

En las visitas sucesivas insistió el viejo en sus revelaciones e hizo prometer a Damián que aceptaría la herencia, y le dió unos papeles en que se indicaba puntualmente el sitio en donde estaban enterradas las riquezas.

Murió el viejo, y Damián creyó ver realizados los sueños de su vida y se consideró poderoso. Vendió lo poco que había heredado de sus padres para costear su viaje a Méjico, pensando dirigirse en primer término a la hija de su bienhechor, más que para satisfacer su conciencia, con el fin de hacer mayor su fortuna si lograba conquistar la simpatía y la mano de la marquesa viuda. Apenas llegado, preguntó por ella y supo que, en efecto, era una de las personas más ricas y bienquistas del país, con lo cual vió que el viejo no le había engañado. Solicitó una audiencia de la ilustre dama, tomando el nombre de su difunto vecino, y la marquesa se negó a recibirle, a pesar de sus repetidas instancias.

En vista de lo cual, dispuso y emprendió los trabajos de excavación en el lugar en que, según los papeles que le dejó el difunto, debía estar el tesoro. Los planos y demás noticias indicaban perfectamente el sitio, de modo que ya no le cabía la menor duda: iba a ser rico.

¡Con cuánta ansiedad presenciaba y dirigía los trabajos! Cada golpe de piqueta le parecía nuncio de inefable ventura.

Cuando calculó que faltaba cavar muy poco para encontrar el tesoro, mandó suspender los trabajos, pensando concluirlos él mismo en el silencio y soledad de la noche, para que nadie pudiera saber lo que buscaba.

Llegó la noche, y Damián, a la luz de la luna, cavó horas enteras sin sentir el cansancio, ni aún limpiarse el sudor que en gruesas gotas caía de su frente. Era la primera vez que trabajaba.

A la profundidad marcada con admirable precisión por los planos del viejo, descubrió al fin entre la tierra un cofrecillo de madera, cerrado con llave y reforzado además con cintas de hierro. Impaciente y febril, trató de abrirlo, pero no pudo. Si le daba un golpe con la piqueta, podría destruir alguna joya de valor... Era necesario diferir su felicidad y llevarse el cofre a su casa para abrirlo con herramientas a propósito.

Se dirigió a la fonda con pasos cautelosos, y en cada transeunte imaginaba ver un ladrón o un individuo de la policía que iba a pedirle cuentas de sus acciones y a confiscarle los bienes del anciano.

Al entrar en poblado, sintió que le faltaban las fuerzas. El trabajo, rudo para él y las varias emociones que había sentido en pocas horas, le habían aniquilado, y comprendió que de seguir podía desmayarse en el camino, abandonando su tesoro a la rapacidad de cualquier malvado. A pesar de su impaciencia, creyó necesario dilatar la apertura del cofrecillo y entró en un café a tomar algo para reparar sus fuerzas.

En la mesa inmediata a la en que se sentó hablaban de política varios sujetos, entre los

que reconoció a un compañero de hotel y vecino suyo en la mesa redonda.

— El actual presidente no puede hacerlo peor—decía uno de los comensales.

— Mejor hubiera gobernado el bueno de Don Anselmo Echevarría—dijo el conocido de nuestro héroe sonriendo.

Al oír aquel nombre, Damián abrió desmesuradamente los ojos y aplicó el oído. Anselmo Echevarría se llamaba el dueño de la inmensa fortuna, el pobre viejo de la buhardilla.

En el grupo vecino no volvió a hablarse de muerto.

Cuando se retiraron los políticos, el conocido de Damián se acercó a su mesa y le dijo:

— Si va usted a la fonda, le esperaré un rato y podemos ir juntos.

Mucho disgustó a Damián la cortesía, pero no supo qué contestar. Y entrando en conversación se atrevió a decir:

— ¿Usted conoció a Don Anselmo Echevarría?

— ¿Quién no conoce en Méjico al constante pretendiente a la presidencia de la República, al pseudo-padre de la marquesa viuda de Vencencio?—dijo el conhuésped sonriendo siempre.

— Y esa mujer, ¿por qué no quería a su padre?—preguntó Damián.

— ¿A Echevarría?

— Sí.

— ¿Pero usted conoce a Echevarría?

— Lo he conocido en Madrid.

— ¿Y no sabe usted quién es?

— Sólo sé que era un distinguido hombre político y el padre de la marquesa...

— ¡Pero usted le ha tratado y no ha conocido que era un pobre loco!

—¡Loco!—dijo Damián, sintiendo que le faltaban de nuevo las fuerzas.

—Loco rematado. Era un pobre empleadillo que se creía inmensamente rico, hombre público muy importante, con derecho a la presidencia de la República y siempre perseguido por sus contrarios. Creía además que la marquesa de Vicencio era una hija que se le murió hace muchos años, y con esta manía ha dado serios disgustos a esa señora.

Al oír esto, el pobre soñador cayó sobre el diván presa de un síncope.

Al despertar a la mañana siguiente, se halló acostado en su cama, y vió sobre la mesita de noche el cofrecillo que debía encerrar su tesoro. Lo descerrajó con un resto de esperanza y lo encontró lleno de pedazos de vidrio.

VOCABULARIO

Montecristo.—El protagonista de la famosa obra de Dumas (padre): «El conde de Montecristo», que por las revelaciones del abate Faria encontró un tesoro.

Bienquista.—Muy estimada y considerada; de buena fama.

Diferir.—Aplazar.

Pseudo.—Falso.

Tomado de la Antología de *Cuentos*, publicada por la Casa Garnier. Las principales obras de este comediógrafo son: *Música clásica* y *Las hijas del Zebedeo*.



EL BESO

(El cuento ha sucedido en un presidio de España)

EUSEBIO BLASCO (zaragozano). Murió a principios del siglo actual).



Había en el presidio de... donde sea, que el nombre de la ciudad no hace al caso; había, digo, gente muy mala. Verdad es que no suele abundar la gente buena en tales casas.

Pero entre los cuatrocientos y pico de penados, había uno que valía por todos.

El *Lobo* le llamaban.

Estaba preso hacía cuarenta y dos años y tenía sesenta.

Desde la edad más tierna fué corriendo de cárcel en cárcel y de presidio en presidio por ladrón y asesino. No se sabe cómo se libró del cadalso; pero ello es que, condenado una vez a veinte años por un crimen espantoso, así que cumplió la condena fué ladrón en cuadrilla y secuestrador y mató a una mujer y dos niños, y le condenaron a más años de cadena de los que pudiera vivir. Era hombre tan feroz y de carácter tan malo, que los demás presidiarios no se le acercaban nunca.

Hacían un círculo al pasar cerca de él, porque su instinto natural le pedía sangre, y en más de una ocasión al que se le acercó, le hizo mucho daño con los dientes o a patadas o con las agujas de hacer medias, porque su ocupación constante era hacer calceta. Sanguinario era como pocos. Carnicero como las fieras más salvajes. Y los carniceros y sanguinarios no tienen término medio, o se llaman *Napoleón I* o se llaman *El Lobo*.

Sentado en el suelo, haciendo muy deprisa los puntos de las medias, con la cabeza metida en el pecho, se pasaba días y semanas sin hablar. Tenía una cabeza, que no la soñó Goya. Hirsuta, cubierta de vellones negros, bosque espeso de piojos, la barba intrincada, que por miedo o tolerancia le dejaban llevar, los ojos negros y feroces, la mirada torva y amenazadora... ¡Qué hombre! Fuerte, a pesar de sus sesenta años de vida quieta, con unas manos como manojos de sarmientos gordos. *El Lobo* era el terror de la casa, pero el terror sordo, ese que no se traduce en comentarios, ni en bromas de mal género, sino en un silencio convenido moralmente... Levantaba alguna vez los ojos para mirar a su alrededor, y los presos, en vez de contestar a sus miradas, se volvían de espaldas o miraban al cielo.

Vino al presidio un comandante nuevo, con fama de enérgico y de hombre con quien no se jugaba.

Por la misma razón, los presidiarios comenzaron a mirarle con malos ojos. Sus murmuraciones hubo y sus conatos de atreverse con él, pero no había en realidad motivo.

El jefe del presidio tenía una hija encantadora. Aurora se llamaba, y cuando su padre

tomó posesión del destino, la niña no había cumplido cinco años.

Una tarde bajó con su padre al patio a la hora del rancho; de la mano del autor de sus días fué mirando uno por uno a los presidiarios, y con ese descaro infantil, que aún a los peores caracteres hace gracia, iba comentando lo que veía y hablando cara a cara con aquellos malvados. A éste le preguntaba cómo se llamaba, al otro si el rancho era bueno. A uno de ellos, matón condenado a diez años por una puñalada trapera, le dijo yo no sé cuantas monadas, y él le preguntó si quería rancho, y después de consultado el jefe, la niña comió dos cucharadas y los presos se rieron, y alguno le pidió recomendación para el papá. También los hubo que dijeron palabrotas y murmuraron del padre y de la hija, y renegaron de lo que comían; cosas naturales, porque al fin y al cabo, el patio de un presidio no es el salón de una duquesa.

Allá, lejos de todos, con el rancho abandonado a medio comer y las agujas en la mano, haciendo su calcetín con rapidez vertiginosa y la cabeza baja, estaba *El Lobo*, sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared. El padre y la hija se acercaron a unos tres metros de él y no les hizo caso. De su garganta se escapaba una especie de graznido sordo mientras cruzaba las agujas. Con el rabillo del ojo les miró un instante, pero nada más. La niña fué a acercarse a él y el padre la detuvo.

—Voy a verle de cerca—dijo Aurora.

—No, hija mía, no, que éste es muy malo; tiene muy mala sangre y te puede dar una zarpada.

—¡Mira, mira, papá, qué cara pone! ¡Ay! ¡Y está haciendo media!

—Así se pasa la vida, según me ha dicho mi antecesor. Es hombre muy peligroso. Toda su vida la ha pasado en presidio; ¡ya ves, todavía tiene para treinta años!

—¡Treinta años! ¡Pobrecito!

El Lobo, al oír *pobrecito*, levantó la cabeza y la miró con los ojos muy abiertos, sin dejar de mover las agujas. El jefe fué a decir algo a la niña: pero ésta, sin dejarle tiempo para contenerla, echó a correr, gritando:

—¡Voy a darle un beso!

Y así lo hizo. Llegó junto a la fiera, y sin aprensión ni miedo, le besó en medio de la cara, diciendo:

—¡Toma hombre! ¡Y no seas malo!

Y enseguida se volvió corriendo hacia su padre.

.....

El Lobo se quedó como atontado; no dijo nada, prolongó su graznido como los paráliticos que quieren hablar y no pueden, y temblando visiblemente, volvió a meter la cabeza en el pecho y a hacer su labôr nervioso, muy nervioso.....

Y cuando el padre y la hija estaban ya en la puerta que conducía a la dirección y le daban la espalda, volvió el anciano criminal a levantar la cara y miró a la puerta largo rato.

Después se pasó la tarde, anocheció y cada fiera a su jaula.

Transcurrieron días y meses, y en el presidio bien dirigido, no ocurrió nada de particular. Pero un día—un día de Julio, lloviendo estaba a mares y los presidiarios en las gale-

rías del patio haciendo concurrencia a la tempestad.

—Cundió la voz de rebelión, se negó la gente a comer el rancho; la conspiración, que había tardado un mes en fraguarse, estalló de pronto—¡Corriendo! ¡Baje usted! ¡El presidio está sublevado!

Y el comandante saltó como una pantera de la cama donde dormía la siesta, cerró por fuera su cuarto, para que la niña no le siguiera, y cuando llegó al patio se encontró con trescientos hombres enfrente de él, armados con las cucharas de palo afiladas y convertidas en cuchillos.

No era hombre de ceder ni de acobardarse. Sabía morir si era preciso. Arengó y no le hicieron caso; quiso atacar y le atacaron; su vida estaba en las manos de aquellos bandidos desenfrenados. Le echaron atrás y le tiraron más de cien *viajes*, sin contar las pedradas y las tarteras que iban volando derechas a su cabeza... ¿Qué iba a pasar? ¿Qué podía hacer solo contra tanta gente? La batalla había comenzado, ya había disparado él los seis tiros de su revólver... pero en el momento de disparar el último, vió venir hacia él un monstruo, un hombre con cabeza de oso, *El Lobo*, que gritaba.

—No hay cuidado, que aquí estoy yo.

Y cogiendo al jefe por la cintura con la mano izquierda y colocándose a la espalda para cubrirlo con su propio cuerpo, enarboló con la derecha una enorme navaja, que no supo nadie nunca de donde salió, y comenzó a recibir enemigos, y a dar puñaladas tan certeras, que hombre que llegaba a su alcance, caía a sus pies muerto del primer golpe.

Y todo esto pasaba ya en silencio; el jefe resguardado detrás de su preso, pensando (hasta donde se puede pensar en momentos tales) *por qué* el presidiario le defendía así y cómo ababaría aquel horrible *lío*. Y el *El Lobo* entre tanto, recibía pedradas en la cabeza y cuchilladas de palo tan graves como las de hierro, y por fin acudió la fuerza armada, llamada por los dependientes, y hubo descargas en el patio, y muertos y heridos en todos los rincones, y a la hora y media de refriega, quedó todo en calma y el jefe estaba sano y salvo, y *El Lobo* con dos navajazos en el vientre, la cabeza deshecha de heridas y muriéndose por la posta.

Le llevaron a la Dirección, por orden del jefe. Allí, acostado en la primera cama blanda que había tenido en su vida, espiraba retorciendo los ojos y repitiendo aquel graznido del asma, tan suyo. Le dieron la Unción, pero entre la vida y la muerte, pudo romper a hablar, y dijo, abriendo desmesuradamente los ojos y mirando a aquél a quien había salvado la vida.

—¡La... niña!

El jefe adivinó enseguida lo que pensaba su defensor. *Recordó* y comprendió por que le había defendido... ¡Oh, si eso era! Corrió a la Dirección, donde había dejado encerrada a su hija, sin acordarse de volver para abrirla la puerta. La niña estaba aterrada, llorando... La cogió en brazos, volvió con ella a toda prisa al cuarto del moribundo y le halló ya en las postrimerías de aquella existencia de presidio y de sanguinarios deseos de cuarenta años de fiera... Y el tío *Lobo* con ojos extraviados, tuvo todavía tiempo de ver y de decir a la única amiga de su vida.

—¡Otro!... ¡Otro!

El padre levantó a la niña en brazos y se oyó el chasquido de un beso sonoro, estampado por unos labios de ángel en el rostro curtido del viejo...

Y mientras el cura se alejaba rezando y con los Santos Oleos en las cruzadas manos, quedaron allí arrodillados ante el cadáver, el jefe, los empleados, los guardias, en religioso silencio; y la niña, a una indicación de su padre, comenzó a decir, con su vocecita dulce y cariñosa.

—Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre venga a nos el tu Reino...

VOCABULARIO

Goya.—Pintor español; aquí hace referencia a los tipos grotescos y extravagantes que forman la serie de grabados satíricos conocidos con el nombre de *Caprichos*.

Cabeza hirsuta.—Erizada, con pelos muy ásperos y fuertes, como púas.

Mirada torva.—Irritada, como si estuviese enfadado siempre.

Manojo de sarmientos.—Manos parecidas a trozos de ramas de vid.

Biblioteca Fénix.—*Cuentos.*
Autor de las celebradas comedias *El pañuelo blanco* y *El Anzuelo*.



LOS CONSEJOS DE UN PADRE

JOSÉ ECHEGARAY (madrileño). Murió recientemente.

Toda grandeza acaba: las montañas se demoronan, y hechas polvo, van al fondo del mar; los imperios se derriban, y hechos pedazos, van al fondo de la historia; las glorias se apagan, y apenas dejan chispas en las lejanías de lo pasado; el sol se apagará también, todo es cuestión de tiempo, y no dejará más que una osamenta fría, rodando por el espacio.

¡Qué mucho que el león, el rey de las selvas agonizara en el hueco de su caverna!

Fué poderoso: le llegó su hora y empezaron las boqueadas de su agonía.

A su lado estaba su hijo, el *nuevo león*, el príncipe heredero de los bosques, el rey futuro de todos los animales.

El monarca muribundo, y más que el monarca, el padre, le daba penosamente el último consejo, el más importante:

—Huye del hombre—le decía—, huye siempre; no pretendas luchar con él. Eres señor

absoluto de los demás animales, no les temas; dominalos, castígalos, devóralos, si tienes hambre. Con todos puedes luchar, a todos puedes vencer; pero no pretendas luchar con el hombre: te daría muerte y sin piedad, porque es cruel, más cruel que nosotros.

—¿Tan fuerte es el hombre?—preguntó el hijo.

—No es fuerte, no—replicó el padre.—Y continuó diciendo: De un latigazo de tu cola le podrías lanzar por los aires como al más miserable animalejo.

—¿Sus dientes, sus colmillos, son poderosos?

—Son despreciables y ridículos; valen menos que los de un ratoncillo.

—Sus uñas, son tan potentes como mis zarpas?

—Son mezquinas, ruines, y a veces las lleva sucias; no, por las zarpas no conseguiría vencerte.

—Tendrá melenas como éstas que nosotros sacudimos orgullosos?

—No las tiene y algunos son calvos.

Aquí el león abrió enormemente la espantosa boca: o fué que quiso reír y no pudo o fué que empezaba el estertor.

—Y las hembras de ese animal, ¿son terribles?

El leonazo hizo un movimiento como para levantarse, pero no pudo y se quedó pensativo, entornando los ojos y respirando penosamente con el hipo de la agonía...

Después sólo pronunció estas palabras:

—Mi consejo, mi último consejo: no luches con el hombre, huye, huye del hombre...

Abrió la boca: quiso tragar aire: no pudo:

se estremeció su cuerpo, dobló majestuosamente la cabeza, y murió el león padre.

Empezó el reinado del león hijo.

Cuando éste comprendió que su padre había muerto, no lloró, porque los leones no lloran, pero se tendió junto a él, acercó su cabeza enorme a la enorme cabeza del león difunto, y así se quedó un rato. Los dos hocicos se unieron: el ardiente y el helado. Las dos melenas se mezclaron, como si dos llorones de cementerio se enredasen, o dos aguaceros de lágrimas se confundieran en uno solo.

Al fin, el hijo se levantó, sacudió cola y melenas y rugió; ya no quedaba más que un león: el león era él.

Salió de la caverna; a zarpazos hizo rodar unos cuantos pedruscos, hasta cerrar completamente la entrada. El león muerto tenía ya su tumba, ni más ni menos que un Faraón.

El león vivo se alejó por el monte y trompeteó el nuevo reinado con tres poderosos rugidos; pero aquella noche no devoró a ningún animal: no tenía hambre. Durmió poco y lo poco que durmió fué soñando con el último consejo de su padre. ¡El hombre! ¡El hombre! ¿Por qué sería el hombre tan terrible?

A la mañana siguiente despertó y se echó por el mundo. ¿Encontraría al hombre? Y si lo encontraba, ¿debería huir cumpliendo la última voluntad de su padre?

De pronto sonó algo estrepitoso y terrible: algo a modo de rugido. Debía de ser el hombre que rugía.

Pero no: era un borrico que rebuznaba con rebuznos formidables.

El león, por impulso que no pudo conte-

ner, acometió al borrico, le derribó y le sujetó con sus poderosas garras.

—¿Eres el hombre?—le preguntó.

—No—contestó el pobre animal.—No soy el hombre, ¡aunque he oído decir que algunos se parecen a mí! Es un burro, es un borrico, es un pollino, se dice de muchos.

—¿Y tú eres fuerte?

—Ya ves que no: me tienes sujeto, me clavas las uñas y no me muevo.

—Sin embargo, tu rugido es potente; no me dió miedo, pero me alarmó.

—No te fíes; hay muchos que rebuznan fuerte, y en el fondo son unos pobres diablos como yo, unos pollinos.

—¿Dónde encontraré al hombre?

—Sigue este valle, salva esa montaña y quizá lo encuentres al otro lado.

El león soltó al borrico y siguió su camino.

De pronto, algo se le enredó a una pierna; era una serpiente. Con violenta sacudida la arrojó a distancia; dió un salto y la sujetó con la pata.

—¿Eres el hombre?—la preguntó.

—No soy el hombre; soy la serpiente.

—¿Se parece a tí?

—Algunos a mí se parecen; como yo se arrastran, y como yo son venenosos.

—¿Dónde encontraré al hombre?

—Sigue por la montaña; al bajar de ella, acaso lo encuentres. Pero déjame, que pesas mucho.

Forcejeó la serpiente y quiso morderle.

—Eres un animal muy feo—dijo el león.—A un borrico se le perdona; a un mal bicho se le aplasta y se le destroza.

Y aplastó y desgarró al reptil.

Continuando su camino pasó la cresta de la montaña y empezó a bajar.

De pronto vió un animal que corría, y saltando sobre él, sin esfuerzo alguno, lo sujetó, porque era pequeño y poco robusto.

—¿Quién eres? ¿Acaso eres el hombre?

—Soy el zorro—dijo el animalejo—, y valgo tanto como el hombre por mi travesura, aunque los hay muy zorros; entro en sus corrales y me como sus gallinas, y él sólo aprovecha las que yo le dejo.

—¿Pero le conoces?

—Mucho y desde hace mucho tiempo.

—Pues ven conmigo.

Y el león y el zorro echaron a andar y pronto penetraron en el bosque.

En esto saltó un mono, se subió a un árbol y desde arriba hizo gestos burlescos a su dueño y señor, el rey de las selvas; hasta llegó a rascarse en forma indecorosa regiones retrospectivas.

—¿Qué animal es ese?—preguntó el león a su acompañante el zorro—; ¿es acaso el hombre?

—No es el hombre, pero se le parece mucho. Algunos suponen que son hermanos, o, por lo menos, primos.

—¡Que el hombre es así!—dijo el león, y lanzó un rugido a modo de formidable carcajada. Pero entonces mi pobre padre deliraba. ¡El hombre temible! ¡Temible ese engendro ridículo! Voy a buscarle, siquiera por el gusto de cortarle la cola.

—Ya no la tiene—dijo el zorro con malicia—, se le ha ido consumiendo.

—¡Adelante! ¡A buscar al hombre! ¡A domar su orgullo! ¡Orgullosos un ser tan ruin, tan des-

preciable, tan malvado, tan ridículo! ¡Un ser que se parece al borrico por el entendimiento, a la serpiente por lo rastrero y venenoso, al mono por la figura, y a quien el zorro le come las gallinas! ¡A él! ¡A él!—rugió el león con poderosos rugidos.

Otro animal le cerró el paso; le desafió valiente; le ladró furioso.

—No hables mal del hombre, animal, bárbaro y salvaje. El hombre es bueno, es noble, es mi compañero: parte conmigo su pan, duermo a los pies de su cama. Si le ofendes, me ofendes a mi; si luchas con él, lucharé a su lado; mi cuerpo será escudo que pare tus zarpazos.

—Eres valiente—dijo el león.—Quién cuenta con tan buen amigo, algo bueno tendrá.

—El hombre no tiene nada bueno, como no sean sus gallineros—refunfuñó el zorro.

Pero un águila real llegó desde un picacho y tomó parte en la discusión.

—Calla, animalejo ruin: el hombre es un animal de cuenta; lo digo yo, que miro las cosas desde muy arriba.

—Lo dices y lo defiendes, porque te adula, poniéndote por gala y vanidad en sus escudos de piedra.

—Lo digo porque lo sé, y porque un día me lo reveló Jove en confianza.

El león levantó la cabeza, y preguntó:

—¿El hombre vuela como tú?

—El no vuela; pero en su cabeza, como en jaula misteriosa, lleva un ave que vuela más que yo y que sube más alto.

—¿Cómo se llama?

—El pensamiento.

—No le conozco,

—Tampoco yo.

El león se quedó pensativo. ¿Qué sería el hombre? Los borricos hablaban de él con desprecio, las serpientes con envidia, los zorros con burlas, los monos le imitaban; pero el perro le defendía y el águila le respetaba, y su padre, el más poderoso león de los bosques, mostró temor al hablar del hombre. ¿Qué debería hacer? ¿Respetar la última voluntad del león moribundo o buscar resuelto y domar valeroso al que pretendía ser rey de la creación?

Vaciló, pero el zorro le dijo:

—Eres el animal más fuerte que existe: eres nuestro soberano, ¿y vas a huir cobardemente ante el hombre, de quien me burlo yo así todos los días y por de contado todas las noches? ¿Quién como tú? ¿Quién se te iguala?

—¿Y el consejo de mi padre? ¿Y su memoria, que yo respeto? ¿Y su experiencia?

—Tu padre estaba chocho: los años apagaron su entendimiento y gastaron su fuerza.

El león se decidió a buscar al hombre y a combatir con él. Continuó caminando por el bosque con el zorro al lado, el perro delante, el mono de árbol en árbol y el águila por los aires. Al fin, el zorro le dijo:

—Mira, allí está. Aquél que va a caballo con arco y flechas, aquel es el hombre.

—Pero aquel animal que cruza a lo lejos es muy grande y tiene cuatro patas, y tú me dijiste que el hombre se parecía al mono.

—Es que el hombre, a veces tiene cuatro patas o las merece—replicó el zorro con sorna.— De todas maneras, has de saber que aquel hombre va a caballo.

—¡Pues a él!—rugió el león, y avanzó potente y valeroso.

Empezó la lucha.

El hombre a veces huía, a veces disparaba una flecha, y en retiradas y acometidas y evoluciones, atrajo al león hacia unos matorrales. De pronto, al dar el león un salto, le faltó tierra y cayó en un foso profundo. Quiso salir, y sintió que unas fuertes ligaduras le sujetaban manos y pies y todo el cuerpo.

Había caído en una trampa; estaba perdido. Después de bregar un rato lo comprendió, y murmuró en roncas voces:—Mi padre tenía razón, debí huir del hombre; pero ya es tarde; y se dispuso a morir con dignidad, que es lo que todo el mundo debe hacer cuando se convence de que la muerte llega. El león se quedó inmóvil y dobló la majestuosa cabeza.

Al borde del hoyo se asomaron con curiosidad el hombre, el perro, el zorro y el mono; el águila se puso a plomo y miró desde arriba. El hombre le arrojó una piedra al león a ver si podía aplastarle la cabeza. Pero el león le dijo:

—No me pegues ni me hieras en la cabeza. que la tengo muy dura, y tampoco es ella la culpable. Hiéreme con una de las flechas EN LOS OÍDOS; *los culpables son ellos, que no oyeran el consejo de mi padres, hiéreme n el corazón, que no le quiso ni respetó como debía.*

Y volviéndose el león, presentó el noble pecho. El hombre, que a veces es compasivo, atendió a su ruego, le disparó una flecha y el león quedó muerto en el fondo de la fosa. El hombre se inclinó gozoso pensando:

—Hermosa piel; se la arrancaré en cuanto me asegure que ha muerto.

El zorro se deslizó mirando al hombre de reojo y diciendo para sí:

—Ahora que estás entretenido, voy a comerme tus gallinas.

El mono saltó sobre el perro, y en él se montó imitando al hombre; caballo perruno y caballero cuadrumano, salieron corriendo por el bosque. El águila se remontó, diciendo:

—El hombre mató al león; hay que subir mucho para que no me alcance, ¿quién sabe si algún *dia me alcanzará?*

VOCABULARIO

Jove.—Júpiter al que se llama también Jove por estarle consagrado los jueves (Joves dies).

Tomado de la Antología de cuentos.—Fernando Fé. De sus dramas se citan como los mejores. *El Gran Galeoto* y *o locura o santidad*.





LA EPOPEYA DE UNA ZÍNGARA

JOAQUÍN DICENTA (zaragozano). Murió recientemente.

El sol caía a plomo sobre la ancha carretera, uno de esos caminos oficiales de Castilla, en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra o un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra; he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y de frescura, en la que el silencio hubiera reinado en absoluto, a no ser por alguna que otra banda de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastrajos, cruzábanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquella; y perdida en

este desierto, sufriendo el borchorno que abrazaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiera puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas...



Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pier-

na, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que penetraba en sus pulmones y sosteniendo en sus brazos a un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios, para extraer el jugo que generosamente le ofrecía. La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, a juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca e igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiera deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces a una frente ennegrecida y sudorosa; la pobre criatura pudo ser bella; pero de su belleza no quedaba más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían a uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños, que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo a la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba a su madre con ojos

muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios a impulsos de internos dolores, y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma al lado y un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de zinganos huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos le habían amenazado con golpearla, a ella, a la miserable, a la vagabunda, a la bruja, a la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar a su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugarejo, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia, destacando en el espacio su contorno gris.

*
* * *

El niño, enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz débil:

—¡Madre!

La zíngara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró, dejando al niño de pecho junto a su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste—Dame agua..., tengo mucha sed...; ¡me quema aquí!

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto,—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo?

—¡Agua!—repuso el niño,—¡Me muero de sed!...

Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba a su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia; y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia en el interior del cantaruelo; estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube, registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero; en fin ¡nada!. no encontró nada. Aquella tierra sedienta parecía decir a la zíngara, mostrándole sus fauces contraídas y secas: ¿Agua para tú hijo? —Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!.

Y la zíngara, abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡no puedo darte nada!
¿Donde voy a encontrar ahora agua, hijo
mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un
manantial, el de su llanto.

De pronto la zíngara sonrió, con una son-
risa de esperanza; a cuatro pasos del grupo,
alzábase la caseta de un peón caminero; su
puerta cerrada, como sus ventanas, predecía
la ausencia del sueño, pero acaso estaría den-
tro alguien que pudiera atender sus súplicas,
y la joven golpeó nerviosamente aquella
puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles;
nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía,
dió vuelta a los muros, y cuando llegaba a la
espalda de la casa, vió con placer y con asom-
bro, recostada contra la tapia y protegida
por la sombra de ésta, una cazuela llena de
agua. La mujer miró esto; pero no pudo mi-
rar —a tal extremo la cegaba la sorpresa y el
júbilo— que al mismo tiempo que ella, y mo-
vido por iguales deseos, se dirigía hacia el
cacharro un mastín enorme, con el pelo eriza-
do, la boca abierta, la baba colgando y los
ojos codicioso y brillantes.

Al distinguir a la mujer, el perro lanzó un
gruñido: la zíngara levantó la cabeza y com-
prendiendo las intenciones del animal, apre-
suró el paso; uno y otro llegaron a la vez al
lado del cacharro, y se detuvieron un instan-
te para contemparle en ademán de desafío; la
mujer extendió el brazo, y su enemigo al ad-
vertir el movimiento, acertó distancia y se
puso delante de la cazuela con las pupilas en-
cendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto

a defender aquel cacharro lleno de agua.
—¡Ah, tú también! —gritó la zíngara contemplando a su adversario con rabia— ¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó a caer al suelo e hizo presa en su hombro. La zíngara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con fuerza, con heróico y brutal arrauque, mientras el perro le desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos a vencer y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca y cayó de espaldas. Los dedos de la zíngara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo jadeante, pálida; su corpíño, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la zíngara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo, cojió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas ni de sus sufrimientos, ni de la san-

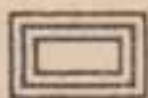
gre que corría por sus hombros, abriantada por los rayos del sol, acercó el cacharro a los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:


—Aquí tienes agua; ¡bebe, hijo mío!

VOCABULARIO

Zíngara.—Gitana.

Tomado de *La Voz de la Conseja.*—Escribió dramas de asunto social entre los que descuellan *Juan José y Daniel.*





LAS HISTORIAS DEL ABUELO

J. GARCÍA MERCADAL
(aragonés). Contemporáneo.

Las historias que el abuelo sabía eran muchas y todas ellas de misterio, de tragedia o de susto, todas de almas en pena, de duendes y de embrujados. Cuando la nieve caía y soplaban el viento arrastrando las turbiezas del arroyo, arrimaba a la chimenea su ancho sillón moscovita, y allí se estaba horas y horas narrándoles al congreso de hijos y de nietos que en torno suyo se agrupaba. De sus palabras, eslabonadas y lentas, parecía desprenderse el murmurio de una musiquina vaga y triste, que a un tiempo mismo atemorizaba a los pequeños y hacía sonreír a los mayores.

—Vosotros, hijos míos—decía el abuelo a sus nietos en el comienzo de unos de sus interminables relatos—no habéis conocido a mi padre, a vuestro bisabuelo. Cuando nacisteis hacía algunos años que había muerto.

Los nietos se miraban unos a otros como comunicándose el interés que en ellos despier-

ta el preludio del relato. Piensan en su bisabuelo un instante, al que no conocieron, y lo imaginan como viejecillo achacoso, decrepito, un viejecito muy viejecito, porque ellos no conciben joven a uno que ha sido su bisabuelo.

—Vuestro bisabuelo fué labrador; yo he sido comerciante; vuestros padres son militares. abogados y médicos; vosotros quizá seais ingenieros, porque los años no pasan en balde, y las corrientes intelectuales de los pueblos, así como las necesidades de la vida, cambian y se transforman.

Los niños siguen absortos el relato del anciano, por el que ha desfilado en rápida marcha la evolución progresiva de su familia.

—Pues bien; ese bisabuelo labrador a quien vosotros no habéis conocido, solía marchar todas las noches desde su pueblo al próximo, lo mismo cuando la nieve ensabanaba el suelo, que cuando el herbazal de los campos espesábase fresco y mullido. Para él no había ni verano, ni invierno cuando de asuntos de importancia se trataba. Porque... ¿sabéis cuál era el motivo que hacía caminar de noche a vuestro antepasado?... Pues era que vuestro abuelo tenía la novia a dos leguas de camino, y aprovechaba la noche para ir a charlar con ella.

Hay una pausa en la que las caras de los pequeñuelos muéstranse asombradas, y azuzan su curiosidad pendiente de la narración.

—Una noche—prosigue el anciano—en una enrucijada, por la mitad del camino, apareciósele un perro negro; muy negro, cuyos ojos chispeaban en la obscuridad con fosforescencias de carbones encendidos. Comenzó

a seguirle, llegando a inquietarle, porque estos perros negros, agoreros y silenciosos que os salen al paso en el campo y siguen vuestra marcha en medio de la noche, producen siempre una fuerte impresión de superstición y de miedo. Mi padre que, según costumbre en el país, salía de casa armado con una hoz, molestando por la compañía del can, tiróle un tajo, mas esquivándolo el animal y cruzando de un salto el camino, quedó plantado en una de las lindes, fijos en su enemigo los ojos brillantes y retadores. Tornó a tirarle otro tajo, y el can volvió a cruzar de un nuevo salto el camino, y así varias veces. Hasta que, agobiado por la medrosa impresión que le producía aquel perro negro que seguía sus pasos, rompiendo con el chasquido de sus caminos el reinante silencio de la naturaleza en reposo, pronunció un «válgame Dios» de intranquilidad, que fué como conjuro, pues el animal desapareció súbito. Aquel perro era el diablo.

Un escalofrío de terror sacude los cuerpecitos de los muchachos, que vuelven sus cabezitas rubias y morenas, mientras sus menudos ojos evolucionan por la estancia temerosos de hallarse en algún rincón con el mismo perro negro que saliera al paso de su antepasado.

En otra ocasión—continúa el narrador—mi padre y mi tío volvían ya de noche de una feria, y como era viernes, ocurrióseles entrar en la iglesia para rezar la bula. Rezándola estaban, cuando comenzó a oírse arrastrar de cadenas, que poco a poco, íbase acercando. Los cirios del altar alargaban sus llamas como lenguas de espíritus, y aquellos dos hombres fornidos y nada temerosos, que eran los primeros en la

bolera y alguna vez dieron buena prueba de sus puños en tal o cual pendencia de las romerías del concejo, hubieron de salir huyendo de la iglesia, y no pararon hasta verse encerrados en sus respectivos hogares. Para ellos los ruidos procedían de las almas en pena del próximo cementerio, que pasaban durante la noche a rezar en la parroquia por el perdón de sus culpas.

Los padres de los pequeñuelos sonrien. Estos se estrechan unos contra otros como las ovejas de un rebaño asustado, y mientras esperan que el abuelo continúe, contemplan con recelo las llamas azules y rojas que bailan sobre los leños que en el hogar se consumen.

De nuevo el anciano continúa sus historias. Nadie se atreve a interrumpirle; los hijos piensan que debe fatigarle tanta charla; las hijas comprenden que aquella noche los niños tardarán en dormirse, y que quizá despierten a media noche dando gritos como si les ladrase el perro endiablado o las almas en pena les persiguiesen; pero los nietos escuchan ensimismados, atienden curiosos; y todos callan. Sólo el anciano prosigue hablando con lentitud preciosa.

—Una noche, mi padre estaba fuera y era bastante tarde. Todos estábamos intranquilos en su retraso. Varias veces mi madre nos había hecho salir a la corralada frontera a nuestra casa, y subidos en un tapial habíamos oteado la senda por donde debía llegar el ausente. Más aunque nuestros ojos espaciaban sus miradas por el camino cubierto de nieve, sólo acertaban a percibir sobre la blanca sábana el bailoteo de sombras de los escuetos árboles. Por fin llegó, calmando el desasosiego de nuel-

tros temores. Bajo su capote de recio paño traía un corderillo negro, menudo y aterido, que puso cerca del hogar para reanimarle. Mientras el corderillo iba esponjándose y echando el frío fuera, nuestro padre contábanos su hallazgo. No sé por qué motivo nombró mi padre a Jesús; sólo recuerdo que acabar de decir tal nombre y escapar el animal por la chimenea todo fué uno. En el cuerpo de aquel cordero negro debía andar metido el diablo.

El asombro de los pequeñuelos aumenta. Intervienen sus padres por lo avanzado de la hora; levántanse todos despidiéndose con sonoro besuqueo del abuelito, y a poco los pequeñuelos están acostados, pero no dormidos, pues puede más el temor que abre sus párpados que el sueño que pretende cerrarlos.

Los padres vuelven al salón en donde el viejo, desvelado por la charla anterior, continúa junto al fuego ganoso de seguir hablando. Los hijos, como quien condesciende con el capricho de un niño, dispónense a escuchar la última historia de la noche; un cuento para niños mayores, ya que para un viejo tan viejo como aquél, los hombres no son más que niños crecidos. El anciano se arrellena en su ancho sitial, peina su luenga barba con los dedos engarfiados de su siniestra mano, y entre la plata de la barba reluce el oro del anillo nupcial.

--He de contaros una historia, a vosotros que tenéis el escepticismo de la edad viril, que espero ha de impresionaros. Reáis el asombro y terror de los niños, sin acordaros de que cada uno tiene una nota en la cuerda del sentimiento, y que si a los muchachos hube de interesarles contando fantasías, con realidades lograré interesaros a vosotros, em-

pedernidos risueños y empecatados descreídos. Pero... ¡qué interesar; más aún; os atemorizaré!

En los labios de los hijos sigue dibujada la eterna sonrisa sardónica e incrédula, acogedora de los cándidos propósitos seniles.

—Escuchad: conocí a una mujer que dormía a su hijo único contándole fantásticas historias. Una velada en que el niño estaba muy enfermito y la madre lo retenía contra su pecho, como si quisiera hacerle una transfusión de vida, el niño, despertando del sueño comatoso de la fiebre, pidió a su madre que le contase las historias de otros días, aquellas historias por donde desfilaban las viajeras incógnitas y harapientas que llaman a la puertas de las cabañas para curar a los niños enfermos, los ángeles que descenden del cielo con el bálsamo de la salud, y los santos milagrosos, que disfrazados de mendigos, socorren inesperadamente a los desgraciados. Eran historias dulces, gratas y consoladoras. Pero, sin embargo, al niño acabaron por no satisfacerle; quería las otras, las trágicas y las tristes, y la madre, aguijoneada por el lastimado ruego de la criatura, contóle aquellas otras historias de castigos, de espíritus malignos, de almas vagantes y de siniestros y vaporosos fantasmas.

A la mañana siguiente, el cuerpecito helado del niño yacía tendido en su camita blanca y la madre mirando por la ventana cómo se alzaba la niebla, prendiendo en las frondas de los bosques los jirones de su destrozado manto, crispados sus puños, amenazaba a la esfumada silueta del espíritu de la enfermedad que arrastraba a su hijo, mientras la

opresora angustia que atenaza los corazones deshacíase en el caudal lacrimoso de sus ojos vidriados.

Una lenta transformación ha ido operándose en las hijas del viejo narrador. Primero, los ojos se han ido ensanchando, las frentes tersas se han visto surcadas por rayas crecientes, los labios rojos han comenzado a separarse lenta, progresivamente, y los rostros han compuesto la máscara del asombro, que, acentuando sus rasgos y extraviando un poco el mirar de sus ojos empañados, háse visto trocada en la del terror. Un impulso misterioso les ha levantado de sus asientos, y huyendo del salón, han corrido al cuarto de los niños, en donde una lluvia de besos ha refrescado las caritas de los pequeñuelos, refunfuñantes por aquella invasión del cariño maternal desbordado ante la trágica evocación de la muerte.

Mientras, en el salón, los padres han felicitado sonrientes al anciano por el triunfo de su inventiva, y el viejo, con palabras preñadas de tristeza, les ha dicho:

—Hombres sin corazón, yo os compadezco.

VOCABULARIO

Encrucijada.—Punto donde se cruzan varios caminos.

Oleado.—Acechando desde un lugar alto.

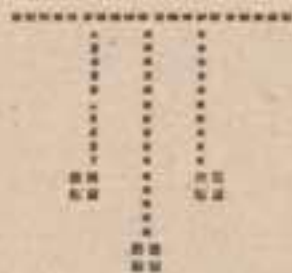
Escepticismo.—Sinónimo de incredulidad.

Sardónica.—Como risa forzada.

Seniles.—Propios de la vejez.

Comatoso.—Sopor profundo, vecino de la muerte.

Tomado de *Los que esperan*. Las obras más notables además de ésta, son: *Del jardín de las Doloras* y *Los cachorros del león*.





LA PALMA

ISIDORO FERNÁNDEZ
FLÓREZ («Fenanflor»).

—Si no echas borrones en el Catón, si no te diviertes en tirar de las orejas al gato, si no retuerces el pescuezo a las flores de las macetas, si aprendes bien las oraciones que yo te enseñé, si dejas de ser insubordinado, vanidosillo y despótico, y si tomas, sin chistar, las medicinas que te ha recetado el médico, te compraré la palma que deseas..., y será, hijo mío, la más linda palma del Domingo de Ramos.

—Y para entonces... ¿ya estaré bueno?

—Como que faltan dos días y ha dicho el médico que ya te encuentras casi del todo bien.

—Mira, mamá, no quiero una de esas palmas altas y sencillas que se doblan al cogerlas, como las tienen los santos de las estampas; yo quiero una palmita que tenga las hojas trenzadas, formando mil bordados y encajes, con lazos de rosa, como los borreguitos de mi caja de juguetes, con flores de tul pin-

tado, y lentejuelas y abalorios, y cosas muy relucientes, que alegren al mirarlas y den a todos contento, envidia y admiración; ha de tener un puño de oro para cogerla, y ha de tener, por remate, un plumerito de muchos colores; que así era la de mi amigo Juanito el año pasado.

—Todo eso tendrás, y más todavía, si eres bueno. Vendrás conmigo y con tu padre al atrio de San Luis; y la elegirás, y traeremos a casa una palma, que será como tú, el primor de los primores. Y ahora... toma otra cucharadita..., hijo mío.

—¡Ay, mamá, qué amargo! ¡Si no fuera porque has prometido que me comprarás la palma!...

—Y ¡vaya si te la compraré!... Ahora, quieto, y a dormir, señorito.

Pero Luisito, durmiendo—y soñando, sin duda, que le compraban su palmita—sacó los brazos fuera de la cobertura del lecho, como quien coge un objeto deseado. Y dijo, después, el médico que el niño había vuelto a resfriarse, y que la fiebre le había vuelto. Y cuando llegó la mañana del Domingo de Ramos, el buen Esculapio le dijo a la madre, grave, lenta y sentenciosamente:

Estas enfermedades de los niños son cosas del diablo. Nunca sabe la ciencia con seguridad dónde la enfermedad tiene su asiento. Al fin, los adultos le dicen a uno lo que les pasa; pero con la infancia, hay que adivinarlo, porque los niños se limitan a llorar o a pedir, en vez de medicinas, juguetes y caramelos...

¡Jesús!... ¡Me asusta usted!—exclamó la pobre doña Teresa.—¿A dónde va usted a parar?

—No se asuste usted..., señora.—Esto quie-

re decir que el chico está bien según las apariencias; pero que no conceptúo prudente el que hoy le lleve usted a la iglesia, como le tiene prometido.

—No saldrá, no, señor; ¿lo oyes, Luisito? ¡Que no puedes salir!

—¿Qué no?—exclamó Luisito echándose a llorar.—¡Yo quiero ir a la iglesia! ¡Yo quiero comprar la palma!

—No, bien mío, alma de mi alma, único bien de mi corazón... No puedes ir; pero mira, irá tu padre, y él te la comprará.

—¿Papá? No... Me la compraría de las baratas. Has de ir tú; tú misma. Tú, que quieres a tu hijito sobre todas las cosas del mundo, ¿no es verdad?

—¡Hijo mío!... ¿Pero usted ve que hijo tengo, señor doctor?—exclamó doña Teresa, saltándosele las lágrimas de orgullo y ternura... Yo iré, yo iré, yo misma.

—Que sea bonita.

—¡Como la de un arcángel!

—Pues mira, lleva muchos cuartos, porque entonces te costará mucho dinero!

La madre se fué, y a la cabecera del lecho quedó doña Ursula, la señora del cuarto segundo, una cincuentona cuelli-erguida, nari-chata y oji-verde, buena mujer, corta de alcances, larga de lengua, lorito de la vida propia y de la ajena.

Ya sabía doña Teresa que Luisito quedaba bien cuidado. D. José daba también una vuelta de cuando en cuando.

Podía, en tales condiciones, ir tranquila y alegre hacia la iglesia.

La pobre señora había sido casi bonita antes de ser madre, en aquel tiempo, se engala-

naba con primor: cuidábase de la frescura del rostro y del arte del peinado; desvivíase por agradar a su esposo y al mundo; pero cuando ya tuvo en sus brazos aquel pedazo de sus entrañas, sintió reconcentrarse en él todas sus facultades, todos sus afectos y todas sus ideas. ¡Qué triste aquella diversión de que él no participaba! Así, que dejó de hacer figura en la sociedad y casi se volvió fea. Fea entre la indiferente y vanidosa confusión del mundo; porque, cuando, recogida en su casa, contemplaba a su hijo, resplandecía en ella, con sublime belleza, la corona de la hermosura maternal.

La petición de Luisito le parecía muy justa. ¡Las palmas son muy bellas! Arrancadas del árbol sin aderezo ni artificio, son esbeltas como una línea de oro que se agita y se dobla por la punta como el cuello de un cisne... Así son las de las vírgenes y las de los mártires. Pero más bonitas le parecían a ella—puesto que le gustaban a su hijo—esas otras palmas, martirizadas por la industria, cuyos tallos se trenzan entretegiéndose de flores como el cabello de una aldeana, y que se adornan con cintas alegres y estampitas y escapularios como los altares, los votos de cera y esos cirios de ofertas, repintados y tallados. La elección era, en verdad, lo difícil, porque, si las palmas que le ofrecían eran lindas, caprichosas y de mérito, tenía mucho más mérito y era mucho más caprichoso y lindo aún su señor hijo.

Al fin, compró una que le pareció la mejor y que era una preciosidad; más rizada que un alferez en día de gala; con más colgantes y colores que empavesado navío; pero des-

pués de haberla comprado, ya le parecía fea.

—¿Le gustará? —se preguntaba— ¡Ah! yo quisiera para él —añadía luego como reprochándose sus dudas y su cariño— la palma que llevaba el Señor en este día cuando entró en Jerusalén.

Teresa pasó rápidamente el pórtico, levantó el tapiz con gran cuidado para que no se estropease la palma, y buscó un sitio en el centro de la iglesia.

El templo brillaba como una gruta tallada en diamante; el incienso esparcía penetrantes aromas; el órgano se alegraba con notas que dilataban el corazón y conmovían con suaves emociones el alma; la extensa nave parecía un jardín; o más bien era un bosque de palmeras, a cuya sombra descansaban en oración los peregrinos de la tierra en su viaje al cielo.

Se concluyeron las bendiciones del ritual, y el celebrante bendijo las palmas... Todos alzaron entonces sus ramos, prorrumpiendo en un rumor grave, e inmenso, y Doña Teresa, cortando en los labios una oración, alzóse de puntillas y estiró el brazo, para que la bendición del sacerdote llegase a la palma de Luisito, por encima de todas las otras, más completas y mejor.

Y en aquel momento, sin saber porqué, se le llenaron los ojos de lágrimas.

¿Qué rey de la tierra llevará en la mano su cetro con el placer y orgullo que doña Teresa llevaba la palma de Luisito?

No tomó un coche para volver a su casa porque la palma no podía entrar por la portezuela.

Pero aceleró el paso.

Iba por la calle sonriendo como una tonta, mirando de cuando en cuando a la palma ya bendita, dispensadora ya de ventura.

Claro es que pensaba en su Luisito.—Tiene cinco años— se decía; algo delicado está; pero esto no es nada. Yo le daré mi vida con mis besos y abrazos ¡Ah! si yo supiere que él había de vivir muchos años... ochenta a noventa por lo menos, casi no me importaría morirme. Y vaya si vivirá. ¡Al fin, luego habré de separarme de él!... Cuando sea mayor, le pondré en colegio ¡qué se haga hombre!... Será el más aplicado de todos, como es el más guapo; pero no le dejaré estudiar mucho, porque podría resentirse su salud; y ¿para qué estudiar tanto? ¡Si él tiene un talento natural, tan grande, que todo se lo encontrará aprendido y hecho!... ¡Y luego!... ¿qué le haré? ¿Abogado, como su padre?... ¡Buen abogado está su padre!... El lo sería mucho mejor... Pero eso no es ser nada. ¿Militar? ya lo veo con sus entorchados y con su tricornio de pluma, pero ¡Jesús! ¡si cada día se inventan una ametralladora y un cañón!... ¡Hijo de mis entrañas!... ¿Ingeniero? ¡Tienen tanto que estudiar!, todos gastan anteojos, porque pierden la vista... ¿Quién sabe si será literato o saldrá un gran pintor o un político de primer orden? Todavía no se le conoce la inclinación, porque como todo lo hace bien. Pero será feliz, claro está. ¿Qué mujer no le ha de querer siendo tan hermoso? ¿Quién no querrá ser su amigo, teniendo tan buen carácter? ¿Quién no le favorecerá si todo el mundo se queda enredado entre los encantos de su extrema simpatía?.

Aquí, doña Teresa, hizo una pausa en su monólogo.

Después, como resumiendo sus ideas y estrechando, contra su pecho, la palma en representación de su hijo, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, qué feliz me habéis hecho —Y entró en su casa.

Luisito tenía la cabeza reclinada sobre la almohada, y en su rostro angelical se reflejaba el sufrimiento. Ya no sonreía, ya no gritaba, ya no era quisquilloso, ni colérico, ni gruñón.

Cuando entró su madre, abrió los ojos, la miró tristemente, volvió a cerrarlos y suspiró una queja.

—¡Jesús! ¿Qué es esto?—exclamó doña Teresa.—¿Qué ha pasado aquí, señora Ursula? ¡Oh! ¿Qué tienes, qué tienes?—dijo acercándose hasta tocar con su cabeza la cabeza del niño.—¡Jesús! ¡Jesús!

Doña Ursula rompió al fin el silencio.

—No es nada, nada—dijo, haciendo una aspiración ruidosa con la nariz—: le ha repetido hace poco el accidente del otro día, y el médico, que acaba de salir, dice que... vamos... que...

—¿Qué..., qué dice?... No, no, no. ¡Cállese usted!... ¡Lo veo en la cara de mi hijo!

Y por los ojos de doña Teresa pasaban, como jirones de sombra, los desfallecimientos.

Doña Ursula volvió a sentarse a la cabecera del niño, y al ver que doña Teresa, vencida por el dolor, prorrumpía en silencioso llanto, dijo a media voz:

—¡Si el niño no podía vivir! ¡Si lo tenía yo dicho!

Y se calló, porque otro llanto ahogado y sordo, le hizo volver la cabeza.

También lloraba el padre.

El pobre Luisito se moría; pero sus ojos se fijaron en aquella codiciada palma con expresión de melancólico placer. Aun pudo alzarse y recostarse sobre las almohadas, y alargar los brazos y hacer señas a su madre de que le diese el ramo bendito.

Doña Teresa tomó la palma, y el pobre niño, sonriéndose, la cojió, y, con manos distraídas, poco a poco, fué destrenzándola, desflorándola, volviéndola a su primera y sencill'a rusticidad.

Mirábale doña Teresa como quien mira des-tejer la urdidumbre de la propia existencia.

Y maquinalmente, más bien por genio que por hablar, le dijo:

—¿Qué haces, hijo de mi corazón, qué haces?

El atrajo con sus manitas la cabeza de su madre hasta su propia cabeza, y deslizó en el oído estas palabras, el último aliento de su vida:

—¡Quiero entrar en el cielo con la palma..., como he visto en los cuadros que la llevan los ángeles!

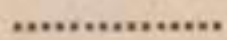
VOCABULARIO

Esculapio.—Dios de la medicina.—Aquí, en este caso, un médico.

Tomado de *Cuentos rápidos*. Lo más notable de este escritor son una serie de artículos que publicó con el título de *Cartas a mi tío*.



SUERTE MACABRA



EMILIA PARDO BAZÁN
(gallega). Murió recientemente.



¿Queréis saber por qué don Donato, el de los carriles bermejos, y la risueña y regordeta boca, se puso abatido, se quedó color de tierra y acabó muriéndose de ictericia? Fué qué —oídló bien— le cayó el premio gordo de Navidad, los tres millones de pesetas.

Antes de este acontecimiento, don Donato era un hombre que podía llamarse feliz, si tal adjetivo no pareciese un reto al destino, que siempre está enseñando los dientes a los mortales. Encerrado en su droguería y herboristería de la calle de Jacometrezo, haciendo todos los días y a la misma hora las mismas cosas insípidas y rutinarias, don Donato era plácidamente optimista, sus excesos y sus ujos consistían en alguna escapatoria a los

teatrillos alegres, porque don Donato aborre-
cía la literatura triste —al teatro se va a
reír—y en traerse a casa las mejores frutas y
legumbres del Mercado del Carmen, pues
adoraba a fuer de obeso, los alimentos flojos.

Jugador empedernido de lotería, nunca
perdió sorteo, y no solo se arriesgaba él,
sino que tomaba parte con amigos, y hasta
les encomendaba la adquisición de décimos
en administraciones que por cualquier motivo
juzgaba afortunadas, dentro de las laboriosas
combinaciones que realizaba para perseguir
y acorralar a la suerte, a quien un día u otro
estaba cierto de coger por las alas ¿En qué
fundaba tal seguridad? No podía decirlo, pero
le alentaba una fé robusta, un instinto o pre-
sentimiento —llámenle los escépticos como
quieran.— Supersticioso y calculista pueril,
sucedíale a veces pararse en seco ante el nú-
mero de una casa o el de un coche simón, y
correr a la administración a pedir el mismo
número. Lo que más le confirmaba en su ma-
nía, era una circunstancia que realmente pa-
recerá extraña a todo el que conozca la lote-
ría un poco; en la ya larga existencia de ju-
gador de don Donato, que jugaba en cada
sorteo, en alguno doble y triple, no le había
caído, no digamos un premio regular, pero ni
una aproximación, ni un reintegro en Noche-
buena, ni nada, nada, nada... Esta singular re-
serva de la fortuna le parecía a don Donato
signo infalible de que sólo se ocultaba para
venir un día de pronto, fulminante, terrible,
con los brazos abiertos y las manos tendidas,
llenas de oro.

Hará dos años, estudiando don Donato la
marcha del *gordo*, del premio deslumbrador

de Navidad, observó que desde tiempo inmemorial no había caído en M...; y, herida su imaginación por esta circunstancia, encargó a un amigo y corresponsal que allí tenía que le tomase nada menos que *un billete*. A vuelta de correo recibió la respuesta y el número del billete adquirido, en el cual el comprador se reservaba un décimo. Giró el dinero don Donato; guardó como oro en paño el número y la carta comprobante, y esperó el sorteo con fatalismo de musulmán. Sin emoción compró la lista cuando la oyó vocear, y al fijar los ojos en el glorioso número, una oleada de sangre afluyó a su cabeza... Era el número adquirido en M...; el propio número..., el suyo, el esperado, el de los millones... Allí estaba, claro como la luz. ¡El premio, el premio..., la fortuna, abierta de brazos, derramando oro con sus anchas manos pródigas!

Se repuso pronto don Donato. ¿Pues qué, no contaba con aquello desde tantos años hacía? ¡Era lógico que al fin viniese! Una alegría intensa, serena, le embargaba plácidamente mientras corría a cerciorarse..., aunque estaba seguro de que resultaría verdad. Y verdad resultó. No quedaba más que recoger, cobrar y disfrutar a pulso lo cobrado.

No queriendo hacer pública su dicha, por quitarse de murgas y sablazos, pensando que nadie ejecuta las cosas mejor que el interesado, aquella misma noche tomó el tren y no paró hasta dar con su cuerpo en M... Llegó a hora avanzada de la noche siguiente, molido y asendereado, como sedentario que viaja sin ganas y por precisión, y hubo de recogerse a una posada para aguardar con la luz del día la hora de presentarse a su corresponsal y reclamar el

billete. Al acostarse pensó madrugar, mas de puro quebrantado le tomó el sueño y despertó muy tarde. Vistióse, y con indefinible sobresalto corrió a casa del amigo, en cuyas manos se encontraba el tesoro. En la esquina de la calle vió gentío, monagos, mujerucas que lanzaban exclamaciones de compasión; escuchó las notas del piporro, la salmodia de los curas; rompió por entre la compacta muchedumbre, se abrió paso hasta el portal, y al querer enfi- lar la escalera, tropezó con un ataúd que ba- jaban en hombros... Ya lo adivinas, lector: en- cerraba el cadáver del poseedor del billete pre- miado...

Después de cortos momentos de angustia cruel, don Donato se resolvió a penetrar, sin encomendarse a Dios ni al diablo, hasta el ga- binete donde lloraba la viuda. Brutalmente— millones quitan escrúpulos— formuló la cues- tión y reclamó el billete. Era de temer un des- mayo; no lo hubo; la viuda, digna y tranquila, franqueó a don Donato el mueble donde el di- funto guardaba sus papeles de mayor interés. A las primeras de cambio encontraron en el cajón central una cédula de letra del muerto, que decía así: «Día tantos... he comprado para el señor don Donato Galíndez, droguero en Madrid, un billete entero de lotería, número tantos, que conservo en mi poder...» Y debajo: «Día tantos, recibida letra importe billete, me- nos un décimo que reservo para mí...» Abrió tanto ojo la viuda con lo del décimo, y desde aquel mismo instante se consagraron ella y don Donato, rivalizando en celo, a registrar la casa de abajo arriba; pero aun cuando gasta- ron tres días en pesquisas minuciosas, nada pu- dieron encontrar. El billete había desaparecido.



Al cuarto día, don Donato, que ya tenía fiebre y estaba medio loco, iba a retirarse amenazando con la justicia, cuando la viuda, llamándole a un rincón y titubeando, le dijo quedadamente:

—¿Sabe usted...: que..., que pienso una cosa? Se me ha clavado aquí—y señaló el entrecejo.

—¿Qué cosa, señora mía?

—Que..., que tal vez... ese..., ese billete... esté... Sí, casi de fijo, está...

—¿Dónde, voto a mil pares?...

—¡Está... enterrado... con mi esposo!...

—¡Enterrado!—exclamó don Donato, a punto de que lo enterrasen también.

¿Lo creerán ustedes? Si no lo creen, hacen mal. El terror a los muertos era tan profundo en don Donato, que si no le anima y envalentona la viuda, tal vez renuncia entonces a perseguir su billete. «No dude que está allí—in-sistía ella más resuelta cada vez—. porque *llevó puesta* su levita buena, la de paño fino, y es la misma que usó tres o cuatro días antes de morir... Juraría que el billete va en el bolsillo... Como mi esposo falleció casi de repente...»

Azuzado por la valerosa señora, don Donato se enteró de las formalidades necesarias para hacer exhumar judicialmente el cadáver, y pareciéndole empresa erizada de dificultades y hasta de peligros, resolvió char por la calle de enmedio y sobornar al encargado de la custodia del cementerio, para que abriese el nicho y el ataúd. Encuéntrase el cementerio de M... situado a orilla del mar, y la noche en que se realizó la lúgubre hazaña, era de tormenta horrible; silvaba el viento entre los negros cipreses, y el sordo e imponente murmurio del Océano tenía tonos de queja, de maldición y

de llanto....., clamores sobrehumanos, por lo amenazadores y tristes, parecidos a un coro de voces de muertos. A don Donato le corría el sudor, en frías gotas, desde el cráneo hasta la nuca; sus dientes castañeteaban, y sus piernas flaqueaban como si fuesen de algodón. Destaparon el nicho; para sacar la caja tuvo el droguero que ayudar, pues pesaba bastante; y cuando se alzó la tapa de zinc, la primera bocanada de putrefacción, el hedor cadavérico, dió, más que en las narices, en el alma a don Donato. La viuda, siempre animosa, le dijo al oído:

—Ea..., registre usted, no vaya a creer, si registro yo, que le engaño.

Acercó el sepulturero la linterna; don Donato, con esfuerzo sobrehumano, se inclinó sobre la caja; vió una cara espantosa, verde ya, unos ojos abiertos, vidriados y aterradores, una barba fosca, unos labios lívidos..., y sólo cuando la viuda repitió con energía:

—¡Pero regístrele usted!

Solo entonces, lo repito, se dió cuenta de lo más horroroso... ¿Qué había de registrar? ¡El cadáver estaba desnudo! Cayó desplomado el droguero, mientras la viuda, con acento de desesperación, exclamó:

—¡Estúpida de mí! ¡Porqué no picaría yo a tijeretazos la ropa! ¡Cuando la ven entera se la llevan los ladrones!

.....

Se dió el oportuno aviso a la policía; se registraron las casas de empeño y préstamos de toda España, mas no pareció el siniestro billete, y el premio se lo guardó la Hacienda, frotándose las manos (es una manera de decir). Probablemente, el ladrón de la levita arrojó al

mar, sin examinarlos, los papeles que halló en los bolsillos, por temor a que le comprometiesen...

Lo cierto es que don Donato, a su vez, cayó enfermo y se murió consumido de hipocondría, enseñando los puños a una figura imaginaria, que debía de ser la descarada, la indinota de la suerte.

VOCABULARIO

Asendereado.—Agobiado, fatigado.

Piporro.—Lo que se suele llamar comúnmente *bajón*; instrumento músico propio para las ceremonias fúnebres.

Salmodia.—Canto monótono.

Tomado de *En tranvía*.
Las dos obras más notables y características de esta autora, son: *Los Pazos de Ulloa* y *Misterio*.





FRIO

VICENTE DíEZ DE TEJA-
DA (madrileño). Contem-
poráneo.

Como aquel año caía Navidad en lunes, Perogrullo dejó vaticinado que la Nochebuena caería en domingo. Y por caer la Nochebuena en domingo, la cena clásica se vería libre de las trabas de la vigilia y del ayuno. La frugal eolación podría ser zahora atiborrante, y el esmaltado besugo «del ojo claro» saldría a la mesa acompañado de manjares de más enjundía y de mayor substancia. Mal año para la coliflor con huevo y para la oronda lombarda, de vestes episcopales, que hirvientes en la ampulosa olla se esponjan en nubes de vapores aromáticos, entre cuyos cendales se enreda la pastoril cadencia del villancico...

S. M. la señora Ana María, la veterinaria; Su Alteza la señora Inés, la estanquera, y S. E. la señora Pepa, la ministra (mujer del alguacil), con sus preexcelentes consortes, acordaron celebrar la Nochebuena juntos, en casa de la pri-

mera de dichas heterotéticas señoras, reuniendo cenas, y aún pagando a escote lo no reunido, dando por bueno el dicho que dice que a escote nada es caro.

La cocina de la veterinaria, cocina de casa, que había sido mesón, era grande, espaciosa, desahogada. Pegado al muro refulgía el lar, sobre el que se abalanzaba la enorme boca de la campana de la chimenea, apoyada en dos pilares, dosel bajo el cual se agrupaban las ollas en torno al humeante fuego. Amplios escaños de roble negro, curado por el humo y por los años, extendíanse a lo largo del hogar, al pie del baldaquino, ornado de peroles y de pucheros, y frente a la encendida fogarata, una ancha mesa, lustrosa por el uso, esperaba desierta la bendición de Dios que sobre ella quisiera derramarse.

Allí iba a ser ella! En aquel ahumado tinelo; frente a aquel fuego crepitante, alegre, luminoso; en aquel ambiente tibio, perfumado con vaharades de condumios aromatizados por las escandalosas especias; entre rumores de ollas que hierven, de leños que crujen, de castañas que estallan... Entre dulces estremecimientos de bienestar egoísta, despertados por el golpeteo de la lluvia sobre los emplomados vidrios de la ventana; por los aullidos del viento, que silba entre los árboles, en la chimenea ulula y golpea en las puertas; por la visión del ancho campo, amortajado por la nieve; por el fragor del río crecido, que retruena a lo lejos ..

¡Oh qué bien se estaba en la caliente cocina! Hervían las legumbres, chirriaba el pescado; nadando en aceite en la negra sartén, sonando a lluvia; dorábase el ganso, agarrotado, con las canillas de las patas hundidas en el vientre

relleno de cebollas y de salchichas, con su retorcido cuello despellejado, sin cabeza; cocíase la compota, asábanse las manzanas, y el pellejo del vino, monstruo sin patas y sin testa, amarrado sobre un caballete cual fiera daños, en cuyo seno se abrazan la muerte y la alegría, templaba su rapada panza con los resplandores de la lumbre. ¡Qué bien se estaba allí dentro!

Jugaban a los naipes los próceres, alternando con los mozos y bebían para hacer boca; afanábanse las mujeres, rodeadas de las fregonas, repicando en el sonoro almirez de azófar, atizando el fuego, salpicando guisotes, y los chiquillos, maniobrando con las cortadas patatas del ganso, haciéndolas abrirse y cerrarse tirando de los tendones, husmeaban con ojos avaros los tarros de almíbar, la pella de los higos, el montón de cascajo... los empapelados alfeñiques, las barras del turrón, fabricado en la villa por magos o por ángeles... ¡Qué bien se estaba allí dentro, mientras *el sordo* y *el mudo* (los vientos bramadores) referíanse aullando entre bufidos la historia del caminante perdido entre la nieve sobre el borrado sendero de la montaña... ¡Ea! Afuera los jugadores, largo de ahí las cartas, a un lado el bocal del vino... Se va a cubrir la mesa. Ya están aquí los gruesos manteles de gusanillo, blancos como la leche; las recias servilletas marcadas con letras rojas: los platos de vieja loza rameada; los cortadillos labrados; los cubiertos de alpaca, gastados, retorcidos, bruñidos por la ceniza, los afilados cuchillos de hundidos mangos de boj; las panzudas jarras con su bolera, agitando las postizas y dando al aire su pierna de agudo pie, calzado con chapín de galgas...

¡A cenar se ha dicho!
—Y entonces fué cuando llamaron a la
puerta —



* * *
Paráronse todos sobrecogidos, disgustados... ¿Quién diablos sería a aquellas horas?

Una de las mozas de la casa, candil en mano acudió a ver quien era el importuno, oyóse ladrar a un perro, desatracar la puerta, pasos por el zaguán... y apareció la sirvienta seguida de un blanco espectro entrapado, cubierto de nieve, calado hasta los huesos, aterido, helado...

Jesús, pobre, extendía su mano implorante pidiendo un asiento en la mesa, reproduciendo la escena inmortalizada en el cuadro célebre de Fritz von Uhde.

Sobre el blanco mantel humeaba la sopa...

Fué imposible reprimir el gesto de disgusto que se reflejó en todos los rostros.

El aparecido era Quico, Quicón; un viejo mozo de la casa, truhán, mala cabeza, borracho y pendenciero, arrojado de todas partes, de todas las casas despedido... Habíase ido a correr tierras, a extender sus maldades por el mundo... ¡Y volvía al pueblo aquella noche!... ¡Y cómo volvía...! Enfermo, extenuado, cubierto de andrajos y de miseria, espantoso, repugnante... No hablaba; no había en su garganta voz ni palabras en su boca... Miraba solamente con mirada de ánima en pena, que helaba la sangre; tiritaba, tosía... tosía con tos blanda y honda que levantaba el estómago...

—¿Qué hacer...? ¿Qué hacer en aquél trance?...

Y al decir *¿qué hacer?* quería decirse: ¿Qué hacer fuera de lo que deba hacerse?...

¡Buena cena iba a dar a todos aquél demonio...! ¿Quién era el guapo que apechugaba con aquel montón de miseria a su lado, al lado de los niños, delante de los ojos?...

—¡Agua! —pidió el aparecido con voz ahogada y semblante angustioso.

Y como aquella gente no era mala gente —buenos todos, cristianos todos, temerosos de Dios—. llevaron al infeliz a un escaño, sentáronle junto al fuego y acercaron a sus labios un jarro de vino tibio, oloroso... Vaciólo con avidez el sin ventura y ofreció sus manos a las dulces caricias de las llamas, y sus enfangados pies se alargaron pidiendo sus besos al fuego; y de todas sus ropas comenzó a brotar un vaho incierto, que hedía a suciedad y que lo envolvía en vapores, cual si comenzase a cuajar la nube en que habría de envolverse para transfigurarse...

Y así permaneció inmóvil, mudo...

Sus miradas descansaban indiferentes sobre los manjares que se agrupaban junto al fuego

Y vuelta a preguntar.

—¿Qué hacer ahora?

El veterinario resolvió el problema. Echó mano a su bolsa; tomó de ella unas cuantas monedas, no pocas, y se dispuso a entregarlas al desgraciado.

Los demás hombres cazaron la intención al vuelo.

—Cierto. Hay que tener caridad. Todos somos hermanos...

Hicieron lo propio, y con su óbolo engrosaron el del amo de la casa.

No serían menos las mujeres.

—Pobre hombre. Razón es que se le ampare en una noche como ésta. ¡Venga un pan!

Y se abrió un pan por medio y se rellenoó de fritanga. Comida para un día.

Allá van los chicos: nueces, higos, guirlache...

¡Buenas gentes, cristianos viejos, temerosos de Dios, amantes del prójimo!...

Ea, Quico—dijo el veterinario.—Toma esto, que también son hijos de Dios los pobres. Ten; dinero, comida... Ya estás socorrido... Mañana, Dios dirá...

Tomólo todo el mozo. El dinero al bolsillo; al morral el pan y el compango... Y continuó quieto, inmóvil, mudo... Dos gruesos lagrimones rodaron por sus mejillas.

Bueno. ¿Y qué...? ¿No se iba...? ¿Qué hacía allí aquel hombre?

Pasábanse las viandas; roía el hambre en los estómagos... ¿Yban a cenar con aquel pasmarote allí clavado?

Mirábanse unos a otros, y unos y otros alzaban los hombros, enareaban las cejas, fruncían los labios... ¡Nada; no se iba!

El amo se decidió al fin y cortó por lo sano.

—Bueno, Quico. Ya se ha hecho lo que se ha podido... Ahora... ¡vete! Vete al mesón, dinero llevas; cómete lo que se te ha dado; remójalo al amor de la lumbre; paga la posada... Ya nos veremos; mañana nos veremos...

Ni por esas. Como si no fuese con él la cosa.

—¡Ea!—voceó el veterinario, ya enfadado.—¡Alza de ahí... y vete! Vete en paz y en gracia de Dios, y déjanos tranquilos... ¿Cómo hay que decirte que te vayas...?

Mirólo Quico indiferente; requirió su palo; enderezóse premioso, entumecido: echó a andar; cruzó la cocina... y desde la puerta murmuró apagadamente;

—¡Que Dios vos lo pague a todos!...

Salió; la criada tras él; volvió a ladrar el perro; volvió a oirse golpear de trancas... Reapareció la moza sola... ¡Se había ido!

—¡Caramba con el hombre! ¡Qué pesadez la suya! Ea, ¿cenamos?

—¡Cenemos!

La sopa estaba fría.

Pusiéronse a cenar. No había apetito; se había pasado la hora... Nadie tenía humor para nada... Desabridos estaban los manjares; no calentaba el vino, que encharcaba los estómagos, no brotaba la alegría... Dormíanse los chiquillos sobre los platos... Por la ancha cocina se extendió una ráfaga de frío.. Extremeciéronse todos..

¡Qué cena de Nochebuena más aburrida!

Hablábase poco, y lo poco que se hablaba fugaba siempre en el mismo tema. Parecía que todos trataban de disculparse.

—Mira; como obra de treinta *riales* se lleva... (Sin decir quien... *Alguien* cuyo nombre quemaba los labios.)

—¡Oh! Y sin contar el pan y dos chorizos.

—Y una tajada de lomo que metí yo con ello.

—Hay que tener caridad.

—Y más en una noche como ésta.

—Ya lo pasaré bien, ya, en la posada... ¡Allí habrá jaleo!

Se intentó sonreír, y la risa no asomó a los labios. Nada. Aquel hombre, los había dejado helados a todos... Ni se empezaron siquiera los turrónes, ¿para qué? ¿Quién tenía gana de nada?

La conversación se extinguió por completo.

Y entonces comenzó a hablar la conciencia.

—No, no era un asiento en la lumbre, un puesto en la mesa, un rincón en el pajar, lo

que pedía Quico. Eso con dinero se encuentra en cualquier parte. Con aquellos treinta *riales* sobraba para pagarlo todo... Sin dinero gozan de ello los perros de la casa... Lo que él pedía era un poco de cariño, una miaja de amor de todos ellos en aquella noche en que, por amor, bajó el mismo Dios a tiritar de frío en un pesebre...

Dinero, lumbre, comida... Diéronle todo aquello porque de todo aquello sobraba en la casa. No lo arrojaron de ella por no socorrerlo, no; echáronlo a la calle por sequedad de corazón, porque molestaba, no su hambre ni su frío, él, él era quien estorbaba allí aquella noche... aquella noche de alegría que él había agitado. No habían enjugado sus lágrimas: le habían comprado su llanto para que fuera a otro lado a verterlo.

Cristo, pobre, había descendido hasta ellos, y ellos, egoístas, lo habían despedido... Cristo se había alejado, y con Él el amor... único calor del mundo, fuera del cual todo se hiela; los cuerpos y las almas.

Por eso quedó fría la cocina, fríos los manjares, fríos los espíritus...

—¡Sí, es verdad!—exclamó el veterinario dando un puñetazo sobre la mesa.—¡Pecado gordo hemos cometido, y Dios nos castiga... ¡Que Dios nos perdone...—¡Tú, Perico—añadió encarándose con un mozo--Vete a buscarlo al mesón: traéte a Quico; cenaremos de nuevo; se volverá a principiar la cena. Que venga, que venga aquí; a mi mesa, a mi silla; a bendecirnos esta noche...

Todos asintieron, descargando su alma del peso que la oprimía.

—Sí, sí, que venga; ¡Pobre Quico! Sobra

comida y apetito no falta... ¡Si apenas se había probado bocado!

Los pechos aspiraron con deleite una ráfaga de *alegría* que invandió la casa. Rieron los mozos; charlotearon las mozas; bebieron los amos y las amas rivalizaron en actividad, reconstruyendo los platos, desflorados apenas... ¡La *cena*, ¡oh Shakespeare, ya tenía *salsa*!

Salió Perico, y...

*
* * *

¿He de decir que a la puerta de la casa, helado, yerto, con los dineros en la faltriquera y el pan en el zurrón halló a Quico difunto?

No; no mentiré; no falsearé mi relato con esta pincelada trágica, Quicó fué encontrado en el mesón, seco de ropas, abrigado de estómago, calientes de cascos... Bebídico estaba el hombre, resueitado, alegre... Acompañado por el hondo redoble de su tos, entonaba un villancico...

Pero no quiso volver. Se obstinó en no volver... Bien se estaba allí... Diéronle el mozo gracias al amo; gracias a todos, que bien buenos habían sido; y que cenasen, que celebrasen la Nochebuena en paz y en gracia de Dios... ¡No quería él ir a estorbarlos...! Y regresó el mozo solo y triste, y con él acabó de entrarse en la casa todo el frío de la calle...

VOCABULARIO

Zahora.—Comilona.

Oondar.—Redonda, panzuda.

Vestes.—Vestido o hábito.

Cendales.—Tela de seda o lino muy delgado.

Ampulosa.—Con ampollas.

Baldaqüño.—Dosel o pabellón.

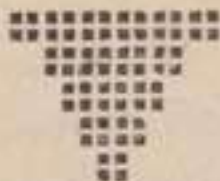
Tinelo.—Comedor de la servidumbre.

Vaharadas.—Acción de despedir el vaho.

Obolo.—Una pequeña cantidad de algo.

Shakespeare.—Insigne dramaturgo inglés.

Tomado de «*Cuentos de Blanco y Negro*» de la Biblioteca Patria. Sus obras más notables, *Ninette* y *Los elegidos*.





ÚLTIMA DÁDIVA

TRINDADE COELHO (portugués). Murió recientemente.

Distante del río apenas un tiro de bala, veíase el huerto de José Cosme; hermoso huerto, aunque de reducidas dimensiones, todo cubierto de frutales y hortalizas, cerrado de viejas paredes musgosas, ahogadas en maleza, y comunicando con el camino por un postiguillo mal seguro. Aquello era todo cuanto le quedaba al pobre hombre de sus haciendas. A un lado del huerto estaba la noria y junto a la noria, sobre el toldo espeso y brillante de la vieja magnolia gigantesca, la mísera casita, con sólo una puerta y dos ventanitas laterales, pero muy pintoresca, con su revestimiento de hiedra, que colgaba del tejado, entrelazada con las enredaderas.

Así es que en la primavera, cuando los parásitos abrían serenamente sus delicados cálices sobre aquel fondo de verdura reluciente, y la magnolia toda se adornaba de flores, haciendo dosel a la vivienda, el reducido trozo

de huerto con su noria y con su agua brillante y límpida, tomaba el aspecto ingenuo de un delicadísimo cuadro de paisaje, deliciosa acuarela, alegre e idílica, llena de encantos en la rústica poesía de su sencillez.

Durante el verano, en las horas de calor, cuando el sol caía de plano sobre el extenso panorama adormecido y turbio, y los árboles del camino no daban sombra que ensolase, aquella tranquilidad en que José Cosme roncaba bajo el cobertizo, los brazos y el pecho desnudos, el sombrero de paja basta resguardándole el rostro, daba envidia a los que pasaban por allí, cansados y llenos de polvo, fatigados por el estiaje inclemente.

—¡Tío José! —gritábanle desde el camino.—
¡Tío José! ¡Buena vida nos damos!

Pero los que entendían de agricultura, propietarios o caseros, esos dejaban dormir a José Cosme y quedábanse admirando el huerto.

¡La verdad ante todo!... ¡Hermoso huerto, sí, señores!

Por aquellos contornos no había otro que se le pudiera comparar; tan esmerado era su cultivo, tan esmerado y tan completo; porque, además, ni un palmo de tierra quedaba sin trabajar. En los bancales, dispuestos con agradable simetría, verdeaban llenas de pompa, frescas y con gran medro, legumbres de todas clases, desde la lechuga tiernísima, de hojas verde claro, hasta las habichuelas trepadoras, que, enroscadas, subían por el vasto rodrigón de castaño colocado con toda pulcritud, formando macizos de verdura sombría, que las cápsulas del fruto horadaban por todas partes.

Arboles, apenas los precisos para hermo-
sear el huerto, sin perjudicar con la sombra
la libre vegetación de las hortalizas; pero to-
dos los que había eran abundantes en frutos
en las estaciones correspondientes: cerezas,
peras, manzanas, hasta melocotones.

Pocas flores, cosa que todos notaban con
extrañeza. Pero desde que se le murieron la
mujer y la hija, José Cosme había dejado de
cultivar las flores, y en los bancales que an-
tes ocupaban, sembró repollos, que por cier-
to salían desmedrados. Cuidó tan sólo de que
no pudiesen los alhelies. Una vez por año, a
fines de mayo, los cogía todos de una vez y
los llevaba juntos a la humilde sepultura de
sus muertos.

Precisamente aquella tarde había ido al ce-
menterio para cumplir la fúnebre visita.

Cuando se retiró, era ya de noche. Apenas
acabó de cenar, levantóse bruscamente de la
mesa y fuese hacia el huerto, con grandes de-
seos de llorar. Hallábase en sus horas tristes.
en esas horas en que las energías todas de su
alma, y hasta de su cuerpo, doblábanse bajo
el látigo de un violento dolor, exacerbado
ahora por la nostalgia de los que se le habían
muerto...

Y para mayor desgracia había perdido el
consuelo de las lágrimas. De modo que, sin
ese lenitivo, aquellas terribles tempestades
costaban de soportar el doble. Abstraído, en
una especie de entorpecimiento idiota, reco-
rría sin descanso todas las calles del huerto,
cabizbajo, como un autómeta.

Si de vez en cuando se paraba, recogiendo-
se en una atenta quietud, al punto un brusco
gesto descomponía su inmovilidad de estatua,

y, soltando un hondo gemido, tornaba de nuevo a andar.

En esta lucha con su dolor, iban pasando las interminables horas. Era ya tarde, tal vez la una de la madrugada. Por única luz, la de las estrellas, pues la luna salía tarde. Pesaba sobre todo el paisaje el amplio silencio de la noche, apenas cortado, a lo lejos, por la somnolienta melopea del río.

Y José Cosme, sin salir de su preocupación, iba y venía por las calles del huerto, parecido a un autómeta o a un sonámbulo. A veces, acercábase a la puerta de la casa y disponíase a escuchar. Como nada oía, tornaba nuevamente a su paseo. En esto, una de las veces que pasaba frente a la cancela, parecióle oír pasos:

—¡Tomás!

—¡Señor José! —respondió el que entraba, con voz que era la propia del barquero.

José Cosme sintió entonces un gran deseo de llorar; pero mordiéndose los labios lo dominò.

Como el barquero extrañase hallarlo levantado, él hizo notar que no se había acostado siquiera.

—Como tenía que madrugar...

—Pues ya es hora de partir, señor José; son cerca de las dos. No tardará en amanecer.

—Y al llegar a la puerta de la casa:— Sería bueno despertar al chico, —añadió;— entre si se viste o no se viste, llega la hora.— Irían a vela, si no cambiaba el tiempo. Era, pues, conveniente apresurarse.

Pero a la idea de tener que despertar al chico, José Cosme dejóse caer sobre el banco

que estaba debajo del cobertizo y rompió a llorar copiosamente.

El barquero, enternecido, trató de animarlo.

—¿Y eso, señor José?... El llorar es cosa de mujeres ¡Miren qué hombre! Y probaba a levantarlo, a ponerlo de pie.

—Limpiése las lágrimas, que va usted a afligir al chico ¡No querrá usted que vaya llorando todo el camino!

Cosme hizo rudamente con la cabeza un movimiento negativo, y se enjugó los ojos con la manga de la camisa.

—Ahora levántese— Y lo aseguró con fuerza por bajo los brazos,— ¡Así! Porque el chico se marche al Brasil, no crea usted que no ha de volverlo a ver más.

Pero eso era precisamente lo que él pensaba...

—No sé por qué, creo que no volveré a ver al chico,—añadió llorando José Cosme.

—¡Qué tontería! Eso es aprensiones que asaltan a los hombres cuando están tristes. Lo verá usted tal, que no ha de conocerlo; se lo digo yo. Año arriba o abajo aparecerá por aquí, rico...

¡Rico! Bastante le importaba a él que el chico volviese rico o no. Lo que deseaba era que volviese, y que él todavía estuviera vivo, solo para abrazarlo.

—Claro que sí, mas era preciso conformarse: había que tener paciencia. José Cosme; debe usted animarse para animar al chico.

—Sí... Sí... —tartamudeada el buen hombre— ¡Vamos allá, con Dios! Así como así...

Y con un profundo ¡ay! dolorosísimo, fuése derecho a la puerta para llamar al pequeño.

No cabía remedio; había nacido en mala

hora, tenía que ser desgraciado hasta que lo enterrasen... Sobre la estrecha y humilde cama, el hijo dormía profundamente ¡Qué pena tener que despertarlo! Era casi un pecado romper su último sueño dormido bajo el techo paterno... ¡El último sueño! ¡el último sueño!

—Si esperáramos a que despertase... — atrevióse a decir José Cosme.

Pero Tomás, que tenía prisa, recordó secamente que era hora de poner el barco en marcha.

José Cosme encendió entonces la vela, temeroso de que la luz despertase al niño y, acercándose a él, se puso a escucharle la respiración ¡Dormía!... Más, blandamente, le puso la mano sobre la cabeza y le llamó bajito, casi al oído, sobresaltado como si fuese a cometer un crimen.

—Hijo, mira que es hora, hijo mío...

Cuando el pequeño se sentó en la cama, estremecido, dominado todavía por el atontamiento del sueño, el padre se unió a él en un abrazo y ambos rompieron a llorar.

—¡Adiós, padre!

—¡Adiós, hijo!

Enternecido Tomás, que se había quedado en la puerta, avanzó para desatar aquel abrazo.

—Mire usted que es tarde, señor José! Perdón, pero es tarde.

El padre vistió al pequeño, besándole todavía muchas veces, y salieron. Debajo del cobertizo, Joaquinito quedóse mirando al techo.

—¿La golondrina, hijo? —preguntó José Cosme.— Deja que yo velaré por ella y por los hijos cuando los tuviere. Descuida.

Pero el chico quiso verla, pidió al padre que lo levantase en alto, solo un momento. Allí estaba ¡pobrecilla!

—¡Adiós! —dijóle el pequeño.

Bajó entonces los brazos el padre y echó a andar.

Detrás de ellos, el barquero Tomás llevaba al hombro el misero baúl de pino, todo el equipaje de Joaquín.

Al traspasar la cancela, José Cosme destribose un poco y preguntó sollozando.

¿Cuándo volverás al huerto hijo mío?

El pequeño no respondió. Lloraba sin cesar, viendo que lo separaban de todo lo que más amaba en el mundo; la golondrina, el huerto, los árboles, la vieja noria, la cancela, todo, en fin.

Atravesaron luego el camino y tomaron hacia el río. Al llegar, —preguntó Tomás: —¿Estamos listos?

Respondieron del barco que sí.

—Ahora, Joaquín, dijo aquel, besa la mano a tu padre y dile adiós.

Sonó un llanto desgarrador y la voz del pobre José Cosme, que trataba de animar al niño:

—Vamos, hijo mío —Dios te bendiga, mi amor.— Nuestra Señora te acompañe.

E hizole prometer que rezaría siempre a la Virgen y él también le rezaría; pues Ella era quien daba salud, quien hacía felices a los hombres.

Y Joaquín, siempre cogido a él, besábalo en la cara, en la cabeza, en las manos; hasta que intervino Tomás, advirtiéndole que era preciso salir de allí de una vez.

—Reflexione, señor José; ello que tiene que ser.

Y asegurando fuertemente al pequeño, lo atrajo hacía sí. Cuando ya lo tuvo en los brazos, oyóse a José Cosme que suplicaba con las manos cruzadas:

—Sólo un instante, un instantito de nada, Tomás!

Y el pobre padre cayó de hinojos en la arena en actitud de súplica.

Pero en aquel momento, el barquero entró de un salto en la barca, llevando al chico en brazos.

—¡Rema! —ordenó con voz rápida.

La lancha reculó entonces súbitamente, a la vez que los remos bacían ¡chas! sobre el agua.

Entonces los lloros de José Cosme hicieron de una violencia desesperada, al oír la voz lacrimosa del pequeño que le decía adiós desde la barca.

--¡Adiós, Joaquín, adiós.

—¡Adiós, padre!

—¡Adiós!

Pero de repente, con voz firme y resuelta, José Cosme gritó en la dirección del barco:

—¡Tomás, Tomás! Por el alma de tu padre, detente un momento.

¡Se acabó! Hubo de costarle esfuerzo tomar aquella resolución. Y asegurando entre los dientes un objeto, tiró sobre la arena la chaqueta y de un salto echóse al agua. Pronto alcanzó la quilla. El hijo habíase inclinado sobre la borda con el ansia de esperar al padre, de verlo todavía una vez. Con un movimiento rápido, José Cosme entregó al pequeño lo que llevaba entre dientes, diciéndole anegado en llanto:

—Es la medalla, Joaquín; es la medalla de tu madre, hijo mío!... Rézale, ¿eh?

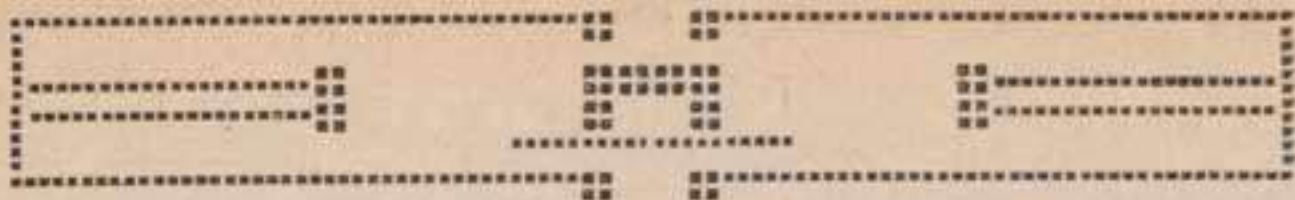
Y llorando cada vez más, el pobre José Cosme pidió al barquero que le acercase el pequeño para darle el beso último. Dado el último beso, la barca se puso en marcha nuevamente. Acababa de salir la luna, enorme, torva, de color de fuego, como si saliese de un baño de sangre en misteriosa región de lágrimas... Y en el silencio agorero de la noche, a la voz del hijo que llamaba, respondía cada vez de más lejos —¡lejos como si fuera del infinito!— la voz lacrimosa del padre, con su fúnebre adiós, que bien sabía él que había de ser eterno...



Sólo cuando el eco del último adiós de Joaquín, perdido en la distancia, diluído en la luz que surgía, deshecho en el lastimero murmullo de las aguas, fundido en el postrer suspiro del aurora matinal, dejó de llegar a la playa, abandonó el padre el arenal y marchó, siempre llorando, tiritando del frío de su desgracia como de un agudísimo viento del Polo, en dirección del silencioso huerto.

(Traducción de Rafael Altamira)

Este cuento está tomado de «*Mis amores*» (Editorial Litúrgica española).



LA RAPOSA MORTECINA

(DE «EL CONDE DE LUCANOR»)

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ
(«Azorín»). — Alicantino.
Contemporáneo.

Una raposita ha salido de su manida y se ha dirigido hacia la aldea. Tódo duerme; es media noche. En la obscuridad no se percibe más que—allá lejos—la raya negruzca de las montañas sobre la frescura del cielo. Brillan las estrellas: brillan con ese titileo radiante de las noches de invierno. En esas noches, a la madrugada, en el profundo reposo de la tierra, ese relumbrar vivo, radiante, de los astros trae a nuestro espíritu una profunda nostalgia—¡oh fray Luis de León!—de algo que no sabemos... De cuando en cuando, un vientecillo ligero trae de la aldea un olor particular que nuestra raposita recoge en sus narices. El ejido del poblado está ya aquí; luego las casas; detrás de una de ellas se extienden las largas tapias de un corral. En los travesaños de un cobertizo están acurrucadas

las gallinas, los gallos. Los gallos, tan vigilantes, no se han percatado de nada. Lentamente, pasito a paso, mirando a todos los lados, venteando todos los olores, avanza la buena raposita.

—Un momento, querido cronista. ¿Por qué llama usted buena a esa raposa inquietadora, sanguinaria, que va a poner el espanto y la destrucción en la república de las gallinas?

—Perdón, querido lector. Todo es relativo, y la raposa, comparada con el taciturno y violento lobo, es buena, es excelente. Hace mucho tiempo que un gran naturalista—Buffón—ha hecho en pocas líneas el elogio de la raposa. «La raposa no es un animal vagabundo, sino un animal domiciliado—escribe Buffón. Esta diferencia, que se hace sentir aun entre los hombres, tiene más grande eficiencia y supone más grandes causas entre los animales. La idea sola del domicilio presupone una singular atención sobre sí mismo; luego la elección del lugar, el arte de fabricar la guarida y de solapar la entrada a ella, son tantos otros indicios de un sentimiento superior».

Tiene, pues, nuestra raposita un sentimiento superior de la vida y del mundo. Sólo que... La vida es dura; se tienen hijos; los inviernos no ofrecen grandes recursos en el campo. No hay nidos entre los atochares; las cepas de los majuelos aparecen desnudas y secas. ¿Que ha de hacer una raposa sino ir a los corrales donde las gallinas reposan? En ello aventura la vida, que no es poco. Ya está en el gallinero nuestra zorrita; las gallinas se han dado cuenta—un poco tarde—del huésped que viene a visitarlas. La hora no es muy a propósito para cortesías. Se ha producido un ruidoso remoli-

no en el cobertizo a la vista de la raposa. Todas las gallinas cacareaban y los gallos cantaban despavoridos. La raposa ha cogido una gallina entre los dientes y la ha zarandeado con violencia. Con una tierna y gorda gallina tendría la raposita para su yantar. Pero cuando ha sentido la raposa correr entre sus fauces la sangre tibia, humeante, de la gallina, ha perdido la cabeza. ¡Cómo brillan ahora sus ojos! ¡Cómo va de una parte a otra furiosa, abstraída, tambaleándose, como ciega, como borracha!

No se harta de destrozar gallinas; tendidas quedan muchas por tierra. En la casa deben de tener el sueño muy pesado; nadie se mueve. (O ¿qué sabemos? Estos labriegos que trabajan a costa de un amo son muy ladinos. Pensad en las matanzas que hacen los pastores y se las achacan a los lobes. Tal vez ahora saben que la zorra está destrozando el gallinero; pero como la raposa no ha de poder llevarse todas las gallinas y han de quedar algunas muertas...) Entusiasmada, encarnizada en su labor siniestra, la raposita no ve que un claror blanquecino aparece por Oriente. La aurora comienza a anunciarse.

Tiene este momento único, de la madrugada un encanto profundo. Nos atrae misteriosamente esta palidez que en el cielo se inicia. Todavía es de noche... y ya está ahí el día que llega. En este minuto supremo las luces que han velado toda la noche van a borrarse en la claridad del día; su misión ha terminado.

Durante las tinieblas han puesto sus resplandores sobre una mesa en que una cabeza se inclina sobre los libros; o han iluminado tenuemente la cara blanca, sobre ropas blancas, de un enfermo; o se han destacado, como

puntitos rojos y verdes, en el horizonte, en tanto que las locomotoras lanzaban agudos chillidos y pasaban raudos los trenes. Cuando la claridad del día va aumentando, las luces, todas las luces, luces trágicas o luces de esperanza, se retiran, se esfuman, se disuelven, se recogen en una tregua de reposo hasta la noche venidera. A esta hora de la madrugada, las montañas ya comienzan a destacarse más vivamente sobre el cielo; el cielo es de una claridad vaga y lívida. Dentro, en las casas, se hace una densa y confusa penumbra. Las casas van a surgir a la vida; las ventanas van a recobrar su espíritu de luz y sol.

A nuestra raposita se le ha hecho tarde. No puede salir sin peligro del gallinero; van y vienen gentes por la aldea. Otros gallos lejanos cantan; un can ladra. No tiene más recurso nuestra raposa que salir a la calle y tenderse en medio haciéndose la muerta. Porque si la vieran correr por las calles del pueblo, ¿qué sería de ella? (Son muchos los animalitos que se hacen los muertos para librarse de las trazas sanguinarias del hombre. Se hace la muerta esta arañita que, en el campo, ha bajado desde un árbol, por un hilillo sutil, hasta las páginas blancas de este libro que estamos leyendo. Se hace el muerto, replegando sus patitas, este cetonio que nuestros dedos han tropezado en el fondo de una rosa, lecho fresco y fragante. Se hace el muerto este glomérulo que encontramos debajo de una piedra y que se convierte en una bolita de acero. ¿Por qué se hacen los muertos? Hemos dicho que para defenderse del hombre? Pero ¿saben ellos del hombre? Esta es una idea antropocéntrica. No sabemos siquiera si lo que hacen es hacerse

los muertos). Nuestra raposita se hace la muerta; en medio de la calle está tendida. No es cosa rara, donde hay muchas zorras, ver una zorra muerta en el arroyo. Va paseando la gente. «A cabó de una pieza, passó por hi un home, y dixo que los cabellos de la frente del raposo que eran muy buenos para poner en las frentes de los mozos pequeños, porque no los ahojen». Con unas tijeras, éste hombre curioso trasquila la frente de la zorrilla. La zorrilla se estuvo quieta.

Después otro transeunte vió la raposa y dijo lo mismo de los pelos del lomo». Le trasquiló los pelos del lomo. La raposita se estuvo quieta. Luego otro hizo la misma observación respecto del pelo de las ijadas. Le trasquiló las ijadas. La raposita se estuvo quieta. «Nunca se movió el raposo, porque entendía que aquellos cabellos non le farían gran daño en los perder». Otro viandante llegó más tarde y dijo que la uña del raposo es buena para curar los padizos. Tajóle las uñas a la raposita. La raposita no se movió. Después otro dijo que el diente de la zorra cura los males de dientes. Quitóle un diente a la raposita. La raposita no se movió. A seguida vino otro y manifestó que el corazón del raposo es conveniente para nuestros dolores de corazón». Y el raposo vió que le querían sacar el corazón y que si ge lo sacasen, que non era cosa que se pudiera cobrar». Entonces la raposita dió un salto, echó a correr y se perdió a lo lejos.

En nuestras casas, en la vida cotidiana debemos pasar por alto indulgentemente las pequeñas cosas. En la vida pública, a la vista de todos, de igual manera, no debemos de vernos fieros ante lo que en sí tiene escasa

importancia. No coloquemos nuestro natural y legítimo deseo de dignificación y de reivindicación en un plano demasiado alto. Si el puntillo de honor lo ponemos muy subido, a cada momento tendremos que estar en altercaciones, porfías y denuedos. Nuestra vida se hará imposible. Una palabra, un gesto, un ademán, un ligero desdén, una inflexión de cólera, un matiz de irritación en los demás tendrán para nosotros una importancia decisiva. No; sepamos pasar por todo esto. La raposa no se movía cuando le trasquilaban el lomo y la frente; aquello no tenía para ella importancia. Pero cuando se trate de cosas grandes, cuando se trate del corazón —como en el caso de la raposa—, entonces pongamos todas nuestras fuerzas, todo nuestro ardor, todo nuestro ímpetu en defender la esencialidad de nuestro ser moral; las ideas, los procedimientos, la conducta, la honradez, la sinceridad.

VOCABULARIO

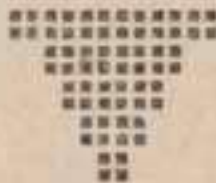
El Conde de Lucano.—Preciosísimo libro escrito en el siglo XIV por el infante don Juan Manuel, sobrino del Rey de España Alfonso X el Sabio.

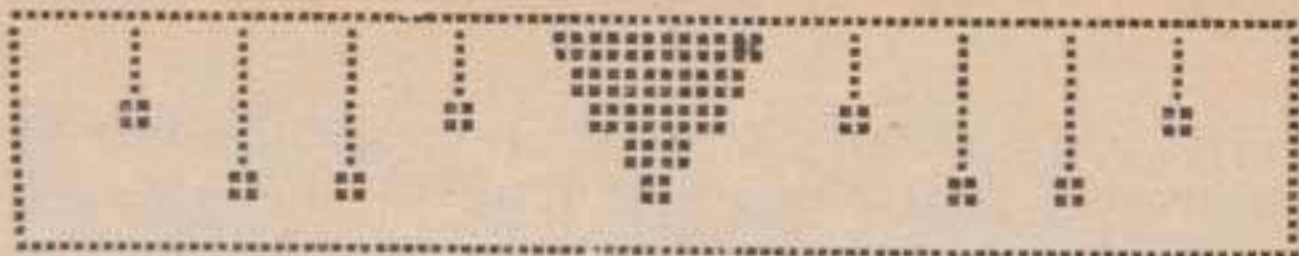
Eray Luis de León.—Poeta y escritor español que vivió en el siglo de oro de España (XVI).

Ejido.—Lo que se suele llamar la *salida* del pueblo donde suelen estar las eras.

Atochares.--Terrenos sembrados de esparto.

Tomado de *Los valores literarios*. Como obras más características de este autor pueden citarse *Alma castellana* y *Los pueblos*.





IDILIO Y TRAGEDIA

SALVADO RUEDA (malagueño). Contemporáneo.



—Ahí va, ahí va—gritó a lo lejos un pelotón de chiquillos, corriendo pecho arriba por uno de los campos del pueblo, detrás de una bandada de perdigones.

En los peñascos de las cuencas y en el fondo de las gargantas del terreno, el eco repite desde cien sitios: «¡ahí va, ahí va!», de un modo desvanecido y aéreo, como si otras cacerías se verificasen en distintos sitios del monte.

¡Qué vistosa y qué bizarra partida de cazadores!

El hijo de la *Chirrina*, Andrés, general en jefe del andante escuadrón, que escasamente llega a los doce años, reparte órdenes y pedradas en todas direcciones y anima al tropel con su actividad y lo dirige con su buen golpe de vista *trapacera*.

Le ha prometido una buena su padre, pero sabe el muchacho que el hosco autor de sus días está en el pueblo inmediato, y al verse el

r-paz libre, estalla de alegría, como si fuera el graneado de un fuego de artificio. Le siguen, pisándole los talones, Periquín, hijo de la Tarasca; Anselmo, nieto de la Cantimplora; Lorencillo, sobrino de la Porcuza; Jusepo, hijo de Trincacopas; Celedonio, ahijado de Matapeñas; Robustiano, nieto de Orinaduros; Pantaleón, primo de Piernascombas, y hasta dos docenas de desarrapados, que, cuando llegan las postrimerías de agosto, se lanzan a las cacerías de pájaros, y no dejan en todo el contorno árbol sin pedrada, huerto sin avería, lagarto sin ser acosado, culebra sin ser perseguida, y charco o poza sin que reciba sus cuerpos denebridos.

Congestionados los rostros bajo el potentísimo sol que cae de los cielos, descalzos de pie y pierna, sin montera ni cosa que resguarde el cráneo del calor, y reuniendo entre todos un traje hecho jirones, pues el que lleva un pernil, carece de lo demás, y el que enseña un tirante, no tiene calzones que sujetar, va comunicándose en atropelladísimos diálogos, rendidos ya y asfixiados por la carrera.

—¡Por ayí se han metido, miales—gritaba Andrés—; ayí san acurrucao, junco la aberca; vamos a ojos!

Y cautelosamente, inclinando los cuerpos para ofrecer menos blancos a las perspicaces miradas de los perdigones, se dirige la partida de chiquillos al bosque que pone techo de greñas a la superficie del estanque.

¡Qué baho de frescura al entrar bajo aquella tupida bóveda! El enzarzado pabellón deja dibujarse en el suelo una azulada randa de sombra taladrada de lunares de oro, que se deslizan sobre el agua cuando el viento mueve man-

samente el ramaje. Los chiquillos muestran, salpicados de esos lunares de luz, piernas, brazos, rostros, manos y cabezas. A veces, el fantástico encaje sacude su tapiz aéreo, y entonces los millares de pupilas oro corren sobre los cuerpos de los muchachos con precipitación deslumbrante y vertiginosa.

Después de buscar inútilmente los perdigones, se ponen a mirar los rapaces, echados sobre los muros del estanque, la copia de los cielos, de las ramas, del musgo y de todo el bosque, allá en el fondo misterioso del agua. Sobre ésta caen infinitas filtraciones, babeando sus hilos sonoros, y cada gota, al caer, parece llevar el canto de una lírica orquesta. Un nutrido repicar de sonos armoniosos halaga dulcemente los oídos con efectos de músicas extrañas. Los muchachos callan un momento, seducidos por esta sinfonía, y se ponen a contemplar los círculos, rayas, rizos y ondulaciones que arrugan la tez susceptible del agua. ¡Qué misterios! Allá abajo, en el fondo de aquella sima transparente, una violentísima mancha de fuego, un relámpago de vivas tremulaciones, ofusca y pincha los ojos con mil espadas de oro: es la copia del sol.

—¡Mira, y no se apaga!—dice uno de los chiquillos al verlo lanzar sus llamas de triunfo.

—Porque está más abajo del agua y no le yegan laz gotas.

¿Y a cuántas brazas estará de nosotros, tú?

—¡Anda! Lo menos a veinte.

—¿Vamos a cogé una caña pa pincharle?

Los perdigones surgen de pronto, bruscamente, del matorral, y dejan cortado el diálogo de los cazadores.

—¡Ayí van, ayí van!—repiten de nuevo los

chiquillos, lanzándose en polvoroso tropel, como dice Virgilio, y los peñascos de las gargantas y los pedruscos de las cuentas devuelven las sonoridades fantásticas y repiten muy débilmente: «¡Ayí va!...»

Ladera arriba los granujas huyen como demonios: uno tropieza, otro quita la vez al delantero, éste da una voltereta para caer de pie como los gatos. En un recodo, los perdigones se acoclan rimando el color de sus plumas con el de la tierra, y el escuadrón de cazadores pasa de largo.

Entonces los animales se remueven, inspeccionan el terreno alzándose sobre sus patitas, y viendo el campo libre, toman la ruta del monte.

Rendidos de nuevo los chiquillos por el sol y la carrera, dan en tierra bajo unos parrales, rojos los carrillos, las frentes sudorosas, el aliento jadeante y desollados manos y pies.

—¿Sabei que pica bien el sol?—clama el revoltoso *jefe* con los ojos encendidos.

—Jaremos sombreros con las pámpanas.

—Bien pensao, mia tú.

Y las guirnaldas flotantes de la vid, los sarmientos vestidos de hojas, caen tronchados al suelo en haces hermosos. Un rapaz traza en un periquete una corona, y se la planta; otro combina un círculo de verdura y lo ajusta a sus sienes; el de más allá teje una trenza de pámpanos y la rodea al cráneo hirviente; éste arregla la más graciosa diadema de Baco y engalana su cabeza con ella; todos se adornan como dioses griegos y son de ver las caras sucias, los carrillos dados de oscuras pinceladas, los torsos de color de bronce empavonados por el

sol, bajo aquellas coronas egregias, bajo aquellos adornos clásicos.

Grita uno de los chiquillos: «¡Por ayí van!», y las profusas figuras del cuadro, fijas en el suelo, se inclinan hacia un mismo punto, combinase entonces una sucesión de perfiles, revuélvense de modo distinto los cuerpos, adoptan las manos diversas actitudes, y la riente plasticidad y la gracia más pura y fresca, seducen en el lienzo vivo y caprichoso.

El cuadro se descompone cuando se persuaden los chiquillos de que no pasan los perdigones.

—Puez eyo e que hay que buscarlos.

—Eso digo yo.

—Puez yo no. Yo digo que es mejó ir a arcanzá er nío e cigüeña que hay e no arto e la atalaya.

—Mejó e jezo—clamaba la mayoría de las voces—, y allá va la risueña partida entre las llamas vibrantes del sol, que arranca chispas de las piedras.

La atalaya era una torre en ruina, una altísima edificación de moros, un prodigio de vetustez, con su manto de hilos de araña, sus anfractuosidades llenas de germinaderos de reptiles, sus matorrales a media obra, que no se sabe de qué jugo beben, y sus troneras por las que se veía la lista del mar azul y las arenas.

Una especie de espuerta de broza, un nido colosal, hecho a tropicones, dejábase ver en la cima, y cerca de él, sostenida por milagroso equilibrio sobre un pie, una cigüeña castañeteó el largo pico al ver acercarse a la torre al tropel de libres muchachos, y se elevó a grande altura.

Se echó la *china* para ver a quién le tocaba

hacer la ascensión al nido; hubo disputas, bulla, gresca, arreglos, desarreglos, y, por fin, Andrés, Andresillo, el más denodado, el más valiente, el más simpático, fué elegido para el caso.

—Bueno—dijo—, pero no matamos los pájaros, zi los tiene; na más que velos, ¿eh?

Se remangó el único jirón de manga que tenía su camisión, lió en un estropeado papel un cigarro de pámpanas secas, describió varios brincos y zapatetas antes de aferrarse a la obra, y por fin se agarró, en actitud de rana, al edificio. Ascendió por aquella escala inverosímil; ganó, trazando culebreos, algunas varas de altura, arañó, sintió el escalofrío del riesgo varias veces, y en un huequecillo mayor que los demás, puso un instante el cigarro para hacer descansar a los pulmones. Fumó de nuevo, tornó a soltar la pajuela, hizo en el aire unos garabatos de alegría con una pierna libre, y apechupó de nuevo con la torre.

Ya estaba cerca del nido, y forcejeaba, cansado de la lucha, a una altura vertiginosa. Aterrados los espectadores, ni proferían palabra siquiera. De pronto sintió Andrés un colosal aletazo en el rostro, a la vez que oyó un graznido feroz de ave furiosa; llevóse el rapaz ambas manos a la cara, perdió con el punto de apoyo el equilibrio, y cayó al espacio; volteó, rebotó, grietándose el resonante cráneo contra una peña. La punta del cigarro tardó más en bajar, y por un capricho del aire fué a caer, encendida y humeante, en la desportillada boca del muchacho.

El idilio se había trocado pronto en tragedia, en tragedia imponente y horrible.

La primera idea de los chiquillos fué la de

salir huyendo; algunos ni volvieron la cara atrás hasta entrar en el pueblo, yendo a refugiarse en el seno de sus madres; otros dieron parte de la desgracia entre espasmos de muer-



te y castañeteando de dientes, y la noticia voló como un río de pólvora por el pueblo. Salieron a recibir el cadáver, que era conducido en

hombros, viejos, mujeres, niños y todo el vecindario en masa.

Un plañido fúnebre, compuesto por gritos de cien bocas, por exclamaciones de pena de cien labios y por los retorcimientos de dolor de la madre, llegaba al alma con el trágico aparato de las grandes desgracias.

—¡¡Mira, mira!!—decían las mujeres a sus hijos—. Pa que te sirva de escarmiento, pa que no gñervas a andá por ezos campos.

Los niños veían con agrandamientos de ojos el cuerpo muerto, y retrocedían espantados. En la humilde casa de Andrés fué colocado el cadáver, y la noche cayó sobre el espíritu de la madre como un océano de sombra. Todos los vecinos del pueblo acudieron al velatorio; en el regazo de las mujeres, los niños; en grupos cabizbajos, los de igual edad a la de Andrés; los viejos, acostumbrados a los dolores, con una tranquila resignación al lado de otros viejos; las mujeres con el alma en cruz, clavada por la pena.

Cuando el padre de Andrés volvió del pueblo cercano, bien internada la noche, vió el pueblo de luto, gentes a la puerta de su casa, resplandores de cirios que salían de su habitación, y por último, como quien es presa de una pesadilla, a su hijo muerto. Hubo una explosión inmensa de lágrimas, un valiente triunfo del sentimiento.

Se tiró el padre contra el suelo, diciendo que quería morir con su hijo; pensó desgarrarse de pena, estallar.

La tensión del dolor lo redujo al cabo de algunas horas. En el velatorio imperaba un silencio absoluto, roto solo por algún recrudescimiento de lágrimas.

En las profundidades del silencio, allí donde los seres que asisten a un velatorio oyen terribles músicas *negras*, palpitaciones de cajas destempladas, compases repetidos de duelo, andares de muerte y roces de visiones, el alma humana formula, traza la interrogación eterna, y espera con el oído puesto en la sombra. Todas aquellas músicas extrañas no pueden concretar una frase, no pueden cuajar una palabra.

Las armonías pasan y vuelven; tan pronto preludian marchas lúgubres, tan pronto imitan sollozos y rezos, ya remedan ruidos de mantos que se arrastran, los cirios restallan y dejan una línea de ceroso humo en el aire; las líneas sienten inmovilidades de piedra; sólo el gran mecánico, el corazón, añade su música involuntaria a las misteriosas que pasan por el fondo tenebroso del silencio...

Amaneció, y vino una luz de muerte a manchar de palideces los rostros; las miradas parecían despertar de una noche eterna.

Durante el día vinieron los chiquillos compañeros de Andrés, a echar lágrimas y jazmines en su caja. Una niña, como de cinco años, llegó con un brazado de rosas, las echó sobre otras rosas, se arrodilló y movió los labios como vió que hacían las mujeres. ¡Oh, divina oración suya, tan pura como la luz de una aurora de mayo!

Por la tarde, en medio de la quietud excelsa de los campos, se dió principio al entierro. El cura revestido de negro, llegó con su acompañamiento sagrado a la puerta de los padres del muerto, y les pidió al hijo de su alma. La madre arrojó un inmenso grito de sorpresa que dejó rotas sus entrañas. El canto

fúnebre lo pidió con nuevos clamores, escudriñando el corazón para estremecer sus más leves fibras.

Cogieron los que fueron amigos de Andrés la caja, y estalló esa sinfonía terrible, tremenda, de aullidos de almas que se retuercen y despedazan de dolor, de congojas que rompen en lágrimas, de voces profundas que entonan el canto de la muerte, de aroma de las rosas ajadas, de jazmines marchitos, de clamores, de besos, de llantos.

Es la inmensa frase de pena con que se despide al que fué: la tierra cae sobre la gracia segada en flor; las piedras insensibles retumban en la caja dando golpes de cólera; los ojos que quedan bajo la tierra, no verán más los rayos melancólicos del día, los misteriosos simulacros de luz de la tarde, el ajamiento de tintas de los cielos, el mar azul que no lejos de la tumba canta su estrofa eterna.

Hay que decir adiós al muerto. Pretendió subir donde los pájaros y cayó por falta de alas. Dios se las puso al cuerpo de las aves, y no quiso prenderlas al cuerpo de los niños, que son más bellos que los pájaros.

VOCABULARIO

Anfractuosidades.—Entrantes y salientes.

Espasmos.—Contracción, brusca e involuntaria de los músculos.

(*Antología de cuentos.* Fernando Fé. Madrid.)

Se ha distinguido principalmente por su númen poético. *Poesías completas*, y *Cantando por ambos mundos*, son sus obras más personales.



EL TESORO

(Eça de Queiroz.—portugués;—murió a fines del siglo pasado).

Los tres hermanos de Medranos, Ruy, Guanes y Rostabal, eran entonces en todo el reino de Asturias, los hidalgos más hambrientos y los más remendados.

En los palacios de Medranos, a los cuales el viento de la sierra había arrancado las vidrieras y las tejas, pasaban las tardes de ese invierno, helados en su capote de piel de camello, batiendo las suelas rotas sobre las losas de la cocina, delante del vasto fogón negro, donde desde mucho tiempo antes no crepitaba lumbré ni hervía la olla de hierro... Al obscurecer devoraban una corteza de pan negro, untada con ajo, después, sin candela al través del patio, iban a dormir al muladar, para aprovechar el calor de tres yeguas sarnosas que, hambrientas, como ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había hecho a estos señores más bravíos que lobos.

En la primavera, en una silenciosa mañana de domingo, andando todos tres por el mato-

rral de Roquelanes, espiando residuos de caza y cogiendo hongos entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba nueva de Abril, los hermanos Medranos encontraron, por detrás de una enramada de espinares, en una cueva de roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre fuerte, conservaba sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa había un dístico en caracteres árabes, indescifrables a través de la herrumbre; y dentro, hasta los bordes, estaba lleno de doblones de oro!...

En el terror y en el esplendor de la emoción, los señores quedaron más lívidos que cirios. Después, sumergiendo furiosamente las manos en el oro, estallaron a reír, en una risa de tan enorme ímpetu, que las hojas tiernas de los olmos, en derredor temblaban... Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se miraron a la cara, con los ojos llameantes, en una desconfianza tan desabrida, que Guannes y Rostabal palpaban en los cinturones los puños de las facas grandes...

Entonces Ruy, que era gordo y rubio y el más astuto, levantó los brazos como un árbitro y comenzó por decir que el tesoro — viniese de Dios o del demonio — pertenecía a los tres y entre ellos se repartiría rigurosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero ¿cómo podrían cargar para Medranos, para las cimas de la sierra, aquel cofre tan lleno? Ni convenía que saliera del matorral con su tesoro antes de cerrar la obscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guannes, como más ligero, debía trotar hacia la villa vecina de Retortillo, llevando ya oro en la bolsa y comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de

carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la víspera; la cebada era para las yeguas. Y así repuestos, señores y cabalgaduras, guardarían el oro en las alforjas y subirían para Medranos bajo la seguridad de la noche sin luna.

¡Bien tramado!— gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, de larga guedeja y con una barba que le caía desde los ojos, estriados de sangre, hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guannes no se apartaba del cofre, encogido, desconfiando, restregando entre los dedos la piel negra de su pescuezo de grulla. Por fin bruscamente, dijo:

—¡Hermanos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave!

—¡También yo quiero la mía, mil rayos! rugió enseguida Rostabal.

Ruy sonrió. ¡Ciertamente, ciertamente! A cada dueño de coro correspondía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno, en silencio, agachado delante del cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente Guannes, desarrugado el entrecejo, saltó en la yegua y se entró por las veredas de olmos, camino de Retortillo, lanzando a la enramada su canción acostumbrada y doliente.

¡Ole, Ole!

Sale la cruz de la iglesia,
vestida de negro luto...

II

En el claro del bosque, enfrente a las zarzas que cubrían el tesoro (y que los tres habían

desbrozado a cuchilladas) un hilo de agua, brotando entres rocas, caía sobre una vasta losa excavada, donde hacía como un estanque claro y quieto antes de fluir hacia las hierbas altas... Y al lado, a la sombra de un haya, yacía un viejo pilar de granito, caído y musgoso. Allí vinieron a sentarse Ruy y Rostabal, con sus tremendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas esquilaban la buena hierba, salpicada de amapolas y botones de oro. Por la enramada andaba un mirlo silbando... Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al sol, bostezaba de hambre.

Entonces Ruy, que se había quitado el sombrero, y le alisaba las viejas plumas rojas, comenzó a meditar, en su habla prudente y mansa, que Guannes no había querido bajar con ellos al matorral de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruín! Pues que si Guannes se hubiera quedado en Medranos, ¡sólo ellos dos hubieran descubierto el cofre y sólo entre ellos dos se dividiría el oro! ¡Gran pena! Tanto más cuanto que la parte de Guannes sería pronto disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas.

—¡Ah, Rostabal, Rostabal! Si Guannes hubiera encontrado este oro, paseando por aquí solito, no dividía con nosotros, Rostabal.

El otro rezongó sordamente y con furor, dando un tirón a las barbas negras.

—¡No, con mil rayos! Guannes es avaro.. Cuando el año pasado, ¿no te acuerdas?, ganó lo cien ducados al espadero de Fresno, no me quiso prestar tres para comprar un jubón nuevo.

—¿Ves tú?—gritó Ruy resplandeciente.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como impulsados por la misma idea que los deslumbraba. Y a través de sus largas zancadas, las hierbas altas silbaban.

—¿Y para qué?—proseguía Ruy—¿Para que le sirva todo el oro que se nos lleva? ¿No le oyes de noche como tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe. ¡No dura ni hasta las otras nieves, Rostabal! Pero entonces, habrá disipado los buenos doblones que debían ser nuestros, para levantar nuestra casa, y para que tu tuvieses jinetes, y armas, y trajes nobles, y tu tercio de solarengos, como compite a quien es como tú, el mayor de los Medranos...

—¡Pues que muera, y muera hoy!—clamó Rostabal.

—¿Quieres?

Vivamente Ruy había agarrado el brazo del hermano y apuntaba para la vereda de olmos por donde Guannes se había marchado cantando.

—Allá adelante, al fin de las mieses, hay un sitio bueno, entre las zarzas. Y has de ser tú, Rostabal, que eres el más fuerte y el más diestro... Un golpe de punta por las espaldas. Y es de justicia de Dios que seas tú quien lo des..., que muchas veces en las tabernas, sin pudor, te trataba Guannes de *cerdo* y de torpe, porque no sabes las letras ni los números.

—¡Malvado!...

—¡Ven!...

Echaron a andar. Ambos se emboscaron por detrás de unas zarzas que dominaban el atajo, estrecho y pedregoso como un lecho de torrente. Rostabal escondido tras de la valla,

tenía ya la espada desnuda... Un viento ligero estremeció en la cuesta las hojas de los álamos... Sintieron el repicar suave de las campanas de Retortillo Ruy, acariciándose la barba, calculaba la hora por el sol, que ya se inclinaba hacia las sierras. Una bandada de cuervos pasó sobre ellos, graznando. Y Rostabal, que les había seguido el vuelo, comenzó de nuevo a bostezar con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traía en las alforjas.

—¡Por fin!... ¡Alerta!... Se oía en la vereda la canción doliente y ronca, lanzada a los ramajes:

¡Ole, ole!
Sale la cruz de iglesia,
toda vestida de negro...

Ruy murmuró: «¡El golpe en la cadera! ¡Apenas pase!...» La pezuña de la yegua removió los guijarros; una pluma en un sombrero enrojeció sobre la punta de los zarzas...

Rostabal salió de entre las zarzas por una brecha, sacó el brazo y la larga espada; y toda la lámina se embebió blandamente en la cadera de Guannes, cuando al rumor, éste se había levantado en la silla bruscamente. Con un sordo golpe cayó de lado sobre las piedras... Ya Ruy se abalanzaba a los frenos de la yegua. Rostabal, cayendo sobre Guannes que daba las boqueadas, de nuevo le hundió la espada—agarrada por la hoja como un puñal— en el pecho y en la garganta.

—¡La llave! —gritó Ruy.

Y arrancada la llave del cofre al pecho del muerto, ambos corrieron por la vereda; Ros-

tabal delante, huyendo, con la pluma del sombrero quebrada y torcida, la espalda aún desnuda, apretada bajo el brazo, todo encogido, estremecido con el sabor de sangre, que le abrasaba la boca; detrás Ruy, espoleando desesperadamente los frenos de la yegua, que con las patas clavadas en el suelo pedregoso, apretando la larga dentadura amarilla, no quería dejar a su amo, así estirado, abandonado a lo largo de los *sebes*.

Tuvo que pincharle las ancas escuálidas con la punta de la espada; y corriendo sobre ella, con la espada en lo alto, como si persiguiese a un moro, desembocó en el claro del bosque, donde el sol ya no doraba las hojas. Rostabal había arrojado a la hierba el sombrero y la espada; y de bruces sobre la losa, excavada en forma de estanque, con las mangas arremangadas, se lavaba cuidadosamente a barba y el rostro.

La yegua, quieta, comenzó de nuevo a pastar, cargada con las alforjas nuevas que Guannes había comprado en Retortillo. De la más ancha, abarrotada salían dos cuellos de garrafas...

Entonces Ruy sacó una enorme faca, lentamente de la cintura... Sin un rumor en la hierba espesa, deslizóse hasta Rostabal, que se refregaba, con las largas barbas pringándole agua... Y serenamente, como si clavase una estaca en un macizo de arbustos, enterró la hoja toda en el ancho dorso doblado, yendo certera al corazón... Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con la cara y los largos cabellos fluctuando en el agua. Su vieja escarcela de oro había quedado aplastada bajo la cadera. Para sacar de dentro la terce-

ra llave del cofre, Ruy levantó el cuerpo, y una sangre más espesa chorreó y corrió al borde del estanque...

III

¡Ahora eran de él, sólo de él, las tres llaves del cofre!... Y Ruy, estirando los brazos, respiró deliciosamente... Apenas cayése la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la hilera de yeguas por los senderos de la sierra, subiría a Medranos y enterraría en la bodega su tesoro... Y cuando allí, en la fuente, y más allá, frente a las zarzas, solo quedasen, bajo las nieves de diciembre, algunos huesos sin nombre, sería el magnífico señor de Medranos.

Abrió las tres cerraduras, palpó un puñado de doblones, que hizo resonar sobre las piedras ¡Qué puro oro, de finos quilates!... ¡Y era suyo!... Después fué a examinar la capacidad de las alforjas; y encontrando las dos garrafas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre inmensa. Desde la víspera sólo había comido una cola de pescado seco ¡Y cuánto hacía que no probaba capón!... ¡Con qué delicia se sentó en la hierba, con las piernas abiertas y entre ellas el ave rubia, que olía bien, y el vino del color del ámbar! ¡Ah, Guannes había sido buen mayordomo! ¡Ni de las aceitunas se había olvidado! Pero ¿por qué había traído para tres comensales sólo dos garrafas? Rasgó un ala del capón; devoraba a grandes dentelladas...

La tarde descendía, pensativa y dulce, con nubecitas de color de rosa. Más allá en la vereda, una bandada de cuervos graznaba. Las

yeguas hartas, dormitaban con el hocico colgante. Y la fuente cantaba lavando al muerto. —Ruy puso a la luz la botella de vino.— Con aquel color añejo y cálido no habría costado menos de tres maravedises, y poniendo el cuello de las botellas en la boca, bebió en sorbos lentos, que le hacían ondular el pescuezo velludo ¡Oh vino bendito, que tan prontamente calentabas la sangre!...

Tiró la botella vacía y destapó otra. Pero, como era astuto, no bebió, porque la jornada hasta la sierra, con el tesoro, exigía acierto y firmeza. Apoyado en el codo, tendido, descansando, pensaba en el palacio de Medranos, cubierto de teja nueva, en las altas llamas del fogón, en noches de nieve, y en su lecho cubierto de brocados...

De repente, atacado de una ansiedad, tuvo prisa por cargar las alforjas. —Ya entre los troncos se hacía más densa la sombra.— Empujó a una de las yeguas junto al cofre, levantó la tapa, cogió un puñado de oro... Pero vaciló soltando los doblones que resonaron en el suelo y llevó las dos manos afligidas al pecho ¿Qué es eso don Ruy?... ¡Rayos del cielo!... Era un fuego, un fuego vivo que se le había encendido dentro y le subía hasta la garganta. Ya había rasgado el jubón y quería dar unos pasos inciertos... Con la lengua colgante, jadeando, limpiándose gruesas gotas de un sudor horrendo que le heleba como la nieve ¡oh Virgen Madre!... Otra vez el fuego más fuerte, que le incendiaba... Entonces gritó:

—¡Socorro! ¡Alguien! ¡Guannes! ¡Rostabal!.

Sus brazos torcidos batían en el aire desesperadamente. Y la llama dentro aumentaba,

y sentía los huesos estallarle como las vigas de una casa incendiada. Rodó hasta la fuente para apagar aquella hoguera y tropezó con el cadáver de Rostabal; y con la rodilla clavada en el muerto arañando la roca, buscaba entre horrendos alaridos, el hilo de agua que recibía por los ojos y por los cabellos. —Pero el agua le quemaba más, como si fuese un metal derretido— Retrocedió, cayó encima de la hierba, que arrancaba a puñados y que mordía, mordiendo a la vez los dedos para chupar su frescura— Aún se levantó con una baba espesa, corriéndole por las barbas; y de repente, abriendo pavorosamente los ojos, gritó como si comprendiese al fin la traición en todo su horror.

—¡Es veneno!

¡Oh don Ruy, el astuto, era veneno! —Porque Guannes, apenas había llegado a Retortillo, aún antes de comprar las alforjas, corrió cantando a una callejuela, detrás de la catedral, a comprar al viejo droguero judío el veneno, que mezclado con el vino, le haría a él solamente dueño de todo el tesoro...

Anocheció. Dos cuervos, entre la bandada que graznaba más allá de las zarzas, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guannes.

La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrada en la hierba negra, toda la cara de Ruy se había puesto negra.

Una estrellita tremulecía en el cielo...

El tesoro aún estaba allí, en el matorral de Roquelanes...

(Traducción de Andrés González Blanco).

VOCABUARIO

Crepitaban.—Que producía ese ruido característico que hace la leña cuando arde o cuando se echa sal a la lumbre.

Dístico.—Pequeña composición formada por dos versos que expresan un pensamiento completo.

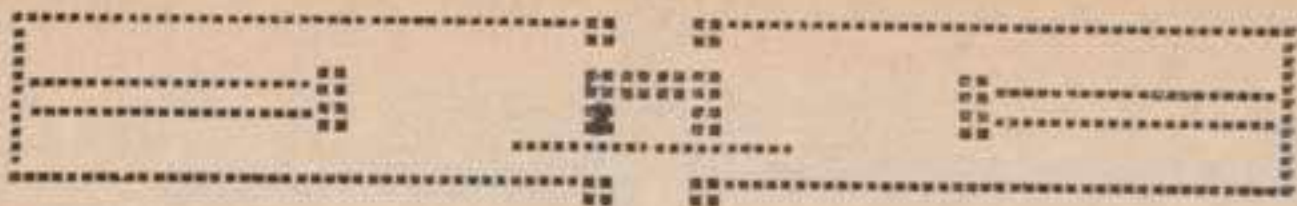
Maquilas.—Porción de harina que cobra el molinero de cada molienda; en este caso es sinónimo de pienso (tres piensos).

Solarengos.—Soldados pagados por los señores dueños de las casas solariegas en la Edad Media.

Tremulecia.—Temblaba.

Tomado de *Cuentos de la Biblioteca Nueva. El primo Basillo y los Mayas* se citan como sus principales obras.





PESCADOR DE CAÑA

ERNESTO GARCÍA LADE-
VESE (santanderino).

Sentado a la sombra en la orilla del río, cubierta la cabeza con un sombrero de paja de anchas alas, ya bastante moreno por el uso, las piernas colgando, la caña de pescar tendida casi horizontalmente a poca altura del agua, el bueno de Chaviri se pasaba las horas muertas, esperando que algún pez picase en su anzuelo.

Los chicos del pueblo, al pasar por allí en busca de moras y endrinas, solían gritarle:

—¡Pescador de caña, más pierde que gana!

Y no siempre eran los chicos los que se burlaban de él, sino a veces los grandes, preguntándole en tono de zumba:

—¿Pican? ¿Pican?

Chaviri miraba a unos y otros con sonrisa desdeñosa, o encogíase de hombros sin mirar siquiera, y, atento a su caña, seguía esperando la desca con paciencia ejemplar.

Antes de hacerse Chaviri pescador de caña, había intentado hallar la fortuna por diversos caminos. Hombre de imaginación viva y fecunda, tuvo en varias ocasiones muy luminosas ideas; pero, al ir a realizarlas, fué tan desgraciado que siempre se le adelantó alguno en las empresas por él concebidas, resultando, al fin, que había discurrido y se había afanado para que otros las explotaran.

Lo que no acababa de comprender nunca, en medio del desaliento que en él producían sus continuos chascos, era cómo a Pérez, y a Martínez, y a González, no les había pasado lo mismo al establecerse, habiendo podido llegar los tres a reunir millones; el primero, con un almacén de arenilla para salvaderas; el segundo, con la invención de un específico para tartamudos, y el tercero, con una tienda de pampolina para los canarios.

Pensando en ellos y en la loca suerte que habían tenido, quedóse un día Chaviri abismado en las más hondas reflexiones. La verdad es que ni él ni ninguno, a no ser González, Martínez ni Pérez, hubiera creído jamás que había en el mundo tantos canarios en jaula, tantos tartamudos y tantas salvaderas, como hacían falta para labrar fortunas como las de aquellos acaudalados comerciantes.

Anduvo caviloso algún tiempo, y observaron todos un gran cambio en el carácter de Chaviri. Le vieron dar paseos solitarios y ausentarse del pueblo largas horas.

Ya no era, como, antes, franco y expansivo, sino silencioso y reservado.

Y como tenía fama de ambiciosillo y de hombre tenaz, que no se rinde fácilmente a las con-

trariedades, todos se dijeron al verle ir y venir:

—¡Algo nuevo trae en su cabeza Chaviri!

Así es que, cuando se supo que después de tantas cavilaciones se había hecho pescador de caña, no hubo quien no dijese:

—¡Se ha desengañado! ¡Se da por vencido!

En los primeros días de aquella nueva ocupación de Chaviri, acudieron muchos a verle pescar, entre ellos Pérez, Martínez y González, que con sorna le preguntaba de vez en cuando:

—¿Pican? ¿Pican?

Y los chicos, menos disimulados que las personas mayores, gritábanle al nuevo pescador:

—¡Pescador de caña, más pierde que gana!

Sólo de tarde en tarde veíasele sacar del río algún pececillo, que ni la carnada valía siquiera.

Mas es el caso, que cuando Chaviri a la caída del sol volvía al pueblo, no llevaba sólo aquellos pececillos miserables, cuya pesca habían presenciado los curiosos, sino también hermosas anguilas y soberbias truchas, que las vendedoras del mercado le pagaban a subido precio.

No había nadie que al pueblo llevara pesca tan rica y abundante como la de Chaviri.

Los primeros días atribuyóse aquélla a simple casualidad. Pero la cosa iba durando una y otra semana. A los dos meses el nuevo pescador había ganado ya mucho dinero.

Fué la noticia extendiéndose, y Chaviri dejó de oír el irónico: ¿Pican? ¿Pican? Los chicos ya no volvieron a gritarle: *¡Pescador de caña, más pierde que gana!*

Y como se había hecho malicioso, pronto se dió cuenta de que alguno de los que antes se

burlaban de él acechábanlo con cautela o le seguían con disimulo.

—¡Ah! ¡Qué bien hice—se dijo—en evitar que nadie me viese río arriba, donde está el escondido remanso de las anguilas y de las truchas que he descubierto yo solo!

Usaba de toda clase de ardides y tretas para observar si era acechado o seguido, y prefería volver sin pesca al pueblo a exponerse por una imprudencia a que acertasen el sitio de la pesca maravillosa.

Una tarde en que Chaviri estaba seguro de ser espiado, después de pasar pacientemente una hora echando su caña en el sitio donde solía ponerse para que las gentes le vieran, miró a su alrededor con gesto receloso, levantóse, recogió su aparejo, y se fué río abajo, donde la orilla forma un recodo oculto entre espinos y zarzales.

Se sentó sobre la hierba, tendió su caña y echó el anzuelo a la corriente.

Al poco rato exclamó:

—¡Gracias a Dios que estoy solo! ¡No es floja la pesca que hoy voy a llevar!

Entonces, del jaro inmediato salió una cabeza, y luego otra del de más allá y otra tercera más lejos. Chaviri reconoció al punto a González, a Martínez y a Pérez, que se apresuraron a decirle:

—¡Tú nos engañas!

—¡No pones nada en tu anzuelo!

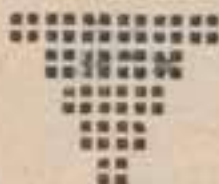
—¡Si querrás hacernos creer que se puede pescar sin carnada!

—¿Cómo que no? ¡Ya lo veis!—costestó Chaviri sonriendo.—Nada he puesto en mi anzuelo... y los tres habéis picado!

VOCABULARIO

Pamplina.—Planta que sirve de alimento a los pájaros.

Antología de cuentos. Fernando Fé. Madrid. La obra más interesante de este escritor es la que lleva este título: *El corazón de una madre.*





== EL RABIÓN ==

CONCHA ESPINA (sanderina). Contemporánea.

—¡Martín!

—¡Nora!

—¿Habrá crecida?

—Habrála, que desnevió en la sierra y bajan las calceras triscando de agua, reventonas y desmelenadas, como que...

—¿Pasarán las vacas al bosque?

—Pasan tan «perenes».

—Pero ten cuidado a la vuelta, hijo, que el río es muy traidor.

—A mí no me la da el río, madre.

El muchacho acabó de soltar las reses y las arreó, bizarro, por una cambera pedregosa que bajaba a la ribera.

Había madrugado el sol a encender su rutilante ascua en la nieve de los montes y deslumbraba la blancura del paisaje, lueño y fantástico, a la luz cegadora de la mañana. Ya la vispera quedó el valle limpio de nieve, que

sólo guarecida en oquedades del quebrado terreno ponía algunas blancas pinceladas en los caminos.

El ganado, preso en la *corte* durante muchos días de recio temporal, andaba diligente hacia el vado conocido, instigado por la querencia del pasto tierno y fragante, mantillo lozano del ansar.

Martín iba gozoso, ufanándose al lado de sus vacas, tresnadas y lucías, las más aparentes de la aldea; una, moteada de blanco, con marchamo de raza extranjera, se retrasaba rezagándose de las otras. Llegando al pedriscal del río, unos pescadores comentaron ponderativos la arrogancia del animal, mientras el muchacho, palmoteándola cariñoso, repitió con orgullo:

—¡Arre, *Pinta!*

—¿Cuándo «geda», tú?—preguntaron ellos.

—Pronto; en llenando esta luna, porque ya está cumplida...

—Las vacas se metieron en el vado, crecido y bullicioso, turbio por el deshielo, y los pescadores le dijeron a Martín lo mismo que su madre le había dicho:

—Cuidado al retorno, que va por la posta la nieve de allá arriba.

El niño sonrió jaetancioso:

—Ya lo sé, ya.

Y trepó a un ribazo desde cuya punta se tendía un tablón sobre el río comunicando con el ansar a guisa de puente. En la mitad del tablón oscilante, se detuvo a dominar con una mirada avara de belleza la majestad del cuadro montañoso; la corriente, hinchada y soberbia, rugía una trágica canción devastadora, y el bosque, verdegueante con los brotes gloriosos de la primavera, daba al paisaje una nota serena de

confianza y de dulzura, tendiendo su césped suave hacia las espumas bravas y meciendo sobre el rabi6n los 6rboles floridos. Lejano, en la opuesta orilla del bosque, el r6o hac6a brillar al sol otro de sus brazos que aprisionaba el vergel.

Quiso Mart6n ocultarse a s6 mismo el desvanecimiento que le causaba aquella visi6n maravillosa y terrible de la riada, y burl6n, sonriente, murmur6 cerrando los ojos ante las aguas mareantes;

—¡Uf...! ¡c6mo «rutien!»...

Luego, de un salto, gan6 la otra ribera, en uno de cuyos alisos estribaba el colgante pasadizo, conocido por el «Puente del alisal». Entonces, un poco tr6mulo, volvi6 la cara al r6o, le escupi6, retador, con aire de mofa, y a6n le increp6:

—«Rutie». «rutie», ¡fachendoso!... —y se intern6 en el bosque, al encuentro de sus vacas.

Era Mart6n un lindo zagal, 6gil y firme, hacendoso y resuelto; pastoreaba con frecuencia los ganados que su padre llevaba en aparcer6a, ejemplo y admiraci6n de los ganaderos del contorno. Del monte y del llano, conoc6a Mart6n como nadie los blandos caminos, los ricos pastos y las l6mpidas fuentes para regalo de las vacas. Sab6a el pastor que sobre la existencia pr6spera de aquellos animales constitu6a la familia su bienestar, y viviendo ya con el desasosiego de la pobreza encima del tierno coraz6n, guardaba para sus bestias una vigilante solicitud, un inter6s en cuyo fondo apuntaban acaso el orgullo del ganadero en ciernes y la codicia del campesino. Pero inseguros estos sentimientos en los once a6os del ni6o, aparec6anse en aquella almita sana cubiertos de sim-

pática afición hacia los animales, muy propia de una buena índole y de una generosa voluntad.

Aplicadas habían pastado las muy golosas, y en cada cabeceo codicioso mecieron las esquilas en la serenidad del bosque una nota musical, mientras Martín sonreía, halagado por aquel manso tintineo que era la marcha real de su realeza pastoril; sentado en un tronco muerto, iba entreteniéndose la tarde en la menuda fabricación de unos pitos, que obtenía ahuecando paciente los tallos nuevos del sauce, cortados sin nudos. Para conseguir el desprendimiento de la corteza jugosa, era necesario —según código de infantiles juegos montañeses— acompañar al metódico golpeteo encima del pito, con la cantinela: *Suda, suda, cáscara ruda; tira coces una mula; si más sudara, más chiflara.....*

Martín había repetido infinitas veces este conjuro milagrero, y tenía ya en la alforjita que fué portadora de su frugal pitanza, una buena colección de silbatos canoros. Miró al sol y calculó que serían las cinco. Las vacas estaban llenas, y refociladas rumiaban tendidas en gustoso abandono, babeando soñolientas, sobre las margaritas, gentiles heraldos de la primavera en los campos de la Montaña.

Al mediar el día, había saltado el Sur, ya iniciado desde el amanecer en hábitos tibios, que sólo el ábrego puede levantar en los días primerizos de marzo; iba creciendo el temeroso vocear del río y llegaba al fondo del ansar, apagado en un runruneo solemne. Martín pensó volverse a la aldea; al paso perezoso del ganado tardaría una hora lo menos, el tiempo justo para no llegar de noche.

Se levantó, y su vocecilla aguda rompió el sosiego de la tarde arrullado por el río.

—¡Vamos... *Princesa, Galana*, arre...; arriba *Pinta*...; *Lora*, vamos!

Hubo un rápido jadear de carne con sendas sacudidas de collaradas y sonoro repique de campanillas; y los seis animales se pusieron en marcha delante del zagal.

Al cuarto de hora de camino, empezó Martín a inquietarse; el río bramaba como una fiera, mucho más que por la mañana. Y cuando el muchacho se fué libertando de la espesura intrincada del ansar, vió con terror que no quedaba en las altas cimas de la cordillera ni un solo cendal blanco de la reciente nevisca; la hoguera del sol y los revuelos del abrego realizaron el prodigio.

—Irá el río echando pestes—decíase Martín; habrá llegado punto menos que al puentecillo, y tal vez el ganado tema vadear...

Impaciente, arreó vivo y apretó el paso; y a poco alcanzó a ver el desbordamiento de las aguas en los linderos del bosque. Dió una corrida para asegurarse de si estaba firme su puente salvador... ¡estaba! Respiró tranquilo... Ahora todo consistía en que las reses vadearan tan campantes como de costumbre. Las incitó; estaban un poco indecisas; volvían hacia el muchacho sus cabezas nobles, en cuyos ojazos mortecinos parecía brillar una chispa de incertidumbre... Hubo unos mugidos interrogantes.

Ansioso el niño las excitó más y más, y de pronto una entró resuelta río adelante; las otras la siguieron, mansas y seguras, menos la *Pinta*, que rezagada siempre, no había dado un paso.

Martín la arreó acariciándola:

—¡Anda, tonta, tontona!...

La vaca no se movía:

Imperioso el zagal, la empujó; pero ella rugía, obstinado y resistente, hasta que sacudiendo su corpazo macizo, con brusco soniquero de campanillas, dió media vuelta alrededor del muchacho y se lanzó a correr hacia el bosque.

Quedóse Martín consternado y atónito. Pero no tuvo ni un momento de vacilación; su deber era salvar a *Pinta* de la riada formidable que, sin tardar mucho inundaría por completo el ausar, mecido entre los dos brazos del coloso.

Las otras vacas, dóciles a la costumbre de aquella ruta, acababan de vadear el río con denuedo, y Martín, hostigándolas desde la orilla con gritos y ademanes, las vió andar lentamente camino de la aldea. Entonces corrió en busca de la compañera descarriada, la mejor de su rebaño, aquella en que la familia toda se miraba como en un espejo.

Sonaba el tintineo melódico de la esquila, con placidez de égloga, en la espesura del bosque señero; y guiado por aquel son, el niño halló a la bestia jadeante y asombrada delante del segundo torrente que el río derramaba en el ausar. Le amarró el pastor al collar una cuerda que descinó en la cintura y, riéndola, muy incómodo, la obligó a tornar a la senda conveniente.

La *Pinta* no opuso resistencia; tal vez estaba arrepentida de su insubordinación, a juzgar por las miradas de mansedumbre con que respondía a las amonestaciones severas de Martín.

—¿No ves, bruta, —decíale afligido y razonable— que estamos, como quien dice, en una ínsula...? ¿No ves que todo esto se va a volver un mar, mismamente, y que si te ahogas pierde

mi padre lo menos cuarenta duros?... ¡Pues tendría que ver que no quisieras pasar!...

Esta charla afanosa y el blando soniquete del esquilón daban una nota argentina a la orquesta grave de la riada. Habíase encalmado el viento; dormía, sin duda en algún enorme repliegue de las montañas azules, sobre las cuales temblaba puro el lucero vespertino, arrebolado de nubes rojas.

El bravo corazoncillo de Martín golpeaba inquieto, cada vez que el niño pensaba en el puente liviano del alisal.

Había ensanchado el río atrozmente sus márgenes en el tiempo que el zagal perdiera con la fuga de la *Pinta*; ahora, el vado espumoso y borbollante no remansaba.

Angustiado el niño, viendo crecer la noche en aquel asedio terrible, amarró la vaca a un árbol y trepó a cerciorarse del estado del puente

Pero el puente... ¡había desaparecido!

Martín, anonado, estuvo unos minutos abriendo la boca, en el colmo del estupor, delante de aquella catástrofe irremediable y espantosa. Un velo de lágrimas cayó sobre sus ojos cándidos ¿Qué hacer?... Sintió una necesidad espantosa de pedir socorro a voces, de llorar a gritos; pero la soledad medrosa del paraje y el estruendo de las aguas le dominaron en un pánico mudo, aniquilador. Alzó maquinalmente la mirada al cielo, y la súbita esperanza de un milagro acarició su alma con un roce suave, como un beso; ¡si viniera un ángel a colocar otra vez el puente en su sitio!... Y ensayó unas vagas oraciones, repartidas confusamente entre la Virgen del Carmen y San Antonio.

Pero ¡el ángel no venía; el río seguía creciendo, y la noche cayó impávida y serena, encima de aquella desventura!

Asiéndose entonces a la única posibilidad de salvación, Martín se llegó hasta la *Pinta*, la desamarró y, acariciándola mucho, mucho,



con las manitas temblosas, la echó un delirante discurso, rogándola que vadease el río

y que le salvara. Despacio, con grandes precauciones, según le hablaba, se subió a sus lomos, asiendo siempre la sogá con que le había apresado.

Empezó a creer en la realización del prodigio, porque la bestia, sumisa y complaciente, entró sin vacilar en el agua, llevándole encima. Y llegó a su apogeo el tremendo lance, lleno de temeridad y de horror.

Hundíase el animal en el río espumoso y rugiente, y resbalaba y rugía en el paroxismo del espanto, mientras que el niño abrazándose a la recia carnaza, vacilante, rezaba sollozando, gimiendo unas trémulas palabras, que tan pronto iban dirigidas a Dios como a la *Pinta*.

La tonante voz del río empapaba aquella humilde vocecilla de cristal, cuando el alma candorosa del pastor sintió otra vez el beso del milagro. Dominando el estrépito de la riada, unas voces le llamaban con insistencia; había gente, sin duda, en la otra orilla; le buscaban sus padres, sus vecinos...

Martín se creyó salvado. Alzó la frente en las tinieblas con un movimiento de alegría loca, y, al soltarse del abrazo que daba a la *Pinta*, un golpe de agua le echó a rodar en las espumas del rabión.

Todavía le quedó al zagal una tenue esperanza de vivir; conservaba en su mano la cuerda que la vaca tenía atada al collar. El venaje, de una bárbara fuerza, tiraba del niño hacia abajo: hacia la muerte. La vacona, con la elocuencia brutal de esfuerzos y berridos, tiraba de él hacia la orilla... Pero, ¡podía más el rabión, que ya iba arrastrando al animal detrás del niño!

Entonces él, bravo y generoso en aquel instante supremo, soltó la cuerda y dijo con una voz ronca y extraña:

—¡Arre, *Pinta*!

Aún gritó: ¡Madre! Abrió los brazos, abrió los ojos, abrió la boca; creyó que todo el río se le entraba por ella, turbio y amargo; sintió cómo el vocerío de la corriente, que todo el día le estuvo persiguiendo, le metía ahora por los oídos una estridente carcajada fría y burlesca, como una amenaza que se cumple; y vió, por fin, cómo temblaba en el cielo, entre nubes rojas, el lucero apacible de la tarde... El rabión se le tragó enseguida, inerme y vencido, pobre flor de sacrificio y humildad...

La *Pinta*, dueña de la codiciada margen, miraba con ojos atónitos y mansos a un grupo de gente que la rodeaba y una triste mujer que habiendo recibido en mitad del corazón la postrera palabra de Martín, en trágica respuesta contestaba a grito herido:

—¡Allá voy, allá voy!...

Y corría la infeliz, ribera abajo, a la par del río, hundiéndose en los hierbazales inundados, perdida en la negrura de la noche y en la sima de su dolor...

VOCABULARIO

Rabión.—Parte de un río donde se estrecha el cauce y se hace mucho más violenta la corriente.

Rutilante.—Brillante, resplandeciente.

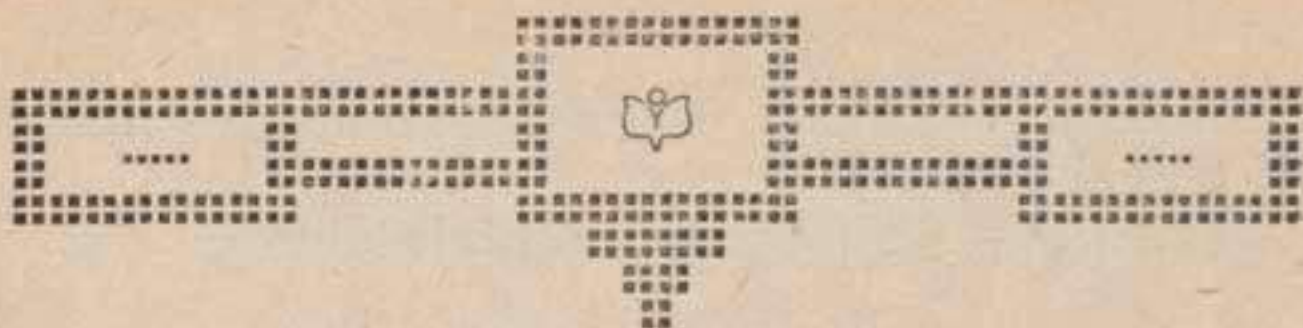
Tresnadas.—Como musculosas.

Cambera.—Como faja de terreno destinada al tránsito de los carros.

Venaje.—Manantial o caudal del río.

Este cuento está tomado de *Pastorelas*. *La esfinge Maragata* y *Agua de nieve*, son las obras más notables de esta original escritora.





POLIFEMO

ARMANDO PALACIO VAL-
DÉS (asturiano). Contem-
poráneo.

El coronel Toledano, por mal nombre Poli-
femo, era un hombre feroz, que gastaba levita
larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa
de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigan-
tesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes
blancos, voz de trueno y corazón de bronce.
Pero aún más que esto, infundía pavor y gri-
ma la mirada torva, sedienta de sangre, de su
ojo único. El coronel era tuerto. En la guerra
de Africa había dado muerte a muchísimos mo-
ros, y se había gozado en arrancarles las en-
trañas aún palpitantes. Esto creíamos al menos
ciegamente todos los chicos que al salir de la
escuela íbamos a jugar al parque de San Fran-
cisco, en la muy noble y heroica ciudad de
Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los
días claros, de doce a dos de la tarde, el im-
placable guerrero. Desde muy lejos columbrá-

bamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragosa, resolando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El coronel era sordo también y no podía hablar sino a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto—decía a cualquiera que le acompañase en el paseo—: Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba, hallábalo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía, por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía. No era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque) parecía estar allí únicamente para abrir ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del coronel poeía. 'Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado!

No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: «¿Se lo habrá merendado ya?» Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían de ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial, que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío, marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras compasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viéramos bailar sobre la flecha de la torre de la catedral. «!Gaspar!» El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los confines del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamase una sirena: «¿Qué quiere usted, tío?», y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Asemás de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo, sin duda, de algún moro



infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mis-

mo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagroso que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Más a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bién: las preferencias de Muley estaban por él. (Los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes, a él se consagraban, en menoscabo de los demás). ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por el animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro ó a las chapas y se

presentaba por allí Muley, ya se sabía, llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas rápidas y llenas de zozobras, fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdarero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó a presencia nuestra el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denomina a la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la deserción de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra, tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aún no estaba contento el hospiciano.

En su mente germinó la idea de llevarse el Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maiz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Que noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en el mundo otras caricias que las de Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos hermanos. Allá al ama-

necer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

—Mira, Muley— dijo en voz baja mostrándole el cardenal.

El perro más compasivo que el hombre, lamíó su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo. Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros, se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?...

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo— repitió el chico con voz más alta.

—¡Hola ¡has sido tú!— dijo el coronel sonriendo ferozmente— ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es?— volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El Coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere—dijo el niño con voz firme.

El Coronel volvió a mirarlo fijamente.

—Está bien—dijo al cabo—. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatela para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocu-

rriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El Coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho..., porque es el único que me quiere en el mundo— gimió Andrés.

—¿Pues de quien eres hijo?— preguntó el Coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo? gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al Coronel demudarse. Abalánzose al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Ténlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo que ladraba de gozo.

VOCABULARIO

Polifemo.—Monstruo fabuloso; el más célebre de los cíclopes o forjadores de los rayos de Júpiter, que como todos, tenía un solo ojo en medio de la frente.

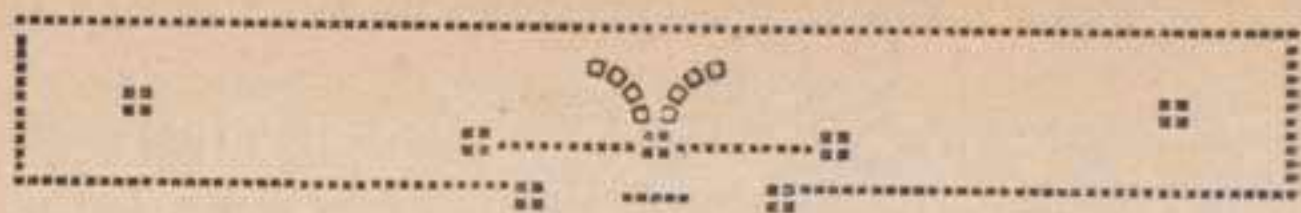
Reviradas.—Torcidas, arrugidas.

Odre.—Vasijas de cuero.

Sirenas.—Monstruos fabulosos, mitad mujeres y mitad peces que con las dulzuras de sus cantos atraían a los navegantes a los escollos.

Este cuento está tomado de una colección publicada en 1914 con el título de *Seducción*.—Entre las bellísimas obras producidas por éste novelista, pueden citarse como típicas *Marta y María* y *La hermana San Sulpicio*.





Los tres Reyes de Oriente

RICARDO LEÓN (malagueño). Contemporáneo.

I

Es la Nochebuena de 1916; una noche glacial, oscura y lúgubres, sin villancicos ni serenatas, sin risas ni crótalos, sin panderetas ni albugues. En el silencio de la tierra triste, sólo se escucha, de tarde en tarde, un zumbido lejano, un ronco tremor que se extiende con aciaga pesadumbre en el aire gélido y sonoro.

Por un camino, en la desierta llanura, viene de Oriente una caravana Bajo el cielo adusto, huérfano de sus claros luminareš, sólo se ven o se adivinan las siluetas; unos caballos vigorosos, unos dromedarios de robusta joroba, tres jinetes. unos bultos informes arrebozados en las tinieblas.

Llegando a cierto lugar donde se juntan otros caminos, la caravana vacila y se detiene. El cielo parece de ébano; la tierra de bronce; el aire, un afilado puñal, y es el silencio tan hondo, que se oye el latir del corazón en las entrañas.

Una luz, verde y cruda, rasga de súbito el horizonte lejano, cunde como una centella, se abre al modo de una rosa y cae deshecha en lágrimas sobre el manto sombrío de la noche. A esta luz siguen muchas semejantes, y a las luces, unos retumbos pavorosos, que hacen temblar la tierra, y a los retumbos, el silencio otra vez.

Y, entonces, la caravana sigue su ruta en las tinieblas ..

II

Un fuerte resplandor alumbró el cielo en Occidente; la llanura se tiñó de roja claridad; los ámbitos se pueblan de voces y tronidos. Es la guerra, que cabalga en su nuevo corcel por los campos europeos; es la muerte, que, en plena Navidad cristiana, viene a arrullar las cunas con el bárbaro son del hierro y de la pólvora, a encender sus infames hogueras en la noche, en la bendita Noche en que se dijo: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...»

Y arden las casas de los hombres, como antorchas de Luzbel, bajo los rayos de la implacable artillería; a la luz de los incendios pasan las muchedumbres de soldados como un fragor de tempestad. Son legiones innumerables de todas las razas y banderas: aquí la cruz, allí la media luna, acá las lises, más allá las águilas, y juntos en la hueste, el casco y el turbante, el capote y el alquicel, los rostros de ébano y de nieve, todos estremecidos por la misma cólera infernal.

Y al paso de estas ciegas multitudes se abren los senos de la tierra, se conmueven las

montañas, crujen los bosques, enrojecen los ríos, flamean los aires y caen las vidas de los hombres como las mieses al golpe de la hoz.

III

La caravana que venía de Oriente pasa otra vez ante el desfile trágico. Rojas lenguas de fuego tiemblan al borde del camino. Una ciudad arde en la noche.

A su siniestro fulgor se descubre la calidad y riqueza de los tres peregrinos viajeros.

Son tres Reyes. El uno es persa; venerable la figura, verdes los ojos, la barba de nieve, majestuosa la actitud. Viste una túnica de púrpura y de oro; ciñe un alfanje con un topacio sobre el puño, y trae sobre la túnica un rico mantón de armiño.

El otro Rey es árabe; tiene la barba negra y ensortijada, los labios gruesos, la nariz de fino dibujo, los ojos negros, grandes y hermosos, en figura de almendra. El sayo es bermejo, bordado con aúreas labores; rojo también el turbante; preciosa la espada, con puño de oro y de rubíes; el manto, azul.

Y el otro Rey, etíope. Es negra su tez, como la endrina, pero elegante el cuerpo y nobles las facciones, alta la frente, aguileña la nariz, muy rojos los labios, puntiaguda la barba, muy blancos los ojos y los dientes, rizo y menudo el cabello, como granos de pimienta. Tiene un vestido blanco, de graciosos pliegues, y es nevada también la *xema* o toga que luce con tornasoles de oro. Trae al cuello desnudo una sarta de corales, y a la cintura, en el verde tahalí, un cuchillo con el puño de oro y esmeraldas.

Vienen los tres Reyes en sendos caballos, negro, blanco y alazán: Síguelos largas servidumbres, con camellos y acémilas, y un carro lleno de pródigos caudales.

IV

Como en el ancho desierto, cuando sopla el simún, se levantan las arenas y, en espantosos torbellinos, giran ardientes, azotan el aire, obscurecen el sol y caen sobre las pobres caravanas, que, unidas en un haz, esperan temblando hallar en las arenas sepultura, así, de pronto, una nube de soldados, hirviente y clamorosa, en ímpetu de simún, llega por trochas y veredas a la ciudad en llamas y cae sobre los tres Reyes peregrinos.

Cercados por la tropa, que ya husmea el regio botín, presa de un ejército alegre y victorioso, ven, con mengua de su noble majestad, cautivos entre lanzas y fusiles, a las tiendas del vencedor.

El cual, un viejo adusto y oguloso, de recios bigotes blancos, y envuelto en una capa gris, los recibe, sin grande cortesía, en su habitación de campaña, toda llena de planos y mapas de colores, erizados de banderitas y alfileres.

—¿Quienes sois vosotros— dice arrogante, el general—, que así os atreveis a pasar las líneas de batalla? ¿Ignoráis, acaso, que en estas líneas no puede, sin grave riesgo, entrar gente forastera o civil? ¿Quienes sois vosotros, simples o traidores, que con tanta llaneza osais venir con armas y mercancías a estos lugares prohibidos? ¿Qué documentos, qué razones abonan vuestra audacia? ¿Sabéis el castigo que aquí se inflige a los espías? Hablad pronto, ex-

tranjeros; decidme quienes sois y de dónde venís; mostradme pasaportes y papeles y agradeced a esta cruz que llevo sobre el pecho, que no os aplique, sin más preguntas ni demoras, el fallo inexorable de nuestra ley marcial.

V

—¿No me conocéis?— reponde el rey anciano—. Es mi nombre Melchor. Soy del Irán, del antiguo y famoso imperio que abatió los orgullosos bríos de Babilonia, reina de las ciudades. Vengo del sacro Elburs, padre de los rios terrestres, cuyas aguas vivas devuelven la juventud y resucitan a los difuntos. He llegado hasta aquí, al través de montañas y desiertos, cruzando las llanuras de la implacable Soledad, las arenas crueles y los pantanos salobres; pero, merced a mis fatigas, traigo inciensos y bálsamos y perfumes de la Ciudad de las Rosas, de los jardines del Tiharán; paños de seda, más finos que el plumón de un ave, sembrados de arabescos y de flores, de leopardos y gace-las; perlas de Ormuz; tisúes de oro y plata, cojines y alcatifas de los bazares de Cliraz... Voy en busca de las tierras apacibles donde reina la paz del Señor, del Aquel que, niño y pobre, nació en un establo de Belén...

—Yo soy Gaspar— dice el segundo rey—. Vengo del Eúfrates y el Tigris, de los bosques gigantes de palmeras, vecinas del mar y del desierto, de las tierras gloriosas y milenarias llenas de ruinas y sepulcros, de los osarios imponentes de la historia, de las ciudades muertas, que aún fatigan al mundo con el eco sonoro de sus nombres! Vengo de Basora y Bagdad, donde aprendí los cuentos de las Mil y una noches; puse a mi tienda entre los pálidos ladrillos de Khorsabad y de Nínive, de Babilonia y

de Seleucia; cargué mis camellos de oro antiguo, de reliquias sagradas, magníficos despojos de los reyes de Siria; traje también yeguas de pura sangre arábiga y asnos blanquísimos, todos cargados de riquezas.

—Soy Baltasar— dice el rey negro—. Yo tengo mi palacio junto a las aguas del Nilo Azul que salta y corre entre lagos volcanes y torrentes, al través del hielo de las cumbres y el fuego de los desiertos y los cráteres. Negro soy porque el sol me abrasó desde la cuna en las tierras bárbaras y esplendorosas de Etiopía. Crucé el mar Rojo; pasé al Yemen, a la Arabia Feliz; seguí las rutas de la Meca, de Medina y Jerusalén; el camino glorioso de Damasco; hallé los tesoros de las antiguas reinas, la de Palmira y la de Saba; dormí a la sombra de los cedros del Líbano; bañé mi rostro en el Jordán y vengo a Europa cargado de púrpura y marfiles, de piedras y maderas preciosas, añejos licores, sándalos, mirras y cinamomos exquisitos, con ofrendas mil para los niños cristianos, para aquellos que aprendieron en la cuna el dulce nombre de Jesús...

* *
*

Con muchas y siniestras carcagadas celebran en el campamento las razones de los Reyes Magos.

—Por fuerza sois —dice un príncipe grave y taciturno que acompaña al general— unos dementes o unos grandísimos socarrones cuando venís hogaño en disfraz de ingenios y candorosos peregrinos, con aire de beatitud y de leyenda, a este mundo senil despedazado por el hierro y por el fuego. La culta, la

cristiana Europa, maestra de cobardes hipocresías; la que destruye a sus propios hijos en nombre de la civilización, del derecho y de la libertad; la que puso una cruz en sus banderas y otra en el puño de sus espadas, hoy ultrajando a Dios, se entrega a una furiosa bacanal de sangre. Ved las antorchas, las músicas y los cantos con que celebra la Navidad de Cristo; ciudades que arden, cañones que retumban, soldados que corren a la muerte lanzando gritos de odio. La paz del Señor sólo reina ya en los sepulcros. Los niños que aprendieron el nombre de Jesús, abandonan sus antiguos juegos y tienden las manos delicadas pidiendo el fusil, un fusil de *veras* que acierte a dar en un corazón. Ya todos saben que los Reyes de Oriente no han de venir, que aquellos Magos misteriosos y benévolos que en otras Pascuas apacibles colmaban de ofrendas los zapatitos del balcón, están ahora en las trincheras y reductos, temblorosos de frío y de nostalgia, deseando matar o morir. El acre incienso de la pólvora embriaga a los hombres, a las mujeres, a los niños; el oro se convierte en plomo, y la mirra en mortíferos gas... Caminantes; si lo sois de buena fé iros a vuestras montañas y desiertos, a los bosques de palmeras, al Nilo Azul, allá donde aún recitan al amor de la lumbre los cuentos de las Mil y una Noche; huid a vuestras tierras bárbaras y remotas y si es que allí, como creo, entraron también las Furias de la discordia y de la muerte, id a otras tierras todavía más salvajes, más escondidas y salvajes, donde jamás se oiga la palabra civilización, donde, a lo menos se maten os hombres francamente, con el sano y des-

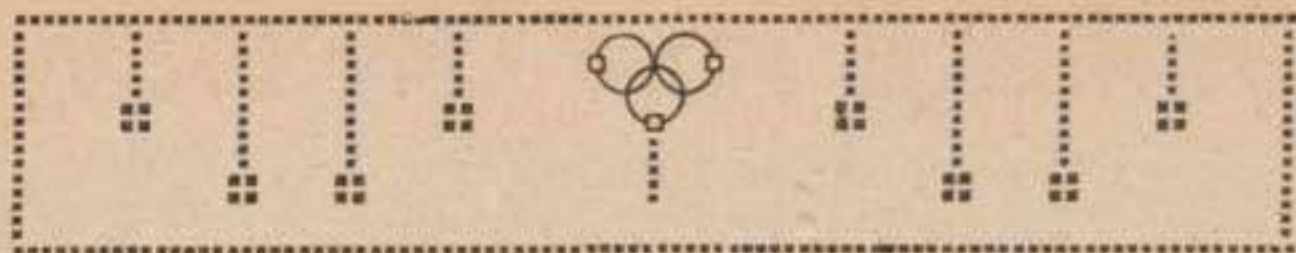
nudo valor de su barbarie, sin decir que se matan por la justicia y el derecho.

—Idos, si —confirma el general— pues a lo que veo sois hombres de bien. Pero quédense aquí vuestros bagajes y preseas, vuestros caballos y tesoros, a fin de que no caigan en manos del enemigo. Tornad a vuestras tierras, como Dios os diere a entender, que har-to salvais con salvar vuestras vidas en estos infiernos de la Europa civilizada...

Y los Reyes Magos, pobres y desnudos, como el divino infante de Belén, se van para siempre, tristes y cabizbajos, haciendo voto de no volver a este mundo por todos los siglos de los siglos.

Tomado de *Cuentos de antaño y hogaño*. Sus obras más notables son: *Casta de hidalgos* y *El amor de los amores*.





LA VIEJA

CATALINA ALBERT. *Victor Catalá* (catalana). Contemporánea.

La habían sacado al corredor, como de costumbre. El hijo se había marchado al trabajo; la nuera al huerto con el pequeño en brazos; la nieta mayor a la costura y el chico y la niña, uno a jugar en la era, en las afueras del pueblo, y la otra a cuidar las aves del corral junto al riachuelo.

En la casa había quedado solamente la vaca en el establo, el cerdo en el chiquero, las gallinas en el patio y la vieja arriba, en el corredor, en medio de canastas con higos secos, ristras de tomates, panochas de trigo e hileras de avellanas.

A las siete de la mañana, cuando la nuera había sacado fuera a la vieja, todavía no daba el sol en aquella parte del corredor; pero a las diez ya se había enseñoreado de más de la mitad, y la pobre mujer, de cara al espacio, clavada como una momia en la silla baja, donde la tenían presa sus miembros muertos e inútiles, miraba distraída a lo lejos.

Hacía ya cinco años que estaba paralítica. Habiendo ido a confesarse al pueblo próximo con un predicador famoso que hacía allí el novenario, cayó en medio de la carretera, los ojos en blanco y la boca torcida. Un carro que iba al mercado, a la hora del alba, casi atropella al pasar aquel bulto blanco y azul—la toca y la falda—y el carrero le avisó con un silbido, porque el animal, con las orejas tiesas, como si olfatease un peligro, se le espantaba. Pero, como el bulto no se movía, el carrero pensó por todos los medios, incluso a patadas y con golpes de vara, ver si despabilaba la modorra de aquel borrachín que dormía la mona en medio del camino.

Al acercarse, vió que era una mujer; la sacudió con el pie y la descubrió la cara, quitándole la toca. Entonces fijóse en aquellos ojos espantados y en la mueca horrible de aquella boca torcida. La vieja no podía hablar, ni mover el brazo y la pierna del lado derecho. Cargó aquel cuerpo como un fardo, colocándolo en el carro, y continuó su jornada hacia el pueblo.

En la calle Mayor le preguntó una mujer:

—Hola, Antonio, ¿qué dices?

—Nada bueno, chica; la vieja de casa del *Rubio* que está herida. La he encontrado en el camino medio muerta y la traigo a su casa.

—¡Buen regalo para el hijo! Se ha quedado inútil y más valía que Dios la llevara.

—Tienes razón; pero ¿qué se le va a hacer?... Vaya, adiós, chica.

—¡Con Dios!

Y el carro siguió adelante, chirriando ásperamente su herraje mal encebado.

De los ojos, espantosamente abiertos de la

vieja, cayeron dos gruesas lágrimas: oía y veía la pobre mujer.

En su casa la recibieron el hijo y la nuera con la sorpresa indignada con se acoge un huésped molesto que no se espera. No porque tuviesen malas entrañas; pero en casa de un campesino, un viejo enfermo que come y no trabaja, es una carga pesada, y en la del *Rubio*, ¡eran ya bastantes bocas!..

Para no dar qué hablar a la gente, le dieron una gota de vino con sal y le untaron las muñecas y el pecho con aceite, mandando enseguida por el confesor. Si había de morirse, ¡alabado sea Dios! Por lo menos que se *fuera* cristianamente. De llamar al médico no se habló; bien sabían que las heridas, cuando son graves, no tienen remedio y los médicos, después de todo, no hacían más que atrapar dinero.

Como no podían confesarla, por haber perdido el conocimiento, se le administró la Extrema-Unción y en la casa quedaron tranquilos.

Al atardecer se dieron cuenta de que la vieja no había comido nada desde el día anterior y le dieron un plato de sopa y una gota de vino. Después se acostaron todos, diciendo a la enferma que si necesitaba algo avisara.

Al día siguiente, la nuera se quedó en casa por si la vieja se moría o no. Al mediodía le dió un plato de sopa con la gotita de vino, y a la tarde otra vez. Los ojos espantados de la enferma parecían querer hablar.

Para que se aireara la habitación, donde dormía la enferma, la nuera abrió la ventana, enrejada, diciendo que allí se iba a padecer

la peste. Al ver la vieja un trozo de cielo, sereno, espléndido, enfiló la mirada más allá de aquellas hórridas paredes que le hacian daño.

Durante su trabajosa vida no había tenido un momento libre para contemplar con ensueño amoroso el cielo.

De ahora en adelante, inútil ya para toda labor en la tierra, lo miraría a su antojo, cariñosamente complacida. Y comenzó a gustar de aquella belleza consoladora que para siempre había de ser su único solaz y su mejor amigo.

La nuera pretextó que a la abuela no le convenía estar metida tanto tiempo en la cama. Los días de buen sol sacábanla al corredor, y los días de lluvia la sentaban junto al hogar. Como ella, la nuera, tenía mucho que hacer, no podía estar exclusivamente al servicio de la vieja. Puso entonces a la pequeña para que la acompañara y la vógilara. Pero, al segundo día, la niña se cansó de mirar con miedo a la abuela, siempre seria e inmóvil, siempre muda y mirando a la lejanía, como si tuviese los ojos de cristal; y la niña, aburrída, acercóse poco a poco a la puerta, y cuando la alcanzó, salió a la calle, prometiéndose para sus adentros no llegar más que hasta la esquina y volver; pero desde la esquina vió un grupo de chiquillos jugando en la plaza, y el corazón le hizo presentir que, si llegaba hasta allí, se encontraría una aguja. Y a la plaza se fué, siguiendo después las aventuras y juegos de los chicos.

Regresó ya anochecido a casa, y su padre no la regañó. Desde entonces ya no hizo más compañía a la abuela. Por la mañana todos salían de casa a sus quehaceres, y en ella



quedaban los cuatro animales y aquel ser paralítico.

Al romper el alba la nuera sacaba la enferma al corredor, dándole después cuatro cucharadas de sopa y un dedo de vino y se marchaba. A la hora de comer, la nieta mayor era quien la cuidaba, y por la noche la nuera la cogía en brazos, la llevaba al lecho y la acostaba. Y hasta el día siguiente.

Y la pobre mujer, que no podía coser ni hacer calceta, ni mover brazos ni piernas, y apenas con fatiga balbucear alguna que otra palabra, la pobre vieja que estaba acostumbrada a ver, toda su vida, como la cosa más natural, que al ser desgraciado y al viejo inútil no se le guarda ningún miramiento, jamás se quejaba de aquel trato duro y sin piedad, en que no había un poco de amor y respeto, y en su cara inexpresiva, de pómulos salientes y boca torcida, no se veía más que un gesto de impasible indiferencia.

Unicamente se le animaba el rostro, relampaguando la mirada, cuando le traían el plato de sopa. La enfermedad había despertado su insaciable voracidad de campesina y su vientre, que hubiese digerido piedras, no se satisfacía nunca. La avidez que expresaba su rostro, y el ansia con que tragaba, eran indicios de que siempre pedía más, mucho más. Pero, no le daban.

Después de comer se pasaba horas y horas sentada en la silla baja, inmóvil y muda, de cara al espacio, con la cabeza erguida, los ojos abiertos y fijos, como si fueran de cristal y las dos manos sobre la falda, con el rosario en la izquierda, la única ágil a no ser por un golpe del carrero que la recogió en el

camino. Pero el golpe había sido tan certero que, lesionándole un nervio; impedíale doblar dos o tres dedos y le había dejado un dolor en el brazo que se agudizaba cuando hacía mal tiempo, y las punzadas eran tan fuertes, que la hacían apretarse los dientes con desesperación angustiosa.

Así pasaba el resto de su mísera vida la vieja de la casa del *Rubio*, paralítica y sola, mirando siempre con fijeza de esfinge, aquel cielo tan azul y hermoso. pero tan lejano para los que sufren.

Nadie adivinaba —ni ella misma dábase cuenta— los extraños pensamientos que rebullían en aquel cerebro primitivo, paralizado por la hemiplegia, ante aquel cielo espléndido, ni qué sensaciones podía despertar el más allá maravilloso que contemplaba siempre su espíritu inquieto y vivo dentro de aquel cuerpo casi muerto y momificado.

Aquel día el sol dábale de lleno. Era un sol de Julio, ardiente como brasa agresiva y quemante. Las moscas, acosadas por el calor, picaban con furia terrible en la cara y en las manos de la vieja; se la comían viva. Ella pestañeaba de vez en cuando para espantarlas, y movía algún dedo de la mano izquierda, como si intentara hacer algo. Pero ni la mano se movía, ni la cabeza tampoco. Las gotas de sudor le corrían rostro abajo, cayendo en el delantal, donde el sol las secaba al instante.

Reinaba una pesada quietud. De tarde en tarde, rompían el silencio el vuelo lejano de un pájaro. el sonar de la campana dando la hora. el golpe de las patas de la vaca en cin-

ta dentro del establo, y el gruñir enrabiscado del cerdo...

Era tiempo de trillas y no se encontraba ni un hombre ni una moza en las casas. Estaban en el campo. En todo el pueblo apenas quedarían media docena de viejos inútiles, acomodados en un rincón de la cocina o a la sombra de las paredes.

A las dos de la tarde sopló una ráfaga de viento y todos quisieron aprovecharla. Hacía un rato que la vaca se removía inquieta, sacudiendo el trozo de cadena, y el cerdo gruñía más que de costumbre, cuando la vieja, inmóvil en su silla, percibió un vaho extraño que venía del patio. Pero, no se sorprendió, puesto que eran muchas las tufaradas que hasta ella llegaban ya del chiquero del cerdo, ya de los granos podridos. Más, al poco rato, una tufarada más fuerte y precisa la hizo estremecer de pies a cabeza. Aspirando ávidamente, como cuando sentía el olor de la sopa, los ojos se la abrieron espantosamente, reflejando una angustia infinita.

Como respondiendo al mirar de la vieja, la vaca lanzó un mugido lastimero, que resonó largamente en el espacio caldeado, y el golpear de la cadena, que sujetaba a la res, ya no cesó desde aquel momento. Las gallinas, por otra parte, comenzaron a revolar asustadizas en el patio, lo mismo que si las persiguiera el zorro...

La vieja comprendió claramente; aquella alarma de las bestias y aquel tufo que percibían lo indicaban: había fuego en casa. Y concentrando sus sentidos, trató de inquirir en qué sitio era el incendio y el alcance que podía tener. De pronto, un chorro de humo entró

por la parte del patio. Los dos o tres dedos ágiles de la mano izquierda de la vieja se agitaron nerviosamente apretando el rosario.

El fuego debía ser en el troje que servía de techo al establo donde estaba la vaca. El día anterior habían almacenado la paja nueva, que crujía reseca y quemaba de tan caliente.

El establo y el troje estaban al fondo de la casa y tenían un tragaluz que daba al patio; una tapia separaba éste del cementerio, y más allá se levantaba la iglesia, tras la cual se escondía la casa del *Rubio*. Por esta razón, la gente que trillaba en las eras no se daría cuenta del fuego y no podría por ende acudir a sofocarlo. Tampoco había esperanza de que acudiera gente, si acertaba alguien a pasar por la calle, pues desde allí no podía advertirse el incendio. No había remedio... La pobre mujer, con la inteligencia esclarecida súbitamente, bajo la impresión de aquel terror supremo, calculó el peligro en un minuto.

Como si fuese una chimenea el ventano de la cuadra que daba al patio, comenzó a despedir humo, espeso, negro, que escaldaba los ojos, invadiendo el patio, y por último el corredor.

En tanto, la vaca, medio asfixiada, rugía incansable tirando con furia de la cadena. El humo debía haber invadido hasta los últimos rincones.

La parálitica quiso gritar, alarmando el barrio desierto, pero la lengua torpe negóse; un balbuceo, con fragmentos de palabras, fué lo que salió de su boca, y en voz tan baja, que no se hubiese oído más allá del corredor.

Al darse cuenta de su irremediable desamparo, la barbilla le tembló con estremecimiento

continuo, y rompió en un gran sollozo desesperado.

Las volutas de humo caliente se extendían sobre el patio, como una nube negra, tapando el cementerio y la iglesia.

De pronto resonó un gran crujido y la vieja sintió estremecerse el corredor bajo sus pies, y una llama inmensa surgió por encima de la pared del patio. La vaca, ciega, enloquecida, debió romper la cadena, porque sus mugidos se oían, sordos y apagados, ya en un rincón ya en otro de la casa.

La vieja, con los ojos desencajados, haciendo un esfuerzo supremo, se puso en pie, su cuerpo se tambaleaba, atrás y adelante, para quedar inmóvil, en completo equilibrio sobre sus piernas rígidas, agarrotadas. El humo la cegaba.

En aquel momento, una ráfaga, tibia, una racha de viento que en las eras fué recibido con gritos de júbilo y saltos de alegría, revolviéndose por toda la casa, sopló en el incendio y salió por el ventano una lluvia de paja encendida, que corrió en todas direcciones, llenando los ojos de la vieja de ceniza caliente.

Ya loca, la pobre enferma intentó huir, haciendo un movimiento de avance. Sus piernas permanecieron clavadas en el suelo y el cuerpo se desplomó.

Como no podía ayudarse con los brazos, cayó pesadamente rostro a tierra. Un chorro de sangre enrojeció el suelo, y un diente le atravesó la lengua.

Ya no se movió, pero pudo aún oír una voz de mujer, limpia, clara, vibrante que gritaba no muy lejos con alarido de espanto;

— ¡Fuego!... ¡fuego en casa del *Rubio*!

Todavía oyó las campanas de la parroquia pidiendo auxilio...

Cuando la gente llegó al pueblo, no halló más que cuatro paredes desnudas y unos trozos de techo a punto de desplomarse. Todo era un montón de ruinas.

Al día siguiente, removiendo los escombros y las cenizas, encontráronse el cerdo tostado, y aquí y allá algún hueso calcinado que no podía asegurarse si fué de la vaca o de la vieja; en el patio había siete u ocho gallinas chamuscadas.

Una semana después entre los ricachos y los campesinos del pueblo se hizo una colecta en favor del *Rubio*, que se había quedado en la mayor miseria.

Todos condolíanse de aquel fuego que había destruído la hacienda entera del pobre hombre; la casucha, el cerdo, la vaca en cinta.

De la vieja nadie habló. Lo que decía la gente.

—¡Bien hizo Dios en llevársela! ¡Para lo que servía en el mundo!...

VOCABULARIO

Esfinge.—Animal fabuloso, con cabeza y pecho de mujer, cuerpo y pies de león.

Hemiplegía.—Parálisis de la mitad del cuerpo.

Troje.—Granero.

(Traducción de *Angel Guerra*).

Tomado de *Vidas trágicas*.
(Biblioteca «Patria»). Como obra notable de esta original autora se pueden citar: *Solitud* (traducida por Francisco Javier Garriga) y *La mare Batena*.



IADIOS, CORDERA!

LEOPOLDO ALAS. *Clarín*
(zamorano). Murió a principios del siglo actual.

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la *Cordera*.

El prao Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus *jícaras* blancas y sus alambres paralelos, a la derecha e izquierda, representaban para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fué atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse la

leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las *jicaras* que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto, y se dejaba resbalar de prisa, hasta tropezar con los pies en el césped.



Rosa, menos audaz, pero enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído

al palo del telégrafo, y minutos, hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables ruidos metálicos que el viento arrancaba en las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón. que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los *papeles* que pasaban, las *cartas* que se escribían por los *hilos*, el lenguaje incomprendible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan lejos, decían a los del otro extremo del mundo: ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La *Cordera*, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos al palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil. que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba el placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma que también tienen los brutos.

Asistía a los juegos de los pastoreitos encargados de *llindarla*, como una abuela. Si pudiera se sonreía al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la *Cordera*, no se extramilitase, no se metiera por la vía del ferrocarril, ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de vez en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar del deleite de no padecer, del dejarse existir: esto era lo que tenía que hacer, y todo lo demás, aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuando le había picado la mosca.

«El *xatu* (el toro), los saltos locos por las praderas adelante... ¡todo estaba tan lejos!» Aquella paz sólo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la *Cordera* vió pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió por prados ajenos, y el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco, se fué acostumbrando al esprébito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una castátrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que los hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fué un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella

emoción de contemplar la marcha vestiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso, era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el *prao* Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbido de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo, mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más oscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la *Cordera*, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde, con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa coincidencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la *Cordera*, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuya testuz parecía una cuna. La *Cordera*, hasta donde es posi-

ble adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expansiva; pero la paciencia con que les toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura y de otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la *Cordera* los imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la *Cordera* tenía que salir *a la gramática*, esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba, y el narvaso para *estrar* el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y Pinín debía la *Cordera* mil industrias que le hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entabla la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la *nación*, y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto,

siempre estaban de parte de la *Cordera*, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego, y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo, a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan. Añádese a todo que la *Cordera* tenía la mejor parte de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la agena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, de incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

* * *

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un *corral* propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la *Cordera*, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vió obligado, para pagar atrasos al *amo*, el dueño de la casería que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la *Corde-
ra*, el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la *Cordera* en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de ramas de maíz. La Chin-

ta, musa de economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

«Cuidadla, es vuestro sustento», parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la *Cordera*; el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *niños*. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la *Cordera* por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos o azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la *Cordera*. «Sin duda, *mío pá* la había llevado al *xitu*». No cabía otra conjetura...

Al obscurecer, Antón y la *Cordera* entraban por la *corrada* mohinos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dió explicaciones pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del

mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedad, dando plazo a la fatalidad. «No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la *Cordera* en lo que vale». Y, por fin, suspirando, si no satisfecho con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguas las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la *Cordera*; un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dió el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso... Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón por una calleja que, entre madre selvas y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

* * *

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no se segaron. A media semana se *personó* el mayordomo en el corral de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas cruel con los *caseiros* atrasados. Antón, que no admitía repri-

mendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

El sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. *La Cordera* fué comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se le hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puaó, ya vendida, ajena, tañando tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testud de la *Cordera*, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

«Se iba la vieja» —pensaba con el alma destrozada Antón el huraño. «Ella, ser era una bestia, pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela».

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. *La Cordera*, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les llevaba su *Cordera*.

El viernes, al obscurecer fué la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la *quintana a la*

Cordera; Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes ¿Qué daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Qué era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar ésto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos. pero viva; feliz... Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de *cucho*, recuerdo para ellos sentimental de la *Cordera* y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto: En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos; hubo de todo. No podían separarse de ella, Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos. y entró en el *corral* obscuro.

Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la *Cordera*, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—¡Bah, bah! *neños*, acá vos digo; basta de *pamemes*! —Así gritaba de lejos al padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la *Cordera*, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el *tintán* pausado de la es-

quila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas:

—¡Adiós, *Cordera!* —gritaba Rosa deshecha en llanto— ¡Adiós *Cordera* de *mio* alma!

—¡Adiós, *Cordera!* —repetía Pinín, no más sereno.

—¡Adiós!— contestó por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea...

* * *

Al día siguiente muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa fueron al *prao* Somonte. Aquella soledad no había sido nunca para ellos, triste; aquel día, el Somonte sin la *Cordera* parecía el desierto.

De repente silbó la máquiuna, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, bislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vaca que pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, *Cordera!*—gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, *Cordera!*—vociferó Pinín con la misma fé, enseñando los puños al tren, que brolaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo.

—La llevan al matadero—carne de vaca para comer los señores... los indianos.

—¡Adiós *Cordera!*

—¡Adiós *Cordera!*

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el

telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones.

—¡Adiós *Cordera!*

—¡Adiós *Cordera!*

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó la guerra carlista.

Una tarde triste de Octubre, Rosa, en el *prao* Somonte sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla tendió los brazos a su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépido de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!—¡Adiós *Cordera!*

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de *mío* alma!

«Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo.

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo el tren per-

derse a lo lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos.

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el *prao* Somonte.

—¡Adiós, Pinín! Adiós *Cordera*!

Con que odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡oh! bien hacía la *Cordera* en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta de Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante.

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, *Cordera*!

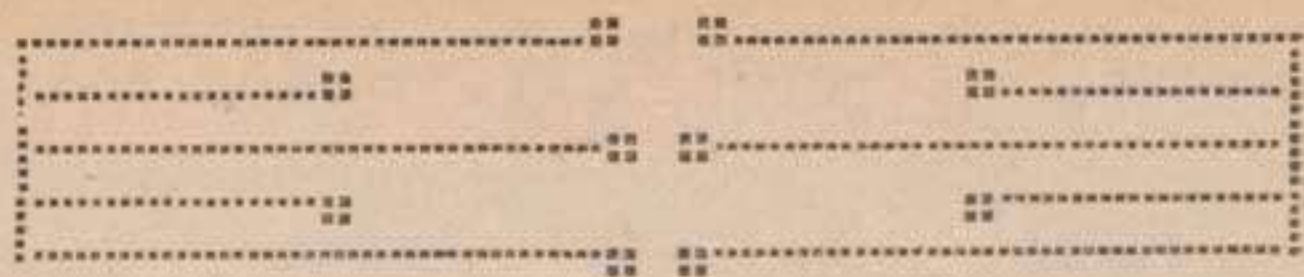
VOCABULARIO

Narvaso.—Caña u hojas de maiz.

Sofisma.—Razón aparente, argumento falso.

Abroquelaba.—Como defenderse con algo.

Tomado de la Antología publicada por la Casa Garnier.— Sus obras más notables son *La Regenta* y *Su único hijo*.



== LA SIMA ==

Pío BAROJA (vascongado). Contemporáneo.

El paraje era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azuladoplomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrías de nieve.

El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la sima del alto de las Pedrizas, donde se yergue, como gigante centinela de granito, el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zajonas de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza y en la mano, negruzca como la garrá de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre toscó y primitivo: sus mejillas, rugosas como la corteza de una vieja encina, estaban en parte cubiertas por

la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín, hacía zumbiar la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros con un grito estridente, como un relincho, terminado en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlesca, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte, laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas, de los matorrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, junto al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anochecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de las montañas; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacarado del cielo, y al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantescos cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz tibia del crepúsculo. Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los perros, el ulubar del aire; y todos estos rumores, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desola-

ción del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

—Volvamos, muchacho —dijo el pastor.— El sol se esconde.

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, enarboló su cayado, golpeó el suelo, dió gritos y arrojó piedras, hasta que fué reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompañado, el alegre campanilleo de las esquilas.

—¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de la tía Remedios va en el rebaño? —preguntó el pastor.

—Lo vide, abuelo —repuso el muchacho.

—Hay que tener ojo con esé animal, porque malos dimoños me lleven si no le tengo malquerencia a esa bestia.

—¿Y eso por qué vos pasa, abuelo?

—¿No sabes que la tía Remedios tié fama de bruja en tó el lugar?

—¿Y eso será verdad, abuelo?

—Así lo ha dicho el sasristán, la otra vegada que estuve en el lugar. Añaden que aoja a las prersonas y a las bestias y que da bebedizos. Diz que le veyeron por los aires entre bandadas de culebros.

El pastor siguió contando lo que de la vieja decían en la aldea, y de este modo depariendo con su nieto, bajaron ambos por el monte, de la senda a la vereda, de la vereda al camino, hasta detenerse junto a la puerta de un cercado. Veíase desde aquí hacía abajo

la gran hondonada del valle, a lo lejos brillaba la cinta de plata del río, junto a ella adivinábase la aldea envuelta en neblinas; y a poca distancia, sobre la falda de una montaña, se destacaban las ruinas del antiguo castillo de los señores del pueblo.

—Abre el zarzo, muchacho—gritó el pastor al zagal.

Este retiró los palos de la talanguera, y las cabras comenzaron a pasar por la puerta del cercado, estrujándose unas contra otras: Asustóse en esto unos de los animales, y apartándose del camino, echó a correr monte abajo velozmente.

—¡Recontra! es el chivo de la tía Remedios—dijo el zagal.

—Corre, corre tras él, muchacho—gritó el viejo; y luego azuzó al mastín, para que persiguiera al animal herido.

—¡Anda, Lobo! ves a buscallo.

El mastín lanzó un ladrido sordo, y partió como una flecha.

—¡Anda! ¡Alcánzale!—siguió gritando el pastor—¡Anda ahí!

El macho cabrío saltaba de piedra en piedra como una pelota de goma; a veces se volvía a mirar para atrás, alto, erguido, con sus lanas negras y su gran perilla diabólica. Se escondía entre los matorrales de zarza y de retama, e iba haciendo cabriolas y dando saltos.

El perro iba tras él; ganaba terreno con dificultad; el zagal seguía a los dos, comprendiendo que la persecución había de concluir pronto, pues la parte abrupta del monte terminaba a poca distancia en un descampado en cuesta. Al llegar allí, vió el zagal al macho cabrío, que corría desesperadamente perseguido por el pe-

rro, luego le vió acercarse sobre un montón de rocas y desaparecer entre ellas. Había cerca de las rocas una cueva que, según algunos, era muy profunda, y sospechando que el animal se habría caído allí, el muchacho se asomó a mirar por la boca de la caverna. Sobre un rellano de la pared de ésta, cubierto de matas, estaba el macho cabrío.

El zagal intentó agarrarle por un cuerno, tendiéndose de bruces al borde la cavidad; pero viendo lo imposible del intento, volvió al lugar donde se hallaba el pastor y le contó lo sucedido.

—¡Maldita bestia!—murmuró el viejo—Agora volveremos, zagal. Habemmos primero de meter el rebaño en el redil.

Encerraron entre los dos las cabras, y después de hecho esto, el pastor y su nieto bajaron hacia el descampado y se acercaron al borde de la sima. El chivo seguía de pié sobre las matas. El perro le ladraba desde fuera sordamente.

—Dadme vos la mano, abuelo. Yo me abajaré—dijo el zagal.

—¡Cuidiao, muchacho! Tengo gran miedo de que te vayas a caer.

—Descuidad vos, abuelo.

El zagal apartó las malezas de la boca de la cueva, se sentó a la orilla, dió a pulso una vuelta hasta sostenerse con las manos en el borde mismo de la oquedad, y resbaló con los piés por la pared de la misma, hasta afianzarlos en uno de los tajos salientes de su entrada. Empuñó el cuerno de la bestia con una mano, y tiró de él. El animal, al verse agarrado, dió tan tremenda sacudida hacia atrás, que perdió sus piés; cayó y en su caída arrastró al mucha-

cho al fondo del abismo. No se oyó ni un grito, ni una queja, ni el rumor más leve.

El viejo se asomó a la boca de la caverna.

—¡Zagal, zagal!—gritó con desesperación.

Nada, no se oía nada.

—¡Zagal! ¡Zagal!

Parecía oírse, mezclado en el murmullo del viento, un balido doloroso, que subía desde el fondo de la caverna.

Loco, trastornado durante algunos instantes, el pastor vacilaba en tomar una resolución; luego se le ocurrió pedir socorro a los demás cabreros, y echó a correr hacia el castillo.

Este parecía hallarse a un paso; pero estaba a media hora de camino, aún marchando a campo traviesa; era un castillo ojival derruido; se levantaba sobre el descampado de un monte; la penumbra ocultaba su devastación y su ruina y en el ambiente del crepúsculo parecía erguirse y tomar proporciones fantásticas.

El viejo caminaba jadeante. Iba avanzando la noche; el cielo se llenaba de estrellas; un lucero brillaba con su luz de plata por encima de un monte, dulce y soñadora pupila que contemplaba el valle.

El viejo, al llegar junto al castillo, subió a él por una estrecha calzada; atravesó la derruida escarpa y por la gótica puerta entró en un patio lleno de escombros, formado por cuatro paredones agrietados, únicos restos de la antigua mansión señorial.

En el hueco de la escalera de la torre, dentro de un cobertizo hecho con estacas y paja, se veían a la luz de un candil humeante diez o doce hombres, rústicos pastores y cabreros, agrupados en derredor de unos tizones encendidos.

El viejo balbuceando, les contó lo que había pasado. Levantáronse los hombres, cogió uno de ellos una soga del suelo y salieron del castillo. Dirigidos por el viejo, fueron camino del descampado en donde se hallaba la cueva.

La coincidencia de ser el macho cabrío de la vieja hechicera el que había arrastrado al zagal al fondo de la cueva tomaba en la imaginación de los cabreros grandes y extrañas proporciones.

—¡Y si esa bestia fuera el demonio! — dijo uno.

—Bien podría ser— repuso otro.

Todos se miraron espantados.

Se había levantado la luna; densas nubes negras, como rebaño de seres monstruosos, corrían por el cielo; oíase alborotado rumor de esquilas; brillaban en la lejanía las hogueras de los pastores.

Llegaron al descampado, y fueron acercándose a la sima con el corazón palpitante. Encendió uno de ellos un brazado de ramas secas y lo asomó a la boca de la caverna. El fuego iluminó las paredes erizadas de tajos y de pedruscos; una nube de murciélagos despavoridos se levantó y comenzó a revolotear en el aire.

—¿Quién abaja?— preguntó el pastor con voz apagada.

Todos vacilaron; hasta que uno de los mozos indicó que bajaría él, ya que nadie se prestaba. Se ató la soga por la cintura, le dieron una antorcha encendida de ramas de abeto, que cogió de una mano, se acercó a la sima y desapareció en ella. Los de arriba fueron bajándole poco a poco; la caverna debía de ser muy honda, porque se largaba cuerda sin que el mozo diera señal de haber llegado.

De repente la cuerda se agitó bruscamente; oyéronse gritos en el fondo del agujero; comenzaron los de arriba a tirar de la soga y subieron al mozo más muerto que vivo. La antorcha en su mano estaba apagada.

—¿Que viste? ¿Que viste?—le preguntaron todos.

—Vide al diablo, todo vermeyo, todo vermeyo.

El terror de éste se comunicó a los demás cabreros.

—No abaja nadie—murmuró desolado el pastor—¿Vais a dejar morir al pobre zagal?

—Ved, abuelo, que ésta es una cueva del dimoño—dijo uno—Abajad vos si queréis.

El viejo se ató decidido la cuerda a la cintura y se acercó al borde del negro agujero.

Oyóse en aquel momento vago y lejano, como la voz de un ser sobrenatural. Las piernas del viejo vacilaron.

—No me atrevo... Yo tampoco me atrevo—dijo.

Y comenzó a sollozar amargamente.

Los cabreros, silenciosos, miraban sombríos al viejo. Al paso de los rebaños hacia la aldea, los pastores que les guardaban acercábanse al grupo formado alrededor de la sima, y al enterarse de lo ocurrido, rezaban en silencio, se persignaban varias veces y seguían su camino hacia el pueblo.

Se habían reunido junto a los pastores, mujeres y hombres, que cuchicheaban comentando el suceso. Llenos todos de curiosidad, miraban la boca negra de la caverna y absortos oían el murmullo que escapaba de ella, vago, lejano y misterioso.

Iba entrando la noche. La gente permane-

cía allí, presa de la mayor curiosidad. Oyóse de pronto el sonido de una campanilla, y la gente se dirigió hacia un lugar alto para ver lo que era. Vieron al cura del pueblo, que ascendía por el monte, acompañado del sacristán, a la luz de un farol que llevaba este último. Un cabrero les había encontrado en el camino, y les contó lo que pasaba.

Al ver al Viático, los hombres y las mujeres encendieron antorchas y se arrodillaron todos. A la luz sangrienta de las teas se vió al sacerdote acercarse hacia el abismo. El viejo pastor lloraba con un hipo convulsivo. Con la cabeza inclinada hacia el pecho, el cura empezó a rezar el oficio de difuntos: contestábanle murmurando a coro hombres y mujeres una triste salmodia; chisporroteaban y crepitaban las teas humeantes, y a veces en un momento de silencio, se oía el quejido misterioso que escapaba de la cueva, vago y lejano.

Concluídas las oraciones, el cura se retiró, y tras de él las mujeres y los hombres, que iban sosteniendo al viejo, para alejarle de aquel lugar maldito.

* * *

Y en tres días y en tres noches se oyeron lamentos y quejidos, vagos, lejanos y misteriosos, que salían del fondo de la sima.

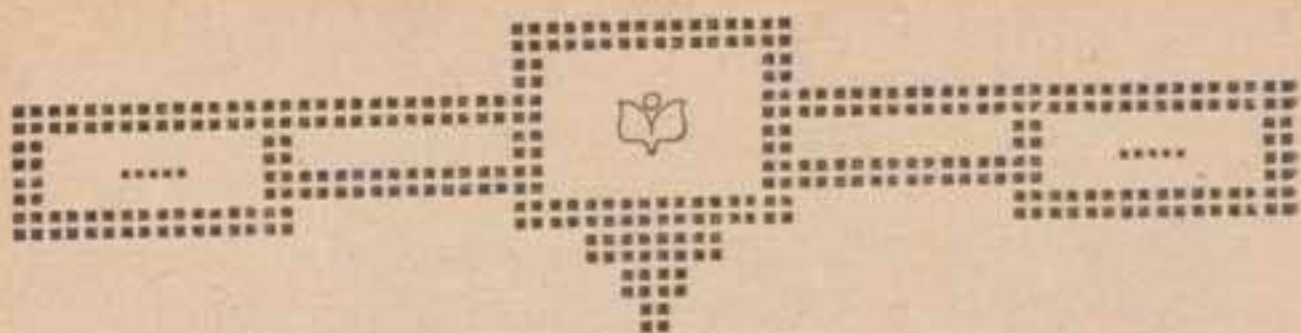
VOCABULARIO

Ingentes.—Muy grandes, enormes.

Talanquera.—Cercado, pared de cañas.

Tomado de *Vidas sombrías*
Zalacain el aventurero y *El*
arbol de la ciencia, son segun-
ramente las dos mejores
obras de este fecundo es-
critor.





La nostalgia de la cuna

ANTONIO ZOZAYA.- (Ma-
drileño).—Contemporá-
neo.



I

Vais a oír una historia extraña, quizá inverosímil; pero verdadera ¿Cómo puede ser cierto lo inverosímil? Siendo profundamente humano. Pero, silencio, amigos míos, que va a hablar llana y sencillamente el narrador, que es al propio tiempo el protagonista.

—Durante seis años, mi casa de Méjico aumentó de tal modo sus ganancias, que el capital llegó a triplicarse. La importación de maquinaria, negocio a que me guió mi instinto comercial, adquirió extraordinario aumento en el país y su resultado hubo de superar mis esperanzas, habido en cuenta el considerable margen de los beneficios. Pero tuve que confesarme que la mayor parte del éxito se debía a mi dependiente mayor, un muchacho gallego, inteligente, laborioso, honrado y de tan austeras costumbres como no superadas perspicacias.

Federico, que tal era su nombre, había llegado a Méjico sin capital alguno, casi al mismo tiempo que yo desembarcaba, dispuesto a emplear en una industria productiva las cien mil pesetas que mi tutor había sabido conservarme durante la menor edad. Porque yo era huérfano. Mi niñez había transcurrido en las melancólicas soledades de un internado. Así, cuando cumplí los veintitrés años y mi bondadoso tutor desapareció del mundo de los vivos, no experimenté el menor deseo de permanecer en mi patria, a que no me ligaba el menor personal afecto. Emigré decidido a trabajar de firme, y la fortuna coronó mis esfuerzos y mis vigiliass.

Tenía Federico próximamente mi misma edad. Pero su situación era harto diferente. Ante todo, era pobre, y al morir su padre, labrador humilde, que Dios sabe a costa de cuantas fatigas y sacrificios le había dado la modesta carrera de comercio, adoptó una resolución enérgica; la de no ser para su infeliz madre una carga, dejarla al cuidado de unos parientes cariñosos y honrados, que administrasen su humildísima herencia, y partir para América a trabajar denonadamente para adquirir un caudal modesto, pero suficiente a librar de preocupaciones y agobios los últimos años de su viejecita.

Llegué a tomar al pobre muchacho extraordinario y sincero cariño. Serio, reconcentrado, pero lleno de una transparente y angelical bondad, su conducta era ejemplarísima. Para él no existía el descanso, ni siquiera la menor diversión. Su idea fija era volver pronto a la aldea, a los brazos de su anciana madre, y para ello trabajar día y noche hasta

reunir la pequeña suma que necesitaba. Esta obsesión lo llevó a desvelos y melancolías, que me hicieron temer por su salud. Le insté repetidas veces para que se procurase algún solaz honesto; pero él no hizo caso de mis advertencias. Únicamente los domingos se me parecía radiante, llevando en sus manos un pliego escrito a máquina. Lo apretaba victoriosamente, y me decía lleno de júbilo:

—Acabo de escribir a mi viejecita.

Era un cariño vehementísimo, una adoración sin precedentes la que Federico profesaba a la pobre aldeana. Yo, que no había conocido a mi madre, y que había llorado esta falta muchísimas veces con lágrimas amargas, sentía por aquel cariño filial un supersticioso respeto.

—Si supiera que yo no iba a volver—me decía Federico—, moriría inmediatamente.

Todos los años, al llegar el balance, aumentaba yo la retribución de Federico; pero él la dejaba en caja casi íntegra. A los seis años tenía en mi poder tres mil pesos suyos, y le anuncié que, en el próximo, tendría participación en los beneficios.

Federico rió, y lloró y besó mis manos. Él necesitaba muy poco. Con otro tanto capital volvería al amado terruño y vería a su madre.

—¡Una madre!-exclamaba ¡No hay nada más grande, don Ricardo! Llegué a interesarme por la pobre vieja de un modo profundo y cordial.

—Volverás a verla— le decía—, y te haré para ella un regalo espléndido.

Pero Dios dispone. Un día Federico cayó en cama enfermo con una bronconeumonía. Llamé a los mejores médicos de la capital, y formularon un grave pronóstico. Al septenario, mi

dependiente comprendió su situación verdadera.

—Yo voy a morirme, don Ricardo—, me dijo, con la faz desencajada.

—¿Qué has de morirme?— contesté.— Tú vivirás, para hacerte rico y volver a los brazos de tu madre.

El pobre muchacho sollozó.

—¡Por Dios!— murmuró casi desfallecido—, si me muero, que no se lo digan; no viviría una semana más.

Me asusté; llamé nuevos doctores a consulta. Todo fué inútil. A los dos días, Federico se había trasladado al mundo inmaterial, en que no hay dolores ni ausencias.

II

Cumplido el penoso deber de dar sepultura a mi infeliz amigo, me sobrecogió la idea de tener que participar la desgracia a su madre. Cogí entre los dedos la pluma, y me aterró el pensamiento de cometer un asesinato. Durante tres días no pude dormir, meditando la importancia del paso que iba a dar. Por fin, llegó el domingo, y se me ocurrió una idea extraña, absurda, pero llena de unción y piedad.

¿Por qué no aplazar la noticia?— me pregunté—. ¿A quién perjudicaría una farsa inocente, cuyo resultado sería conservar la vida a una madre?

Y lleno de turbación llegué hasta la máquina de escribir, y redacté una carta como aquellas que solía escribir Federico con los ojos llenos de lágrimas. Puse en ella todo el afecto y la ternura de un hijo. Le dije que su salud era excelente, que desde aquel año tenía participa-

ción en los beneficios y, que muy pronto volvería a su lado. Firmé como el hijo lo hubiera hecho y encerré, temblando, la carta en un sobre, en que escribí las señas de la pobre aldeana.

Provincia de Luzo.

Sra. Ana María Conceiro

Por Navia

Villapardín.

Deposité la carta en el buzón, y me pareció que había cometido una iniquidad. Pero luego me tranquilicé ¿No cumpliría así los deseos de Federico? «¡Qué no se lo digan!» — sollozó casi moribundo. Los encargos de los moribundos se cumplen.

A los ocho días el conflicto se me presentó con caracteres mucho más graves. Yo tenía en mi poder tres mil pesos de Federico ¿Podía detentarlos? ¿Y con qué pretexto se los enviaría a la anciana? ¿No le haría esto sospechar y fijarse en la defectuosa imitación de la firma? Recordé entonces mi propósito de hacer un viaje por España. Lo mejor era esperar esta ocasión para preparar a la pobre vieja y decirle yo mismo la verdad con todo género de precauciones. Siempre fuí muy vehemente, y además, esta preocupación me absorbía.

Siempre en nombre de Federico, anuncié a su madre el viaje de su principal, quien le llevaría de su parte algunos ahorros. Jamás ca-

ta alguna fué escrita en términos más cariñosos y sentidos. Yo mismo quedé sorprendido de mi literatura epistolar. Parecía que yo era Federico y que su madre era la mía propia. Firmé con el nombre del infortunado, y deposité la nueva misiva en el correo.

Repitióse todavía el engaño unas cuantas semanas. Pero mi impaciencia era extrema y decidí partir para Europa. Hice mi equipaje, y un nuevo inconveniente me sobresaltó. Durante mi ausencia de Méjico ¿quién imitaría las cartas de Federico? Dejé doce escritas, con diferentes fechas, imitando la firma de mi dependiente y tres días después, me instalaba en un camarote del *Queen Regine*, de la Steam Navigation Company.

III

Invertí una quincena en hacer mis compras en Inglaterra. Pero, ni más ni menos que si fuera yo Federico, sentía un ansia indescriptible por llegar a Villapardín. Soñaba con el día, ya próximo, en que había de estrechar en sus brazos a la desgraciada y santa Ana María.

Y el día llegó. Fué un día disanto perfumado y luminoso de Abril. La campiña gallega me pareció cual ninguna riente, sus perspectivas plácidas y helénicas, como escogidas para el encanto de la vida rústica patriarcal. Me cautivó la paz virgiliana de aquellos fundos, acaso paupérrimos, pero llenos de un aire patriarcal que los hacía tan simpáticos como eran humildes. Pregunté por Ana María, y un chicuelo desarrapado me señaló las lindes de una huerta, en cuyo extremo se alzaba una

casita alegre y bañada por los rayos del sol. Una chicuela afable me recibió, y, una vez conocido mi nombre avisó a la aldeana.

Era ésta una anciana pulcra y nivea, como una madeja de lino. En su rostro albísimo se veían las huellas de un pesar continuado y lento. Se presentó temblando apoyada en un báculo. Al verme se arrojó a mis piés y rompió a llorar.

Temí que conociera la infausta noticia. Pero no; la infeliz creía que su hijo seguía bueno y sano. Me preguntó por él, trémula, y con una emoción tan intensa, que, desde luego, comprendí que comunicarle la catástrofe sería un verdadero crimen.

— ¡Me moriría si no tuviera la esperanza de volver a verlo, señor!

Decidí permanecer a su lado unos días, en espera de una ocasión más favorable. La viejecita, al conocer mi propósito, se sintió anodada.

Era para ella demasiado honor. ¡Virgen del Robledal! Con una actividad de que parecía incapaz, me preparó una habitación, limpia como el oro, y una cama que me pareció mucho más blanda que la de mi casa de Méjico. Ella misma me trajo un tazón de leche, humeante y azucarada. ¿Como darle la infausta nueva?

Y así transeurrieron muchos días. La anciana cada vez más solícita y yo cada vez más turbado. Confieso que no sentía el menor deseo de abandonar Villapardín. Por primera vez era objeto de los afectos maternales, y, en mi sempiterna orfandad, esta nueva vida me hacía gustar placeres intensos y delicadísimos. Un día la entregué el dinero, y ella besó de nuevo mis manos llorando. ¿Que haría ella con tanta ri-

queza? La guardaría para su hijo, para su Federico del alma, a quien volvería a ver rico y satisfecho, gracias a su generoso protector.

Llegó el día de abandonarla. Me abrazó la infeliz y besó mis mejillas, como pudiera hacerlo una madre. Esta vez fuí yo quien lloró. Salió a despedirme hasta los últimos caseríos.

—¿Volverá, señor? ¿Me da palabra de que volverá?

Se lo juré solemnemente y partí.

Un mes después estaba en mi oficina de Méjico, más triste, más desconsolado que nunca. Por primera vez me sentía huérfano y desamparado en el mundo.

IV

—¿He de decirles que el correo siguió cursando la correspondencia de Federico? Pero a todos sus cartas acompañaba otras mías, y éstas eran más tiernas, más sentidas, más llenas de promesas y de ósculos. Continuando la piadosa mentira, separé cuidadosamente en caja las participaciones de mi dependiente. ¿No era á él a quien debía las únicas satisfacciones de mi existencia aburrida y monótona?

Y la anciana contestaba a mis cartas como si tuviera un hijo más. Y me pedía que volviera a pasar con ella otros cuantos días, ya que Federico no podía por entonces volver.

Y volví. ¿No había sido, en fin de cuentas, reproductivo mi viaje a Europa? Volví al año siguiente, y torné a estrechar a la anciana en mis brazos, y ella de nuevo me prodigó sus tiernas y maternales caricias. Hice que me llamara de tú, en memoria de Federico. La partida fué esta vez más amarga. Se apoyó en

mi brazo, temblando, e inclinando su cabeza en mi hombro me dijo:

—¡Quien sabe si volveré a verte!

Juré volver a verla. Aquel año comencé a liquidar mis negocios sin saber por qué. En una de las cartas a Federico leí un día con intensa emoción:

«Quiero tanto a Ricardo como a ti»

Llegada que fué la primavera, sentí la nostalgia de los campos azules y las maternales caricias. Durante la travesía estuve inquieto y sobresaltado, como si mi porvenir hubiera de decidirse en un grande y supremo minuto.

Ana María me esperaba trémula y, al verme, se arrojó a mis brazos. Yo la oprimí frenéticamente contra mi corazón.

Pero aquello debía terminar. Le dije que Federico estaba enfermo. ¡Dios sabe el trabajo con que fuí preparando la herida mortal! Además, yo sentía en el fondo de mi corazón una pasión infame, algo como celos del muerto que me usurpaba un cariño a que yo no tenía derecho. Me hice reconcentrado, taciturno. Un día en que la anciana no me habló sino de Federico, sentí el rencor odioso y... ¡perdón!, aquel día le di la tremenda noticia.

Ana María cayó desplomada. La conduje a su lecho y durante un mes la ví, aterrorizado, luchar con la muerte.

Por fin convaleció. Apoyada en mi brazo salió al aire libre. Era la hora crepuscular; los pájaros corrían a esconderse a sus nidos. La campana de la iglesia dejaba caer en el ambiente perfumado el toque lento y melancólico de las oraciones.

La anciana estrechaba mi mano con angustia.

Yo la sentía estremecerse como una planta delicada azotada por el vendabal.

De pronto rompió en un llanto desconsolado, ruidoso, inconsolable. Yo la abracé con frenesí.

—¡Por Dios, hijo mío— sollozó—, no me dejes ahora!

Y no la dejé, y allí estoy.

VOCABULARIO

Protagonista.— El personaje principal del cuento; aquí Federico.

Solaz.— Descanso, placer honesto.

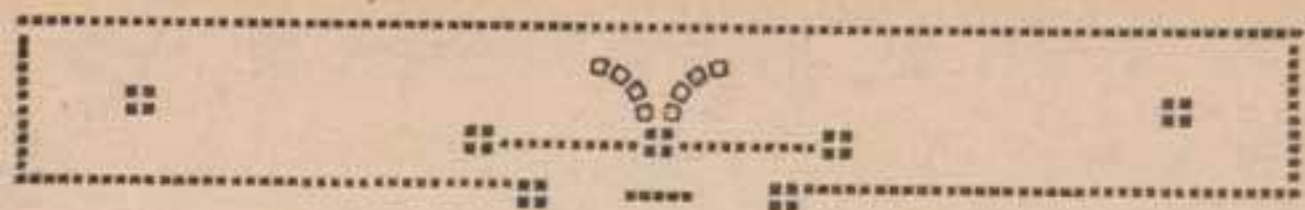
Helénicas.— Serenas, apacibles.

Fundos.— Fincas rústicas.

Báculo.— Palo o cayado.

Tomado de *Cuentos y escenas que no son de amores*. Sus obras más notables son: *La dictadora* y *El huerto de Epicuro*.





== EL OIDOR ⁽¹⁾ ==
(CHASCARRILLO) ⁽²⁾

DON JUAN GUALBERTO
LÓPEZ VALDEMORO.-Con-
de de las Navas (Malague-
ño). Contemporáneo.

Camino de Madrid, y a la puerta de un ven-
torro, se encontraron hace mucho tiempo un
asturiano y un gallego.

Importa poco que fuese al amanecer o a la
caída de la tarde.

Cabalgada el descendiente de Pelayo en una
mula de paso —que lo tenía muy bueno,— iba
provisto de sendas y repletas alforjas, y prego-
nando, por su aire y arreos, el bienestar y
rumbo de la persona.

Calzaba el galáico miserables alpargatas, que
se reían a carcajadas por puntas y talones, tra-
yendo al extremo de un palo sobre el hombro,
con los zapatos remendados, el resto del equi-
paje metido en un sucio pañolón de hierbas.

(1) Magistrado que en las antiguas audiencias oía y
sentenciaba las causas y los pleitos.

(2) De la cosecha de un General muy simpático, jere-
zano y procedente del arma de Caballería.

Echó pie a tierra el astur, ató la mula a un poste del fementido emparrado, que cobijaba la puerta del ventorro, y, después de sentarse delante de una mesilla coja, pidió pan tierno, vino moro, aceitunas zapateras y fruta del tiempo.

De las alforjas sacó luego mucho y bueno, dejándolas en poco tiempo bastante mermadas.

A corta distancia del caballero (le llamo así por la mula), sin perderle de vista, sentado en un poyo, roía el gallego un gran zoquete para engañar las cebollas del manajo acabado de mercar en el propio ventorrillo.

El asturiano, mientras guardaba en las alforjas los restos del festín, dejó caer un grueso cayado de parriza que tenía entre las piernas; precipitóse el gallego a levantarlo del suelo; mediaron los consiguientes cumplimientos, y todo ello fué parte a que entraran en conversación.

—¿A dónde, bueno? —preguntó el astur.

—A la corte, señor.

—¿Vienes de Galicia, eh?

—De Carril, de donde soy, mi amo.

—Pues también yo me encamino a los Madriles.

—¿A holgarse va su merced?

—A cosa de unos pícaros pleitos que tengo en la Chancillería; ¿y tú?

Quedóse el gallego un instante suspenso y adoptando un aire compungido, respondió, bajando la cabeza.

—Llévame, señor, el deseo de ver a mi hijo, que partióse de la tierra hace años y dijéronme, que hizo fortuna, llegando a... a...

—¿A qué?

Paréceme que a oídor.

No en saeo roto, sino en las insondables alforjas echó el asturiano la noticia, y desde aquel punto trató de ganarse la voluntad del mísero gallego.

A ratos le permitía montar a las ancas durante las jornadas penosas, convidávale a cenar en una posada y en otra pagaba la cama, librándole así de dormir en el pajar, en el patio o en las cuadras.

Por último, hasta el término del viaje, todas las copas y vasos, en puestos y ventorrillos en donde paraban un momento a remojar el gaznate, fueron de cuenta del asturiano.

Mostróse el gallego profundamente agradecido; pero sin abusar nunca de la confianza que le daba el astur, ni perder su aire humilde y encogido.

El de Cangas le refirió ce por ce toda la historia de aquellos endiablados pleitos, en los que se jugaba buena parte de su hacienda, y el de Carril ofreció servirle en cuanto pudiera, cerca del Oidor.

—No fué poca fortuna toparme con este pobrete —pensaba el astur.

—Paréceme que no hago mal viaje —decía para su montera el farruco— y tómelo por donde quiera, las gollerías con que me regala no ha de sacármelas del cuerpo.

Así, muy buenos amigos, paso tras paso, camelandando Tirso y dejándose querer Santiago, llegaron juntos a las puertas de la villa y corte el de Cangas y el de Carril.

—Ea, Santiago, hasta la vista, que será pronto

—Con Dios vaya mi Sr. D. Tirso, y El le pague las mercedes que me hizo, que yo no puedo, aunque mucho lo deseo.

—¡Quién habla de eso, hombre! ¡Ah! Dime:

¿en dónde te encuentro para que vayamos juntos a ver a tú hijo?

—¿Al Oídor?

—¡Claro!

—Pues mire, señor, ahora que bien lo pienso, no estoy seguro si mi *hijo es Oídor... u aguador* no más.

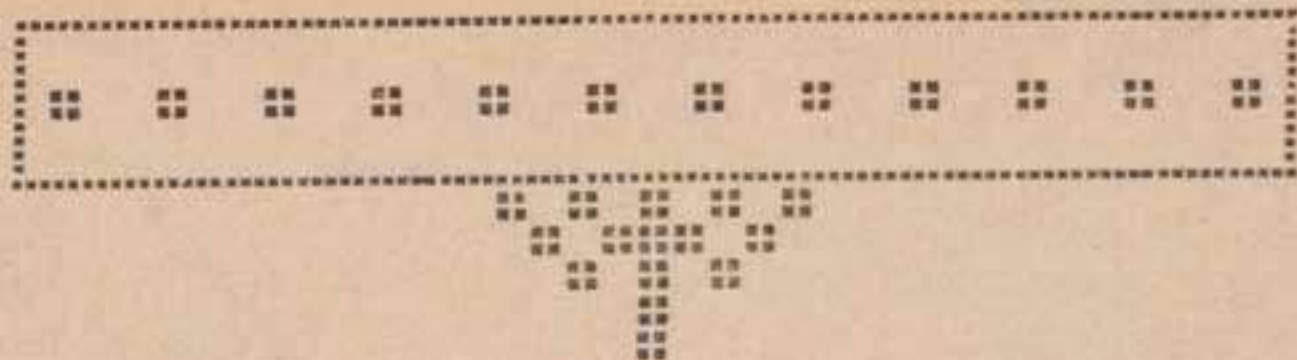
VOCABULARIO

Parriza.—Procedente del tronco de parra silvestre.

Chancillería.—Tribunal superior de justicia a donde se apelaba —como hoy en el Supremo— de todas las causas de los demás tribunales.

Tomado de *La Decena*. Sus obras más notables son: *La docena del fraile*, *Cosas de España*. Con el título de *La media docena* tiene además publicada una interesante colección de cuentos y fábulas para niños.





UNA LECTURA COMENTADA

(PARA EL MAESTRO)

Bordeando el riachuelo de un pueblecito castellano, cara a la corriente, y como a cosa de dos kilómetros de un endeble puentecillo amañado con dos vigas enormes y unos tablones cruzados, hay un paraje delicioso. A la derecha, en un cortado montículo, unos pinos enhiestos parecen officiar de parasoles; al fondo se destacan las siluetas hoscas de los picachos serranos, y a la izquierda se divisa un pintoresco bosquecillo cuajado de espesos jarales y chaparros, en cuyas estribaciones se destaca una casita rústica y alba, como un hampo de nieve en un «bouquet» debidamente custodiada por un apretado macizo de elegantes chopos.

Junto a ella, un zagal se apoya en su rugoso cayado, por completo abstraído del paisaje, el mastín del ható dormita enroscado a su vera; algunos corderillos se asoman al cristal del regatillo; otrostriscan con corvetuelas graciosas, y el morueco, orondo y de retorcida cornamenta, pasea su pres-tancia y su majeza entie el rebaño. Más alla, junto a los riscos, unas cabritas zarandean las chilejas de sus primorosos collares.

El Médico, el Maestro y un grupo de niños de los más adelantados, ascienden al montículo de follaje; son las cuatro de una hermosa tarde de mayo, y van de excursión.

El Maestro, que a propósito ha elegido el sitio de referencia por coincidir en cierto modo las circunstancias del lugar con las del relato, lleva un libro en la mano; es de Alfonso Daudet, y se titula «Cartas de mi molino».

Los excursionistas se detienen en una pequeña planicie, se acomodan como pueden, recostándose en la verdura, y después de unas brevísimas observaciones hechas por el Maestro, se procede a hacer la lectura de uno de los cuentos, en la que los

niños tienen permiso para expresar sus puntos de vista e impresiones durante el curso de la misma.

Los rapaces miran intrigados el libro; se hace el silencio.

«La cabra del Sr. Seguin», recita el Maestro en alta voz.

(Dos o tres niños desvían la vista hacia la hondonada, la posan en el rebaño; el Maestro los observa y después prosigue).

«El Sr. Seguin no había tenido nunca suerte con sus cabras; todas las perdía de idéntica forma; una buena mañana rompían su cuerda y se iban a la montaña, y allí, en lo alto, el lobo se las comía.»

—Como a las del tío Peludo, que ya le ha llevado tres el lobo—exclamó Roberto, uno de los mayorcitos que estaba junto al Maestro.

—Sí, ¿eh?—repuso éste como excitándole a que siguiera.

—Sí, señor—respondieron entonces casi todos al unísono, disputándose la vez.

—Dejad que hable Roberto—terció el Médico.

—Fué *tamién ay* arriba—continuó Roberto—en las *Zorreras*; una noche pilló *escuidaos* a los gañanes y les mató una. Me lo ha contaó mi primo *Tanis*.

—Bueno, ¿pero y las otras?

—*Tamién, sí*, señor; a la última le echaron el *Bocanegra* y el *Furriñas*, pero no pudieron con el lobo; dicen que es como un choto de grande. Al *Bocanegra* le dió un mordisco en la *jeta*.

—Diga usted que no, señor Maestro, que fué en el *rengadero*—arguyó otro rapaz.

«Ni las caricias de su dueño, ni el miedo al lobo las detenía; las cabras querían el aire pleno y la libertad.»

—Es *verdá*; la cabra mía rompe *tos* los días el cordel y *me se va* a la dehesa—interpuso otro niño.

—Son muy libres—sentenció Lucio, el primero de la clase.

«Después de haber perdido seis cabras de la misma manera, compró una séptima, sólo que esta vez tuvo el cuidado de tomarla muy joven para que se habituase a estar con él.»

—Igual que la chiva de la tía *Liendres*, que siempre anda con ella por *tos* los *laos*.

«El Sr. Seguin tenía detrás de su casa un cercado rodeado de espinos; aquí fué donde colocó a la nueva inquilina.»

(Casi todos los niños miraron entonces, ya identificados con el lugar, a las bardas del corralón de la rústica casita del valle).

«La ató a una estaca en el sitio más hermoso del prado, teniendo mucho cuidado de dejarla mucha cuerda.»

—Es *pa* que tenga más comida—apuntó uno.

—Es para que retoce a su gusto—rectificó Lucio; ¿verdá usted, señor Maestro?

«Un día se dijo ella mirando a la montaña: ¡Qué bien se debe estar allí arriba!»

(Los pequeñuelos giraron la vista hacia la cumbre).

«Qué placer el de triscar por las breñas sin este maldito collar que me lastima el cuello.»

—Las cabras siempre andan haciendo piruetas por los peñascos.

—¡Hay que ver! ¿Como no se matarán?

«Daba pena verla tirar de su collar, con la cabeza vuelta del lado de la montaña y con las ventanas de la nariz abiertas, balando *beee...*, tristemente.

—¡Pobrecilla!—exclamaron a esta sazón casi todos medio suspirando.

(Desde este momento, los niños estaban interesados por la suerte de la cabrita, y las interrupciones fueron menos frecuentes).

Una mañana, cuando el Sr. Seguin acabó de ordeñarla, la cabra se volvió y le dijo en su lengua: «Escúcheme Sr. Seguin; yo enfermo junto a usted, déjeme ir a la montaña» —¡Ay Dios mío! ¡Ella también!—exclamó el Sr. Seguin estupefacto.»

—¡Pobre hombre!—susurraron los rapaces.

—¿Y si se la come el lobo?—aventuró Lucio.

«¡Cómo *Blanquita*! ¿Quieres dejarme?»

—*También se llama Blanquita* la chiva de la tía *Liendres*—gritó alborozado un niño de los más pequeños.

(Los otros le miraron de reojo de un modo harto significativo, como reprochándole la interrupción).

El Maestro releyó lo anterior, y continuó después.

«Sí, Sr. Seguin.—¿Es que la hierba te falta aquí?—¡Oh no!, Sr. Seguin.

—Quizá te haya atado demasiado corto. ¿Quieres que te alargue la cuerda?

—No es mi pena por eso, Sr. Seguin. —Entonces, ¿qué es lo que te falta? ¿Qué es lo que quieres? —Yo quiero ir a la montaña, Sr. Seguin.»

El Maestro entrecerró el libro, y con disimulo hizo un pequeño paréntesis para excitarles la curiosidad; esto contrarió a los rapaces que ya estaban interesados en el conflicto, y entre ellos empezaron a discutir animadamente.

—Si la suelta, se la come el lobo—arguyó Lucio, el primero de la clase.

—Sí; pero si la deja ahí (señalando a la casuca), le replicó Roberto, se va a morir de pena.

En seguida se formaron dos bandos; unos optaban por que debía dejarla, y otros por lo contrario; cada cual aportaba sus razones, algunas muy peregrinas por cierto; el Médico y el

Maestro se hacían los distraídos, sonriéndose con las curiosas apreciaciones; este último continuó después leyendo.

«Pero desgraciada, ¿no sabes que hay lobos en la montaña? ¿Qué harías tú cuando vinieran? —Les daría cornadas, señor Seguin.»

(Los niños se echaron a reír).

—Anda—interpuso uno de ellos— ¡con que puede al *Bocanegra*, y eso que lleva un collar de pinchos!

—Pero los tigres pueden a los lobos—replicó un chiquitín de al lado.

—Anda tú éste, con la que sale ahora—le dijo Lucio.

«El lobo se reirá de tus cuernos; me ha comido otras mejor encornadas que tú. ¿No te acuerdas de la pobre *Renata* que estuvo aquí el año último? Hermosa cabra, fuerte y mala como un macho cabrío; pues ya ves, se batió con el lobo toda la noche, pero a la mañana el lobo se la comió. —Esto no importa, Sr. Seguin, déjeme ir a la montaña. —Yo te salvaré, a pesar tuyo, picara, y para que no rompas tu cuerda te voy a encerrar en un establo, y allí te quedarás para siempre.»

—Ahora se va morir de tristeza—suspiraron los niños cariacontecidos.

—¿*Fa* qué le habrá dicho nada? ¡Qué tonta! ¡Lo que es si soy yo!

—Sí, pero luego se la hubiera comido el lobo—arguyó sentenciosamente Lucio.

«El Sr. Seguin llevó la cabra a un establo completamente oscuro, y cerró la puerta con doble llave.»

—¡Pobre *Blanquita*!—manifestó Roberto con un cierto dejo de tristeza.

«Desgraciadamente se había olvidado de la ventana, y apenas había vuelto las espaldas cuando la pitusa se alejó.»

—¡Bien, bien!—palmotearon todos con alegría. (Lucio, sin embargo, no participaba del alborozo general; parecía como si vislumbrara la suerte de la malaventurada cabrita.)

«Se la recibió como a una pequeña reina... Toda la montaña la festejó; podréis pensar si nuestra cabra sería dichosa, nada de cuerda, nada de estaca, nada que le impidiese triscar, paca a su antojo... Una vez, avanzando al borde de una cima, con una flor entre los dientes, divisó abajo, completamente abajo, en la llanura, la casa del señor Seguin, con el cercado detrás; esto la hizo llorar de risa. ¡Qué pequeña es!—se dijo.—¿Cómo habré podido aguantarme allí tanto tiempo?»

(Los niños se sonrieron y desviaron la vista hacia la casita del repecho.)

«Repentinamente, el viento refrescó; era el crepúsculo; un pajarraco la rozó con sus alas al pasar; la cabrita se estremeció;

Después de esto, un aullido en la montaña: ¡¡Huu!! ¡¡Huu!!

(Los niños, medio estremeciéndose, miraban al Maestro con ojos desmesurados por la emoción; algunos cambiaron de sitio, y se acercaron más a él; otros miraban a la montaña, como queriendo escudriñar entre el espeso bosque, y como si temiesen que fuera a surgir un lobo al instante.)

«Al mismo tiempo una trompa sonó muy lejos, en el valle; era el bueno del señor Seguin que intentaba un último esfuerzo».

(El Maestro detuvo la lectura; sus discípulos le siguieron con la mirada anhelante, brillando en casi todos los destellos de la esperanza.)

—¿Se salvará, señor Maestro?— le interrogó uno después, sin poderse contener.

«¡¡Huu!! ¡¡Huu!!, hizo el lobo.—¡Ven, ven!— gritó la trompeta... La trompeta luego no sonó más... La cabra oyó detrás de ella un ruido de hojas. Era el lobo».

(Los niños estaban como petrificados; ninguno osaba rechistar.)

«Enorme, inmóvil, sentado sobre sus patas traseras, miraba a la cabrita, saboreándola de antemano; como sabía bien que la comería, no se apresuraba; solamente cuando ella se volvió se echó a reír maliciosamente.—¡Hola, hola!, la cabrita del señor Seguin.— Esta se puso en guardia después, con la cabeza baja y los cuernos adelantados...

—Hay que ver; qué valiente— dijeron casi todos.

«Entonces la fiera avanzó, y los cuernecillos entraron en danza».

(Nueva pausa del Maestro; los niños se lo comían con los ojos.)

—¿La mató D. Marcelo?— interrumpió Roberto, dirigiéndose al médico.

—No sé, no sé; ya veremos— le dijo éste sonriéndose.

«Más de diez veces forzó al lobo a recular para tomar aliento; durante estas treguas de un minuto, la golosa cogía algunas briznas de su querida hierba...»

—¡Pobrecita!— exclamaron todos enternecidos y con los ojos reventones de lágrimas.

«Y después volvía al combate con la boca llena; esto duró toda la noche; el canto ronco de un gallo subió de una alquería... Al fin dijo el pobre animal que no esperaba— como la *Renata*— más que el día para morir. Y se tendió en la tierra con su bella piel blanca completamente teñida de sangre. Entonces el lobo se echó sobre la cabrita y se la comió».

—¿Lo veis?— les dijo: Lucio, muy ufano, a los otros—. Y añadió después— ¡Si no se hubiera marchado!

—¡Pobrecita!— respondieron los otros por todo comentario, recogiendo con el pañuelillo los lagrimones que se resbalaban por sus mejillas.

* * *

Es sabido que un hecho, un acontecimiento cualquiera influye en nuestro ánimo de muy diversa manera; lo que a unos suele impresionar profundamente, apenas si llega a rozar la sensibilidad de otros.

Y lo que acaece en el orden de los hechos reales pudiéramos referirlo igualmente a sus representaciones literarias. Así como un mismo hecho sentido por distintos temperamentos da lugar a reacciones encontradas, así también un mismo cuento, por ejemplo, puede producir antagónicos efectos.

En el que nos ha servido como de modelo en la precedente «lectura» para marcar a grandes rasgos ese proceso espiritual, nos ha parecido conveniente elegir dos tipos de niños de temperamentos marcadamente opuestos; el niño inteligente, reflexivo y aplomado y el niño ingenuo, efusivo y romántico; en Lucio se vislumbra ya al hombre calculador y positivista, en el otro, hay un incipiente sentimental.

En sus interrupciones han ido marcando algo así como la estela de su peculiar carácter, pero las últimas, las provocadas por el desenlace, dicen mejor que las otras, cómo es cada uno de ellos.

—¿Lo véis? —les dice Lucio *muy ufano* a los otros.— ¡Si no se hubiera marchado! — Hay aquí en esta expresión una especie de goce íntimo por haber acertado en sus cálculos, algo semejante a la fruición mental que experimentamos, cuando tan largos tanteos llegamos a determinar el valor de λ .

—¡«Pobrecita»! —comenta simplemente Roberto— y con él todos los demás, como si quisiera con esa tierna expresión replicar a Lucio.

Puestos en trance de socorrer a la cabrita, éste, el tipo de niño del que solemos decir «es un hombrecito», se hubiera limitado probablemente a encogerse de hombros —diciéndose para su capote— «No debió marcharse; se marchó. ¡Bien pintado la está!».

Roberto, en cambio, el niño atónado, sin medir el peligro se hubiera lanzado a socorrer a la cabrita y a luchar con el lobo denonadamente, hasta sucumbir en el empeño si fuese preciso.

Nada más fácil que haber añadido al final del cuento cualquiera de estas máximas o sentencias «El que anda el peligro, perece en él» «Los que desoyen los consejos de la experiencia, bordeando andan los linderos del precipicio». O simplemente



este aviso: «¡Niños! Acordaos de la cabrita del Señor Seguin.»

Estas sugerencias y otras más, según puede apreciarse en el presente esbozo, «son» provocadas por el simple relato sin necesidad de consignarlas al final con letra bastardilla ¡Cómo la lectura se haya hecho bien! ¡Cómo el maestro haya puesto alma en ella!

Hay en este cuento, como en casi todos los otros, una profunda lección, pero ¡por Dios! no derivemos —*solamente*— por los escuetos y áridos derroteros de las frías reflexiones.

¡Qué nuestros discípulos sobre todo, se emocionen! ¡Qué llegue a conmoverles la lamentable historia de la desdichada cabrita!

Hizo mal la Blanquita en escaparse a la montaña; fué una cabra, voluntariosa, descarriada y más que nada inexperta. ¡Ni siquiera pudo retenerla la trágica evocación de la también lamentable historia de la Renata! ¡No fueron bastantes las cordiales advertencias del bueno del señor Seguin para contener sus impulsos juveniles!

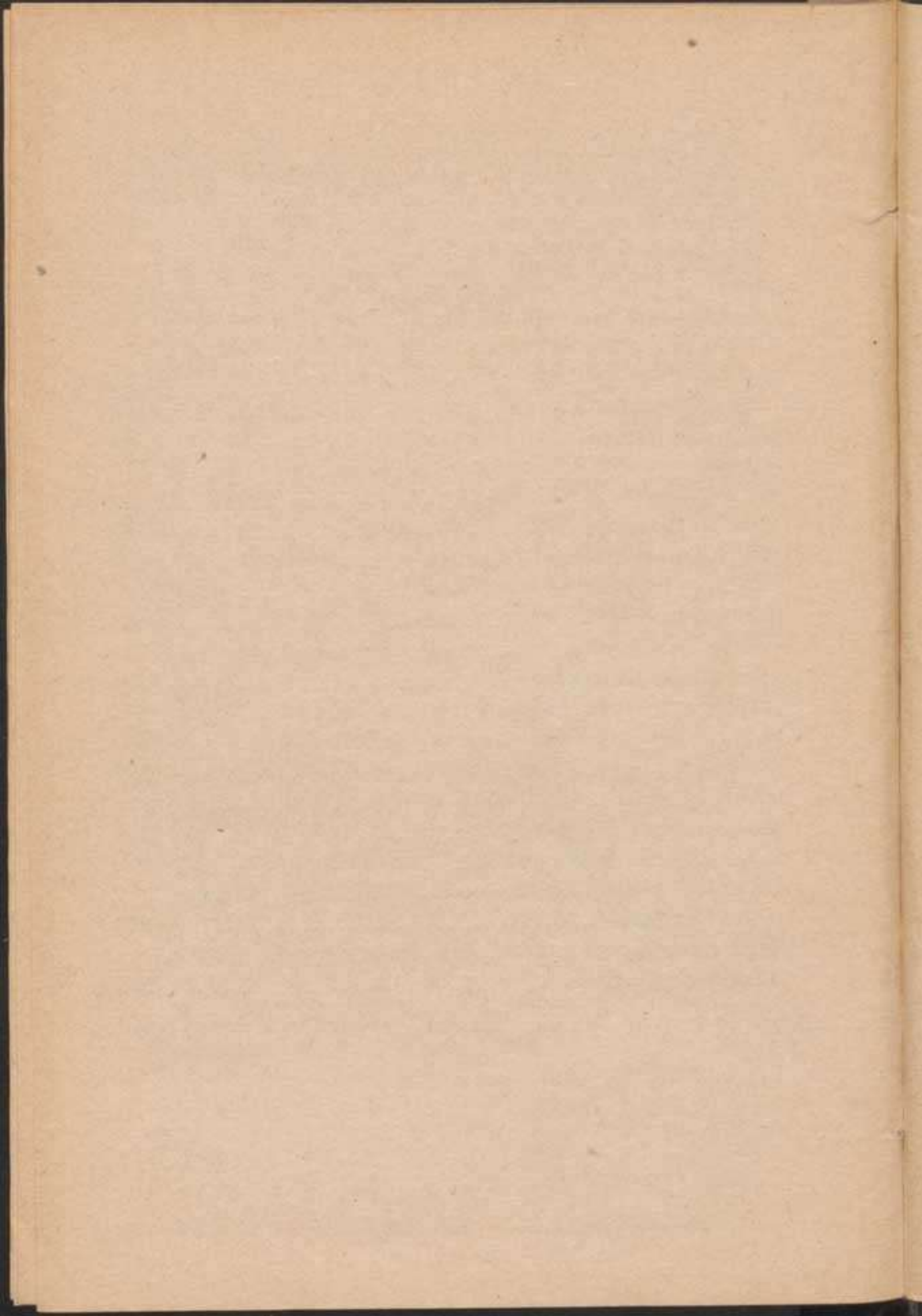
Pero era tan simpática, tan ingenua, supo morir con tanta dignidad, que bien se la puede hacer gracia de todos sus defectos, bien se puede epilogar su dramática historia con la sentida exclamación de Roberto ¡¡Pobrecita!!

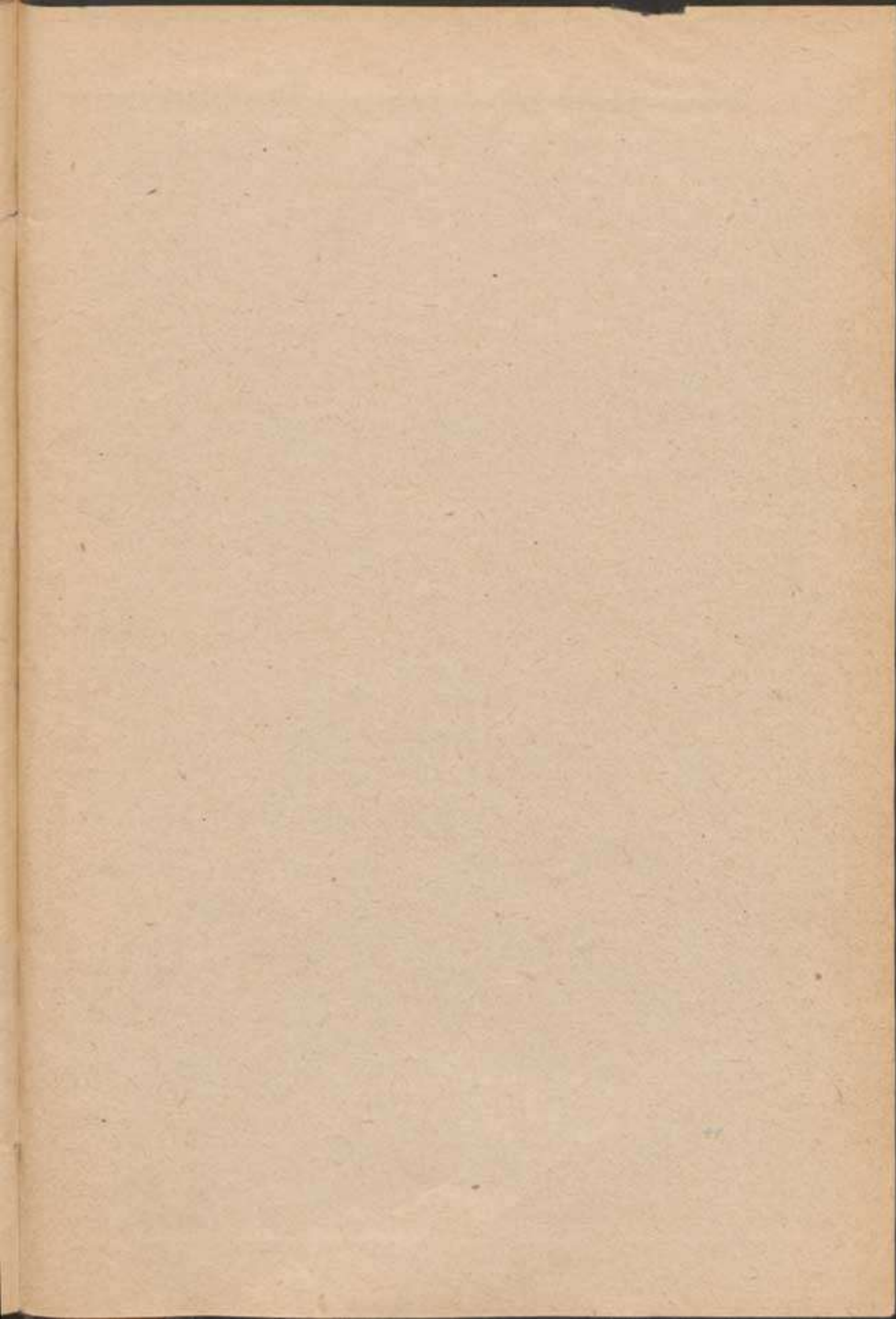
GONZALO JUNQUERA

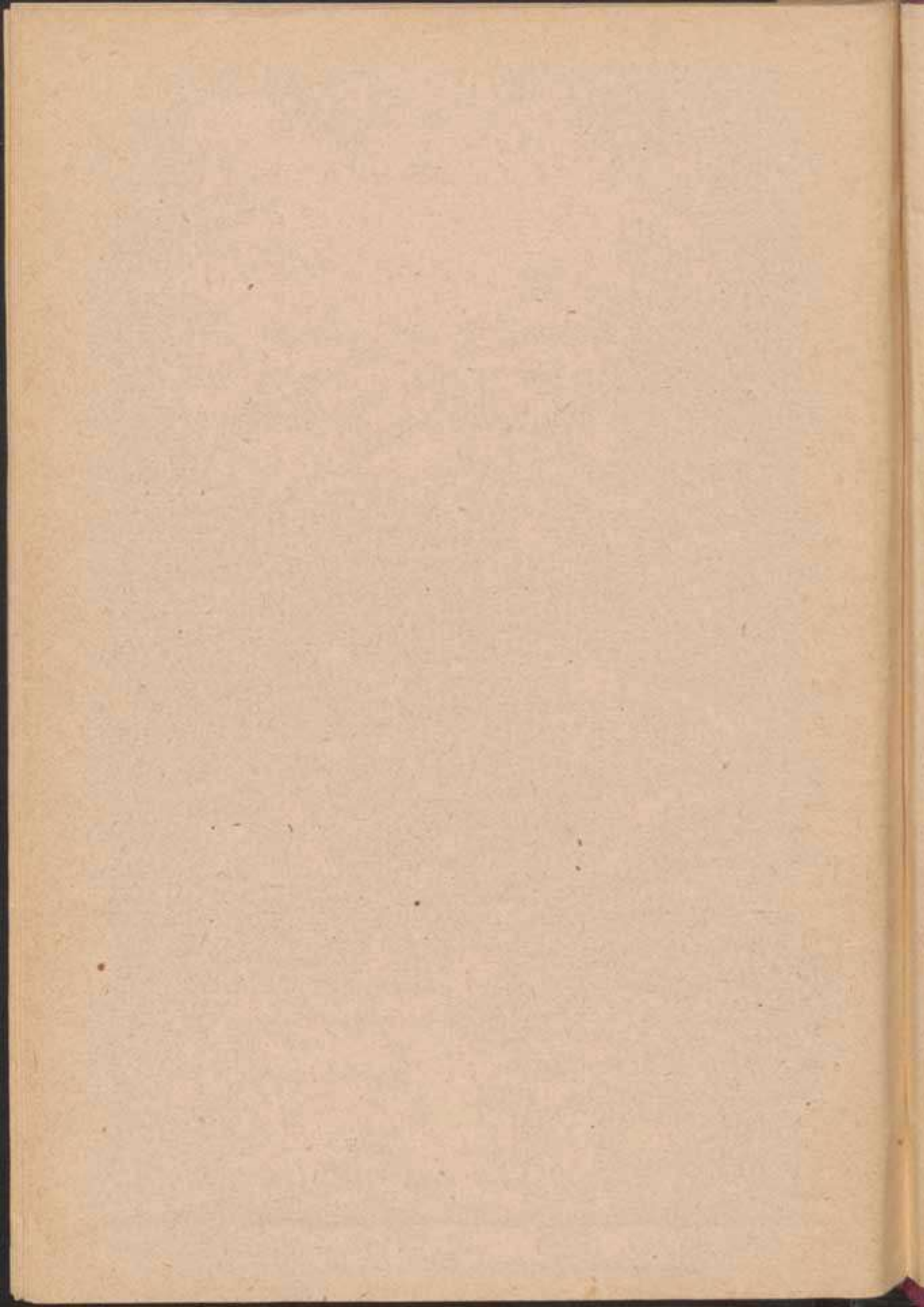


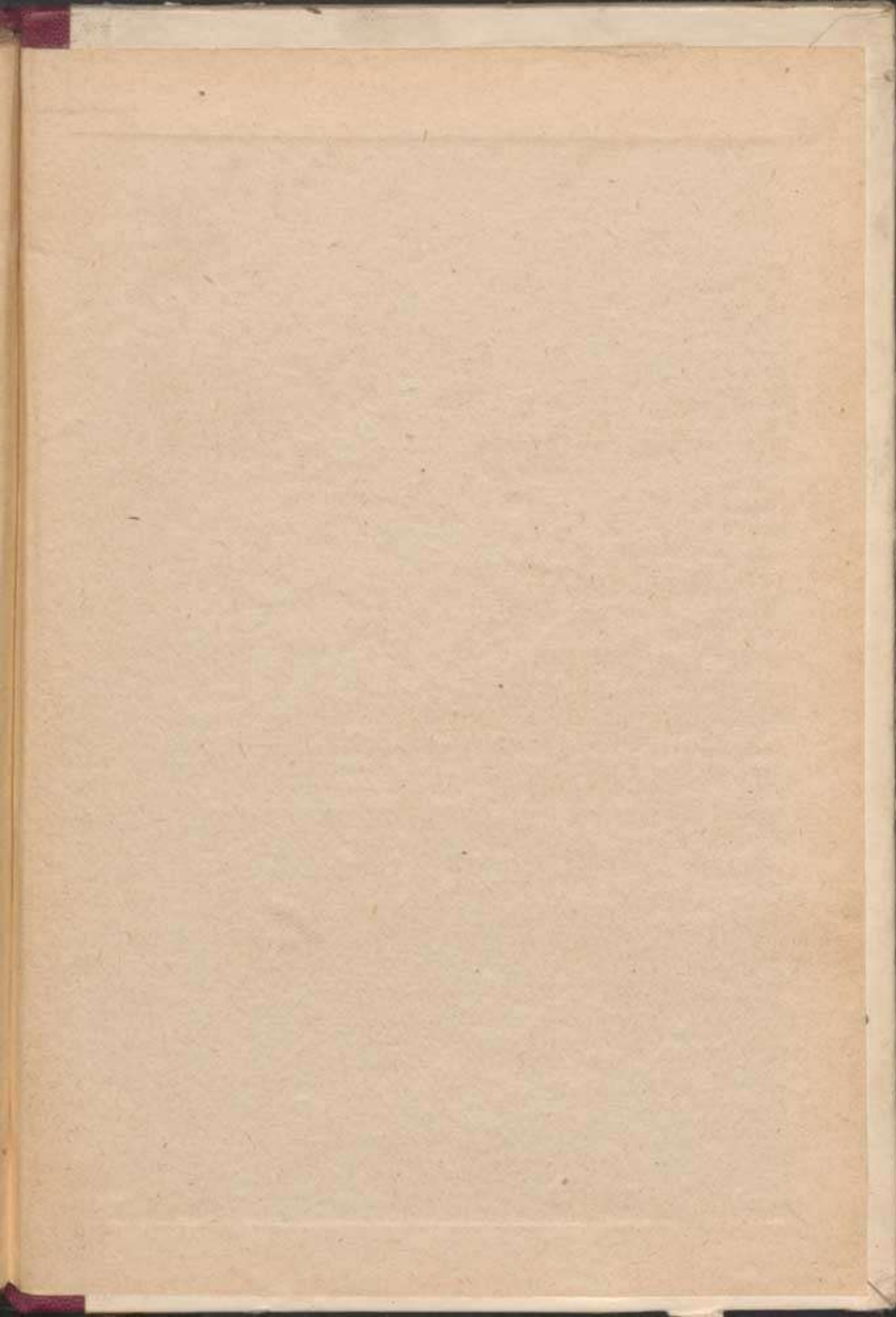
ÍNDICE

	Páginas.
Dos palabras	7
El Afrancesado, por Pedro A. de Alarcón	9
La cabra del señor Seguín, por Alfonso Daudet ..	21
Montecristo, por José Estremera	30
El beso, por Eusebio Blasco	39
Los consejos de un padre, por José Echegaray ..	46
La epopeya de una zíngara, por Joaquín Dicenta.	55
Las historias del abuelo, por José García Mercadal	68
La palma, por Isidoro Fernández Flórez	65
La suerte macabra, por Emilia Pardo Bazán	79
Frío, por Vicente Díez de Tejada	86
Ultima dádiva, por Trindade Coelho	97
La raposa mortecina, por J. Martínez Ruiz (Azorín)	106
Idilio y tragedia, por Salvador Rueda	113
El tesoro, por Eça de Queiroz	123
Pescador de caña, por Ernesto García Ladevesa ..	134
El rabión, por Concha Espina	139
Polifemo, por Armando Palacio Valdés	150
Los tres reyes de Oriente, por Ricardo León	160
La vieja, por Catalina Albert (Víctor Catelá)	168
¡Adiós Corderal, por Leopoldo Alas (Clarín)	178
La sima, por Pío Baroja	192
La nostalgia de la cuna, por Antonio Zozaya	202
El oidor, por J. Gualberto L. Valdemoro (Conde de las Navas)	212
Una lectura comentada (para el maestro), por Gon- zalo Junquera	216









L.E.